

Beatriz M. de Lagos

Cambio mundo por universo



Beatriz M. de Lagos

Cambio mundo por universo

A mi madre y a mi padre, por dárme todo

A mis hijos, porque me hacen ser yo

A mi familia, por estar siempre ahí

A mi mundo, por hacerme vivir

A mi universo, por hacerme soñar

Agradecimientos

A ti, por crear mi mundo y mi universo en tu imaginación. Gracias.

A Luna Terrer, que leyó, corrigió y convirtió esta historia en algo más real. Gracias, Luna, por tu trabajo y sobre todo, por tu apoyo.

A Raúl López de Armentia, qué diseño y creó la portada que yo soñé.

A mi hermana Estíbaliz, a mi prima Amaia y a mi amiga Itziar, las que primero leyeron el libro, las que me transmitieron fuerza, ánimo y ganas de seguir con este sueño.

A mi familia, a cada uno de vosotros. A mis tías que son como mis segundas madres. A mis primas, que son como mis hermanas, porque me escuchan, me siguen y creen que esta novela merece la pena leerla.

A mis amigos, porque no me han dejado sola y me han apoyado en esta parte de la vida.

A todas esas personas, sobre todo mujeres, que sueñan, que creen en los cuentos y en los amores imposibles. Que, aunque como una vez un amigo me dijo, «**Pretty Woman** es solo una película», se permiten pensar que la vida puede tener algo de magia.

A quien me hizo construir esta historia. Gracias.

Índice

Prólogo

Capítulo 1. El día que cambió mi vida

Capítulo 2. Ya nada es igual

Capítulo 3. El comienzo

Capítulo 4. La cita

Capítulo 5. Dos mundos que se encuentran

Capítulo 6. La rutina

Capítulo 7. Los otros

Capítulo 8. Los celos

Capítulo 9. El cambio

Capítulo 10. La ruptura

Capítulo 11. La regla número uno

Capítulo 12. El mundo que ya no es

Capítulo 13. La oportunidad

Capítulo 14. Los preparativos

Capítulo 15. La fiesta

Epílogo

PRÓLOGO

MI MUNDO

YO

Me llamo Eva, tengo treinta y seis años, estoy casada y tengo dos hijas. La relación con mis padres es buena y aunque soy hija única, mi amiga Paula ha sido desde el colegio como una hermana para mí. Soy coordinadora en una empresa que organiza fiestas y eventos sociales. Me encanta mi trabajo, hace que me sienta activa y me da la oportunidad de conocer a mucha gente. Vivo en una ciudad cómoda para vivir y pequeña para esconderse. Soy infiel y estoy enamorada.

ÉL

Me llamo Alex. Tengo cuarenta y un años. Estoy casado. Tengo dos hijos. Mi madre aún vive y mi padre murió hace cuatro años. Tengo tres hermanos a los que veo rara vez y con los que hablo menos. Trabajo en una de las empresas más importantes del país, dedicada a organizar fiestas. Me encargo de organizar al personal en los eventos que preparamos y soy también el apagafuegos de todo. Cuando hay un problema, cuando alguien no sabe hacer algo, cuando todo corre prisa, a mí es a quién le toca pringar. Vivo en una ciudad en la que se puede pasear, ir a trabajar sin pasar una hora en un atasco y en la que cada vez que haces algo tienes que mirar dos veces para ver si hay alguien alrededor que te conoce. Soy infiel y no sé si preparar café o preparar mi vida.

Capítulo 1

El día que cambió mi vida

—¡Mamá, agua!

Enero. Viernes. Miro el reloj, las 5:49. Mierda. Me quedan quince minutos en la cama y mi hija tan oportuna.

—¡Mamá!

—Voy... —le digo a mi hija mientras me levanto de la cama.

Le doy un poco de agua, regreso a la habitación, apago el despertador, doy un beso a mi marido y me voy al baño. Casi no me veo ni en el espejo. Mis ojos marrones están tan cerrados que parecen más pequeños de lo normal. Y qué pelos, parece que hubiera estado bailando toda la noche. Mi melena corta está enmarañada y me salen ondas por todas partes. Necesito una ducha. 6:10. Hoy voy pronto, así que respiro de alivio, tengo cinco minutos más para pensar qué ropa ponerme. Me acerco al mirador del salón. El termómetro que tenemos instalado en la ventana marca dos grados bajo cero. Miro el suelo, por lo menos está seco y el cielo no tiene pinta de anunciar nieve. Respiro aliviada. Odio conducir con hielo y con nieve me da pavor. Voy a la habitación y entro silenciosa en el vestidor. Doy la luz de una lámpara pequeña y me quedo mirando la estantería de los jerséis. Elijo uno rojo de punto con cuello barco, ya me pondré bufanda con el abrigo. Hoy toca pantalón largo negro, los botines del mismo color y lista. Salgo y miro a David, mi marido. Está tumbado de medio lado, con una de las piernas fuera de la funda nórdica y puedo verle la piel morena y los pocos pelos oscuros que tiene. Se ha puesto una mano en la cara y no se le ve a penas el perfil. El perfil bueno que le digo yo, el que le marca la mandíbula recta, la nariz de boxeador y las pestañas largas. Se le ve el pelo oscuro, ondulado y más largo de lo habitual. Necesita un corte de pelo. Ni se ha enterado de que me he levantado de la cama. Me voy lo más silenciosa que puedo para no despertarlo, todavía le queda media hora para levantarse. En la cocina me preparo un termo con café de avellana, me pongo el abrigo beis, una bufanda negra, cojo el bolso y me marchó.

Mis hijas tampoco se han enterado de que he salido porque no entro a despedirme, no vaya a ser que se despierten. Sara, la pequeña de cinco años, tiene el sueño tan ligero como una pluma y si me oye, ya no se vuelve a dormir y encima despierta a su hermana Emma, dos años mayor, para que juegue con ella.

Voy al garaje y cojo el coche que habitualmente llevo yo a trabajar. Un BMW Serie 1 azul marino que en días como hoy y a pesar de tener ruedas de invierno, maldigo a mi marido por haberme convencido para comprarme un coche, que aunque me encanta, tiene tracción trasera. Mala opción para la lluvia, el hielo y la nieve. Y de eso aquí nos sobra.

Me cuesta cuarenta minutos llegar al trabajo. Quince más de lo habitual porque he venido a paso de tortuga para evitar patinar con el coche. Miro el edificio central y veo pocas luces. Tan solo el logotipo con el nombre de la compañía "I-Vent" brilla a estas horas de la mañana. La empresa se dedica a organizar fiestas y eventos sociales y yo soy la coordinadora de los proyectos. El edificio ocupa tres naves de cristal. La central con las oficinas, salas de reuniones, comedor y cocina, la derecha con el archivo y el almacén y la izquierda con tres *showrooms* donde mostramos a los clientes decoraciones posibles para un restaurante o comedor, fiestas al aire libre y distintas salas de edificios públicos o privados. Voy directa a mi oficina. Tengo muchísimo trabajo atrasado. Estamos preparando un evento que será dentro de quince días para la compañía americana "Winter Wind" dedicada al mundo de la nieve y esta semana he estado prácticamente todos los días en el edificio donde se va a celebrar la fiesta, así que ni he pisado el despacho. Una habitación rodeada por una cristalera, de unos diez metros cuadrados, con una mesa de madera blanca a la izquierda de la puerta, mi silla, dos sillas más frente a la mesa para visitas, una larga estantería, un armario de puertas correderas a juego con la mesa de en frente mío y un pequeño armario bajo junto a la pared de la derecha. En esa zona están mis dos tesoros, una orquídea morada que me regalaron mis compañeros la primera vez que fui coordinadora de un evento y colgada en la pared, una foto de un faro al anochecer.

Enciendo el ordenador y abro el correo. Me da miedo hasta mirar la bandeja de entrada. Cuarenta y dos correos. Por Dios, no voy a tener tiempo ni de ir al baño si quiero ponerme al día con todo lo que tengo.

Miro el reloj. Las 7:10. Me quedan siete horas de jornada y creo que ni en tanto tiempo habré acabado. Y hoy quiero salir a mi hora. Tengo cena de empresa y no quiero ser un zombi por la noche, así que necesito ir a casa y poder descansar un rato. Si no

voy pronto me va a ser imposible porque a las seis tengo que recoger a Sara de clase de música y a las seis y media a Emma de danza. Luego tengo que ir a casa de mis suegros a llevarles un ordenador que les ha arreglado David, y entre tanto, volver a mi casa, prepararme para la cena y llegar a tiempo al bar donde quedemos y que aún no tengo ni idea de dónde es.

Antes de empezar a trabajar reviso la agenda. En mes y medio viene la mujer del presidente del equipo de baloncesto de la ciudad a ver ideas para la fiesta del cincuenta cumpleaños de su marido que quiere celebrar en primavera. Una oportunidad para conseguir un buen cliente y los que puedan venir después de la fiesta, por lo que antes de ponerme en mi mesa, me voy al otro edificio a supervisar el cambio de temporada del *showroom*.

Salgo del edificio y voy a la nave. Está todo a oscuras y hace un frío de muerte. Doy la luz y busco el termostato. A juzgar por la temperatura que hay, aquí no ha entrado a trabajar nadie en toda la semana. Acaba de empezar el día y ya estoy enfadada. Alex, el coordinador de equipos de montaje, no ha hecho nada del cambio de temporada. No sé cómo lo hace, pero tiene una gran facilidad para enervarme. Y eso que es un chico trabajador. Organiza muy bien los trabajos y sabe llevar a la gente, tiene buenas ideas y se implica mucho en la preparación de los eventos. Sin embargo, no acaba de encajar conmigo, o si lo hace, lo disimula demasiado bien. Es algo mayor que yo, está también casado y tiene dos hijos. Medirá uno noventa metros, está delgado, pero tiene la espalda fuerte y los hombros formados. Tiene el pelo castaño oscuro y ondulado en la zona de las orejas. Lo más bonito que tiene son los ojos, tan oscuros que hay ocasiones en que he llegado a pensar que los tiene negros. Eso y su sonrisa. Las pocas ocasiones en las que la saca a pasear hace que se le ilumine la cara y que el hoyuelo que tiene en la barbilla se le haga aún mayor. A las chicas de la oficina las trae locas. Dicen de él que es atractivo, serio y seductor. No sé qué tendrá que decir su mujer de eso, lo que sí sé, es que a mí me parece serio e inescrutable. Y que hoy, como tantos otros días, ha conseguido alterarme. Echo un vistazo al *showroom* para asegurarme de que realmente no han hecho ningún cambio aún y de que lo que vaya a decir a Alex esté justificado. No quiero decirle que no ha hecho un trabajo que le he mandado y que luego me ponga en evidencia. Ciertamente todo está como lo vi por última vez, nada se ha movido de su sitio.

Vuelvo a salir a la calle. Llevo puesto solo el jersey de punto y me estoy muriendo de frío. Llego al almacén tiritando y más enfadada aún que hace tres minutos. Veo a Alex

hablando con Jaime, uno de los chicos del equipo de montaje. Voy directa hacia ellos cuando me doy cuenta que Alex me ve y hace una mueca que no sé si es de burla o de exasperación porque sabe lo que le espera.

—¿Hace frío Pequeña? —me pregunta él en tono burlón.

—Alex, no me llames...

—Pequeña. Lo sé —me dice cortándome la frase.

—¿Tienes un minuto?

—Uno, puede. Más no.

—Qué considerado eres. Tenemos que hablar del cambio de temporada de las salas.

Alex se aparta de Jaime y nos alejamos un poco de la gente. Si vamos a discutir, por lo menos, no quiero hacerlo delante del personal.

—No has empezado a mover nada del *showroom* —empiezo diciéndole.

—Eva, me tienes ocupado preparando la fiesta de los americanos. Todavía faltan muchas cosas por hacer y montar de la decoración. Si para dentro de una semana no está casi todo acabado, te pondrás nerviosa y te enfadarás.

Hago como que no he oído su protesta y sigo con el tema del cambio de temporada

—Va a venir una posible clienta que quiere hacer una fiesta. Es importante que lo que vea le guste. Será un evento al que va a asistir gente que luego puede convertirse también en cliente.

—Pequeña, aclárate. Dime a qué quieres que dé prioridad y lo haré. Pero sabes cómo andamos estos días y la gente que tenemos.

—Cógete al grupo de Jaime que no están yendo a preparar lo de “Winter Wind” y que por lo menos empiecen a mover cosas. El lunes vamos tú y yo a decidir lo que falta para la fiesta.

—Como quieras. Pero a mí no me sobra personal y lo sabes.

Doy media vuelta para marcharme. Aquí ya está todo dicho.

—¿Eva?

Me giro al llamarme Alex.

—¿Vienes a la cena?

—Sí claro —le contesto extrañada.

—Vale —me dice. Se da la vuelta y va a buscar a Jaime.

Qué chico más raro. Me voy de nuevo a mi oficina. Me esperan los correos electrónicos a los que tengo que atender si no quiero quedarme a dormir aquí.

A las doce del mediodía ya he respondido a más de la mitad, me he tomado el café y decido levantarme para ir al baño. De camino al servicio me encuentro con Pablo, uno de los chicos de montaje.

—Hola Eva. Iba ahora a buscarte. Hemos quedado a las ocho en “El Globo” ¿te apuntas?

—Vale, espero que me dé tiempo. Esta tarde tengo muchas cosas que hacer.

—Pues a ver si puedes. Nos vemos luego.

—Bien, hasta luego.

Por fin entro a uno de los baños de señoras. Cuando estoy dentro, oigo a Natalia y a Ángela, las dos chicas del departamento de compras que entran hablando de alguien.

—Me dirás tú que no les has visto cómo hablan —le oigo decir a Natalia.

—La verdad es que no me he fijado, pero sí que he oído que se dice que tontean un poco. Que Alex preguntó de lo más interesado el otro día si Carla iba a la cena.

—Ves, es que yo creo que está coladito por ella.

Me quedo pegada dentro del cubículo del baño. Intento no respirar para que no me oigan. No parece que tienen intención de entrar al baño sino que se han metido al servicio para cotillear.

Natalia sigue hablando.

—Si se entera su mujer... Claro que no creo que vaya a pasar nada. Alex es mucho Alex, pero a la hora de la verdad, no me lo imagino yo siendo infiel a su mujer.

—Yo tampoco —le contesta Ángela en tono serio.

—Claro que si está dispuesto... Yo me pongo a la cola —dice Natalia y se echa a reír.

Ángela le sigue con la risa y oigo a las dos como salen del lavabo.

Estoy alucinada. No sé si por lo que acabo de oír o porque me he dado cuenta de que paso tantas horas fuera de la oficina que no me doy cuenta de lo que pasa a mi alrededor.

No sé si será verdad lo que han dicho las chicas, realmente no me extrañaría mucho. Carla es una chica guapa, tiene el pelo muy largo y rizado, castaño con mechas rubias, los ojos de un azul intenso y siempre tiene una sonrisa en la boca. Aunque es bajita, tiene curvas y sabe sacar partido a su cuerpo con la ropa que lleva. Joven y simpática, para qué quieren estos chicos más. Y Alex, aunque esté casado, no va a ser una excepción. Ni idea si solo para tontear o para algo más pues no conozco su vida, ni me interesa. Desconozco si ha sido infiel alguna vez a su mujer ni si sería capaz de serlo, pero quién sabe, igual una chica como Carla, le haría caer en la tentación. Me río para mí misma al descubrirme pensando en semejantes cosas y sobre todo, en que han despertado mi lado curioso y cotilla.

Salgo del baño y vuelvo a mi sitio. Intento concentrarme en lo que tengo que hacer. Demasiado trabajo y poco tiempo.

A la una del mediodía veo a través de la cristalera de mi oficina que pasa Alex por delante. Me hago la loca. No quiero discutir, no quiero alterarme ni enfadarme y no quiero ponerme a pensar en la conversación que he oído en el servicio. Noto que para delante y que está mirando fijamente hacia mí y que no se mueve, ni entra a decirme nada, como si estuviera esperando, observando o pensando algo. Yo intento fingir que no me estoy dando cuenta. Cojo un bolígrafo y hago que escribo en mi agenda. Me está poniendo nerviosa porque no sé qué narices quiere o hace ahí, delante de mí sin decir ni hacer nada.

Pasa un rato y se va. Estoy temblando. Me quedo sin pestañear mirando la pantalla del ordenador y dándole vueltas al bolígrafo con la mano. Mierda, no sé qué me pasa. Tengo ganas de salir. Necesito irme de aquí, despejarme y prepararme para la cena. Hoy hay que bailar y darlo todo.

A las tres y media consigo dejar todo el trabajo que tenía para hoy más o menos organizado y por fin me voy a casa.

Entre comer, descansar media hora, recoger a las niñas de sus respectivas extra

escolares e ir a casa de mis suegros a llevarles el ordenador, la tarde pasa volando. A las siete estoy ya en mi casa lista para empezar a prepararme. Me gustaría darme un buen baño, pero hemos quedado a las ocho, no me va a dar tiempo. Una ducha rápida, me lavo el pelo, me paso las planchas, sino, con la humedad que hay, para las nueve puedo parecer el León de la Metro, me doy la base de maquillaje, los polvos, *eye-liner* negro, rímel, barra de labios natural, mi perfume favorito y a vestir. En el vestidor me quedo mirando la parte del armario donde tengo los vestidos. No sé qué ponerme. Tenía que haberlo pensado antes, pero hoy no tenía ni ganas ni tiempo de hacerlo y ahora a todo correr tengo que decidir modelo. No voy a romperme mucho la cabeza. Elijo un vestido negro de manga corta, liso por delante y pequeñas tablas por detrás. Ropa interior a juego, medias negras, el ligero para no ir perdiendo las medias por el camino, zapatos negros de tacón y lista. Parezco un cuervo. ¿Demasiado oscura? Me pregunto. Es igual, es para la noche, estamos en invierno y no me apetece pensar más. Ya daré el toque de color con el abrigo beis.

Me asomo a la ventana antes de salir. Veo el suelo seco y el cielo no está muy encapotado. Aun así, decido ir andando, no quiero pasarme la cena agobiada pensando en tener que conducir con hielo.

Ocho menos veinte. Tengo que irme o llegaré tarde. Y yo soy siempre muy puntual.

—David, me marchó.

—Estás muy guapa —me dice mi marido sonriendo. —Disfruta mucho.

—Gracias. Eso espero. Aunque no veas la pereza que me da.

—Seguro que lo pasas muy bien, ya verás.

—Más vale. ¿Qué vas a hacer tú?

—Emma y yo hemos decidido ver *La guerra de las galaxias* y pedir pizza.

—Buen plan. Buenas noches. Hasta mañana niñas.

Mi hija pequeña Sara se acerca y me da un abrazo.

—Mamá estás guapísima.

—Gracias cariño. Cena mucho y pórtate bien, ¿vale?

Asiente y se va con su padre y su hermana al sofá.

—Me voy, adiós.

El bar en el que hemos quedado está a unos veinte minutos andando desde mi casa y a tan solo cinco del restaurante donde es la cena. Por el camino empiezo a sentir los dedos de los pies congelados y los muslos de las piernas se me han quedado helados. Llegando casi al bar, empieza a nevar y yo no tengo paraguas. Echo pestes por la boca, no sé para qué demonios me he planchado el pelo. Me pego lo que puedo a la pared e intento agilizar el paso para evitar mojarme poco. No lo estoy consiguiendo.

—Pequeña, se te va a mojar el modelito.

Me paro en seco. Veo a Alex a mi lado mirándome con una sonrisa de oreja a oreja.

—Qué gracioso. Veo que tú tampoco llevas paraguas. A ti se te va a rizar el pelo —le digo en tono burlón.

—Uy, pero si Eva tiene sentido del humor...

—Déjame en paz, Alex. Hoy no, no voy a discutir contigo.

—Me encanta que lo hagas.

No sé si me está tomando el pelo o me lo está diciendo en serio. No me extrañaría que fuera verdad. Creo que disfruta discutiendo. Lo que no sé, es si solo conmigo o con todo el mundo en general.

—Vámonos. No quiero mojarme —le digo mientras sigo andando lo más rápido que puedo con los tacones. Miro al suelo y veo que empieza a teñirse de blanco.

En dos minutos llegamos al bar. Alex me abre la puerta y entramos. Hay ya tres compañeros y nos unimos al grupo. Todos tienen bebida.

Mientras me quito el abrigo pregunto a Alex si quiere tomar algo. Me pide una cerveza, lo mismo que voy a tomar yo.

Voy a la barra, pido las consumiciones y vuelvo al grupo. Le doy su bebida.

—Muy guapa te has puesto para el día que hace hoy —me dice cogiendo la cerveza y mirándome fijamente.

En ese momento me pasan por la cabeza un montón de cosas. No sé si darle las gracias por el piropo, o tirar por tierra su comentario. Decido hacer lo último.

—Siempre me pongo así cuando hay una cena o un evento, Alex. No creo que sea la primera vez que me ves vestida así. Aunque estemos a un grado bajo cero.

—Pequeña, te pica todo lo que digo.

Le echo una mirada furiosa y me pongo a hablar con Jaime que está a mi izquierda.

Al cabo de un rato llega Inés, una compañera de la oficina que desde hace un tiempo es mi mano derecha en el trabajo y una buena amiga.

—Te tengo que contar lo que me ha pasado hoy en la oficina —le digo en susurros.

Me mira con cara de interés y yo empiezo a explicarle lo que he oído en el baño. Veo a Inés cómo le va cambiando la expresión de la cara de sorpresa a divertida, al tiempo que la veo mirar de reojo a Alex, como si pensara que mirándole va a descubrir si lo que decían las chicas es verdad o no.

—En realidad no me sorprende mucho lo que me estás contando. Digo el rumor. Lo del baño me parece la típica escena de película que siempre quieres vivir y que nunca crees que pase en la realidad —me dice ella.

—Osea, que tú ya sabías algo de eso. ¿Y no me cuentas nada?

—Creo que la semana pasada, un día en el café, estuvieron comentando algo. A raíz de hablar de la cena de hoy, salió el tema de bailar, ligar, chicos, chicas... lo de siempre, ya sabes cómo son Natalia y Ángela. Y algo comentaron sobre Alex y Carla. La verdad es que como apenas hemos estado esta semana, se me olvidó contártelo. Y como tampoco le di mayor importancia... Sinceramente creo que no están muy acertadas.

Frunzo el ceño y pongo cara de extrañada y ella sigue hablando.

—No dudo que Carla esté interesada en Alex, pero al revés... me cuesta más creerlo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Intuición, percepción. No apostaría por ello.

—Alex está casado —le recuerdo a Inés.

—Cosas más raras se han visto. Y otra cosa no sé, pero a Alex le gustan mucho las mujeres, todas, si me apuras.

Me empiezo a reír a carcajadas. Miro a Alex. Pienso en lo que me acaba de decir

Inés, a él le gustaran todas, pero sería raro si no fuera al revés, que sea él el que guste a cualquier mujer. Demasiado interesante para el género femenino.

Dejamos el tema cuando Jaime y Pablo se unen a nosotras y acabamos al rato en el bar contándonos nuestros planes del fin de semana, hablando del frío, los coches y la nieve. A las nueve y media, Alex se acerca a nuestro pequeño corro. Me toca el hombro y nos dice:

—Tenemos que ir a cenar.

Nos miramos todos, cogemos los abrigos y salimos de nuevo al frío.

La cena resulta entretenida y la comida muy buena. El sitio en el que la hemos organizado es un habitual en las celebraciones de la empresa. Un local amplio, con buen servicio, decorado con mucho gusto y que además tiene una zona puesta como discoteca, lo que nos permite seguir de fiesta sin tener que salir de allí. Y se agradece, especialmente en días como hoy de frío y nieve, en los que seguramente, nada más poner el pie en la calle, la gente salga despavorida para casa.

Son casi las doce cuando pasamos a bailar. El local tiene dos barras, una central y otra más pequeña en una entre planta en la zona de arriba, donde hay un espacio con mesas y sofás y se encuentran también los aseos.

Al entrar casi todo el mundo va hacia la barra de la planta baja y solo algún pequeño grupo sube a las mesas de arriba.

Yo me voy con Inés a la barra, ella se pide un *gin tonic* y yo una cerveza. Al poco se acerca Rosana, la dueña de la empresa. Inés y yo nos miramos resignadas. A ninguna de las dos nos apetece estar con ella pues la mujer, todo lo que tiene de inteligente y buena para los negocios, lo tiene también de cotilla e indiscreta, por lo que nuestras conversaciones se ven bastante reducidas en su presencia.

Miro al resto de grupos que tenemos alrededor. Cuatro chicas de las oficinas ya están bailando y enseguida se unen tres chicos del equipo de montadores. Gran idea, bailar. Le hago un movimiento de cabeza a Inés y ella asiente. Nos vamos a la pista de baile.

En la barra Alex está hablando con Jaime y con Javier el informático y lo veo que dirige su mirada hacia nosotros. Intento adivinar qué mira y veo que a nuestro lado están bailando Natalia, Ángela y Carla. Tuerzo el gesto. Creo que ya lo sé.

Al poco veo a Natalia que va a buscar a Pablo y se pone a bailar con él. El chico se mueve bien. Y enseguida me doy cuenta de que parece que estoy más pendiente de lo que hace la gente que de bailar y pasarlo bien, así que cierro los ojos un segundo, escucho la música, sonrío y me pongo a bailar.

Suena una canción de Enrique Iglesias y oigo en mi oído derecho alguien que me habla.

—Baila conmigo.

Me doy la vuelta y veo a Alex mirándome serio y tendiendo la mano derecha invitándome a bailar. En ese momento me pregunto si Alex sabrá moverse bien. No recuerdo haberlo visto haciéndolo nunca antes.

Le doy la mano y me hace girar. El ritmo de la música nos mueve a los dos. Nos acerca, nos aleja, hace que nos miremos a los ojos, yo sonrío, él está serio, me mueve, me pega a él, me da la vuelta, me acerca otra vez, me coge de la cadera, me pega tanto a su cuerpo que siento su calor, su olor a perfume. Me suelta la cintura, me aleja y vuelve a hacerme girar sin dejar de mirarme. Se acaba la canción y empieza otra. Sigue sin soltarme, giro una vez, giro dos veces, me cambia de lado rozando todo su cuerpo con el mío, vuelve a pegarme a él, me mira a los ojos y agacha la cabeza, siento su aliento en mi oreja derecha. No puedo respirar, tiene su cadera pegada a la mía, Dios mío qué calor, me aparto un poco y busco sus ojos, están oscuros, casi negros, están atravesando los míos, mi piel, mi ropa. La mano me arde y el corazón me va a mil. El tiempo se ha parado, no sé si la canción aún está sonando. Ni siquiera sé cuántas canciones hemos bailado. Lo siento respirar pegado a mis labios. Quieto. Se queda quieto, sujetando mi mano y agarrando mi cintura. Lo miro.

—Ahora me toca a mí.

Como en un sueño me muevo lentamente y miro a mi derecha. Veo a Carla sonriendo a Alex y extendiendo el brazo como queriendo soltarme y agarrarle a él. Me cuesta reaccionar.

—¿Qué? —pregunto, como si no hubiera oído o entendido lo que ha dicho. Alex todavía sigue sin soltarme.

—Bailar, que ahora me toca a mí bailar con él —me contesta Carla.

Miro a Alex. No dice nada, ni con palabras, ni con su cara. Así que lo suelto.

—Todo tuyo —le digo a Carla y me aparto.

Ella no tarda un segundo en cogerle la mano y agarrarle como si fuera a escaparse. Me quedo paralizada en la pista. No sé qué hacer, a dónde ir, cómo moverme. Lo lógico hubiera sido volver al grupo en el que estaba y seguir bailando. Pero no sé por qué ni quiero ni puedo hacerlo. Miro a Carla cómo baila con Alex. Lo miro y él no está bailando con ella como lo hacía conmigo. Me está mirando a mí. Estoy confusa, desorientada y lo peor de todo furiosa. Muy furiosa. Consigo pensar y logro moverme hasta la barra. Inés está de nuevo pidiendo.

—Me voy a casa —le digo. Estoy tan enfadada que no se me ocurre otra cosa que hacer o decir.

—¿Me tomas el pelo? —me pregunta incrédula—. Pero si te lo estabas pasando genial, ¿no? Se te veía encantada bailando.

«Eso es lo malo, estaba encantada». Pienso. «Demasiado». Y sigo pensando que solo yéndome a casa se me pasará el estado absurdo y extraño en el que ahora me encuentro.

—Voy a por el abrigo, al baño y me voy. Te veo el lunes.

—Te pasa algo, Eva. Tienes cara de enfadada. Dime que Alex no te ha dicho ninguna burrada mientras bailabais.

—No me ha dicho ni mu, Inés. No te preocupes —«Por una vez, precisamente el problema no es lo que ha dicho, sino lo que no ha dicho» pienso. —Estoy cansada, nada más —miento intentando tranquilizarla.

—Vale, hasta el lunes. Pasa buen fin de semana.

—Lo mismo —digo y me voy a por el abrigo y el bolso que he dejado en el ropero. Cojo todo y antes de salir subo a los aseos. No quiero tener que meterme en un bar de camino a casa y tengo un buen paseo. Espero que no esté nevando. Y me enfado aún más solo de pensarlo.

Entro al baño y como siempre en estos sitios, me toca esperar. Mientras, hablo de la cena con una chica que está en atención al cliente. Me cuesta concentrarme en la conversación y llego a pensar que no le estoy dando ni una respuesta coherente a lo que ella pregunta. Por fin me toca. Entro al baño. Me desespero con las medias, el liguero, el abrigo y el bolso. Siento que el sitio es más pequeño de lo normal, tengo calor, estoy

agobiada y no sé dónde dejar las cosas. Mi estado pasa de enfado a grados superlativos de furia. Tengo que marcharme ya. Necesito aire. Aunque el aire que me toque respirar esté a unos cuantos grados bajo cero.

Salgo del baño. Miro el abrigo beis y veo que la punta se ha mojado en el retrete. Qué asco, lo que me faltaba. Encima este abrigo no lo puedo lavar en casa, genial, me toca ir a la tintorería. Me empieza a doler la cabeza.

Voy directa a las escaleras pero antes de llegar a poner el pie en el primer escalón, para empezar a bajar, alguien me agarra fuerte del brazo derecho.

—¿A dónde vas tan rápida?

«Ahora no, por favor, ahora no». Reconozco la voz de Alex y quiero que me trague la tierra. Hago como que no lo he oído, ni siquiera me giro para mirarle e intento seguir mi camino, pero no me suelta el brazo.

—Me debes un baile —sigue diciendo.

Y entonces sí, me paro, me doy la vuelta y lo miro. Estoy agotada. No sé qué contestarle. Estoy tan enfadada que si abro la boca le voy a decir algún improperio y sé que mañana me arrepentiré de ello. Y lo peor es que sé que él no tiene la culpa de mi mosqueo, pero en el fondo, se la estoy echando a él, o a Carla. Ya ni yo misma sé qué me está pasando.

Soy incapaz de hablar. Solo lo miro y no me salen las palabras.

—¿Eva?

Por fin reacciono.

—Me voy a casa.

—Me has dejado plantado en la pista de baile.

Y entonces, me empiezo a reír a carcajadas, tan alto, tan fuerte que creo que me va a dar algo. No puedo parar de reír. Cuando por fin me tranquilizo veo que Alex no se ha reído y que por el contrario está serio y mirándome sin entender nada.

—¿Plantado? Me estás vacilando, ¿no? No soy yo la que te he cambiado por otro.

Según me salen las palabras, me arrepiento de lo que acabo de decir. Suena a mujer celosa. Y nada más lejos de la realidad. Y antes de que me conteste y de que me

muera de vergüenza, doy la vuelta y salgo disparada escaleras abajo. Voy poniéndome el abrigo por el camino, haciendo malabarismos con el bolso y vuelo hacia la puerta. Salgo al frío, a la nieve, y en veinte minutos he llegado a mi casa. No recuerdo ni el camino por el que he llegado, he venido tan rápido que siento que ni he tocado el suelo con los pies. En casa voy directa al servicio intentando no hacer ruido para no despertar a nadie. Me desmaquillo, me quito la ropa, me pongo una camiseta que he dejado preparada antes de irme, me dejo las bragas y me meto en la cama. David no se entera de que ya estoy con él, respira profundamente y me da envidia lo tranquilo que lo siento a mi lado. Yo en cambio soy un manojo de nervios. Intento no pensar en nada pero me resulta imposible. El alcohol, será por el alcohol que no puedo tranquilizarme y dormir. Pero según lo pienso me digo a mi misma que es imposible. Solo he bebido una cerveza antes de cenar, dos copas de vino blanco durante la cena y la cerveza que he pedido en la discoteca.

Alex. No dejo de pensar en Alex. Su cara, sus manos en mi cintura, su cuerpo pegado al mío, su olor, su calor, sus ojos oscuros mirándome tan fijamente. Y el momento. Ese momento en el que he sentido que se acercaba hasta mi boca, como si quisiera buscarme, como si quisiera besarme. No me lo puedo quitar de la cabeza. Tengo que dejar de darle vueltas, tengo que dejar de pensar en ello. Puede que me lo haya imaginado, que sea porque es lo que me hubiera gustado a mí. Y eso es lo peor. Que lo estaba deseando. Quizás no fuera eso lo que iba a pasar o lo que podía haber pasado si Carla no hubiera interrumpido. Carla. Por mí que se lo quede todo para ella. Vuelvo a enfadarme. No sé cómo ponerme en la cama. Pienso en levantarme y ponerme a leer, pero sé que no va a servirme de nada y que no voy a poder concentrarme en la lectura. Miro el reloj. Las 3:20. Tengo que dormir. Tengo que descansar. Mañana me espera un día largo y no voy a poder tenerme en pie. Me duele la cabeza. Me levanto a tomar un ibuprofeno y un vaso de agua. Vuelvo a intentar convencerme de que es el alcohol que me he tomado y de nuevo pienso que sería una ingenua si encima me lo creyera.

El lunes, pienso, no quiero que llegue el lunes. Y creo que, por fin, me quedo dormida.

Capítulo 2

Ya nada es igual

Sábado. El día pasa sin pena ni gloria por mi vida. Estoy en todas partes y no estoy en ninguna. Mi cuerpo sigue a mi familia como un autómatas. Me levanto con Sara que es la más madrugadora y aunque mi marido hace el intento de levantarse él para que yo duerma después de haber llegado tarde, no le dejo. Para qué, él quiere dormir más y yo no puedo hacerlo. Siento a Sara conmigo en la cocina. Le doy un cuaderno con pinturas y mientras, me pongo a preparar zumo, café y leche para todos. Emma y David aparecen una hora más tarde. Desayunamos, nos preparamos y nos vamos a por el coche. La nieve que cayó anoche no cuajó y hoy el día es soleado y luminoso a pesar del frío. Hemos quedado para pasar el día con Paula, mi mejor amiga, para celebrar en su casa con su familia el cumpleaños de su hijo mayor que es de la edad de Emma. Ella vive en un pueblo a cincuenta minutos de la ciudad, sus padres son propietarios de dos bodegas de vino y ella al trabajar en la empresa familiar, decidió hacerse una casa y quedarse cerca de las bodegas. Así que desde hace un tiempo, nuestros ratos juntas se han reducido tanto, que no me acuerdo cuando fue la última vez que tomamos un café contándonos confidencias y hoy, no va a ser un día de esos. Estaremos rodeadas y yo tengo día de pocas palabras.

En casa de Paula, sus hijos juegan con las mías. Paula y Fran tienen dos niños y una niña, un perro y un gato, una casa enorme, una piscina y un precioso jardín que hoy, aunque hace muy bueno, con la temperatura que tenemos, no lo vamos a poder aprovechar.

Mientras David y Fran vigilan que los niños no se maten y no torturen al perro y al gato, ayudo a Paula en la cocina. O al menos lo intento. Siento que no pongo mucho empeño en nada e interés en menos. Paula se da cuenta enseguida.

—No dices nada, Eva —me dice observándome mientras pela una patata.

—Ayer tuve cena —contesto, como si eso bastara para responderle y saque como

conclusión que pueda estar cansada o con resaca.

—No tienes cara de cansancio, sino de... ausente.

Es exasperante lo de esta mujer. No puedo esconderle nada.

—Pues no sé por qué —le digo restando importancia a su observación.

—Tú sabrás —y se calla pensando en que cuando yo quiera, algo le diré, algo le contaré. Lo que no sabe es, que en esta ocasión no va a ser así. No voy a contarle nada. No quiero hacerlo, no puedo hacerlo.

Disfrutamos de la comida y más de la compañía. Mis hijas lo pasan fenomenal con los de Paula y a las ocho de la tarde nos volvemos para casa. Ponemos música en el coche, las niñas se quedan dormidas y yo me dedico a seguir pensando y dándole vueltas a todo lo que pasó ayer.

—Estás muy callada —me dice mi marido. —De hecho, lo has estado todo el día.

—Cansada nada más. Y dándole vueltas a la fiesta que tengo que organizar en el trabajo para dentro de dos semanas —le contesto.

Y me doy cuenta de que le estoy mintiendo. No me encuentro cansada y no he invertido ni un minuto de mi tiempo en pensar en la fiesta de “Winter-Wind”. Miento, sí he pensado en la fiesta, pero no en el trabajo que queda por hacer para organizarla, sino en imaginar escenas en ella que nada tienen que ver con el trabajo.

De pronto me doy cuenta de que no he sacado el móvil del bolso en todo el día, hoy un pequeño equipo iba a ir a trabajar y yo no he estado pendiente por si me necesitaban para alguna consulta. Mientras rebusco en el bolso se me pasa por la cabeza mandar un mensaje a Alex, pero qué le voy a decir, un mensaje para qué. Desecho la idea de la cabeza, solo pensarlo me ha provocado taquicardia.

Por fin encuentro el móvil, miro la pantalla, no tengo llamadas perdidas del trabajo, menos mal. Pero lo que sí tengo es la notificación de un mensaje. Me cambia la cara al momento. Es de Alex. Doy gracias al cielo por ser de noche, por no haber ni una luz en la carretera y porque a última hora mi marido se haya ofrecido a llevar él el coche por si había hielo. Seguro que tengo la cara pálida. Me tiemblan las manos al abrir el mensaje. Es una nota de audio. Maldigo para mis adentros. Con lo fácil que es escribir, mandar un texto y no, él tenía que mandar un mensaje de audio. Tendré que esperar a llegar a casa y esconderme en el baño con los cascos para oírla.

Me paso todo el viaje dándole vueltas al mensaje. Semejante tontería y no puedo más que pensar en qué me habrá mandado y sobre todo, porqué lo habrá hecho.

Entre los baños y meter a las niñas a la cama tardo más de media hora en poder tener un momento para escuchar lo que Alex me ha enviado. Cojo los cascos de mi Ipod, el teléfono y me encierro en el baño. Me siento como una adolescente de quince años mandando mensajes al chico que le gusta y que no quiere que le vean.

Me pongo los auriculares, abro el mensaje y le doy al play. Empieza a reproducirse la primera canción que bailamos ayer. Según va sonando la música, me va apareciendo una sonrisa en la cara cada vez mayor. Cuando acaba solo puedo mirar la pantalla del móvil, creo que no llego ni a pestañear. No sé qué hacer. No sé qué pensar. Ni siquiera sé si responderle. ¿Qué le voy a decir? ¿Gracias? Quedaría como si me hubiera hecho un favor y un favor, de qué... ¿Qué ilusión? Pensará que he estado todo el día deseando que me mandara algo, ¿Ha sido una sorpresa? Pensará que no he pensado en todo el día en lo que pasó ayer y no podría estar más equivocado. Al final no sé qué me impulsa a poner un emoticono mandándole un beso. Le doy a enviar. Me arrepiento al instante. Tanto que directamente apago el móvil por miedo a que me responda y no sea una buena respuesta lo que reciba de él. Me cambio y me voy a la cama. Mi marido se queda viendo la televisión y yo intento leer un rato. Imposible. Apago la luz e intento dormir. Me espera de nuevo, otra noche en vela.

Odio los domingos. Nunca me han gustado y con los años, me gustan aún menos. Si antes era porque había que volver al día siguiente a clase, porque tenía que dedicar el día a preparar algún examen o trabajo, ahora es porque los encuentro aburridos, por más que tenga planes para hacer. Y hoy lo odio todavía más, porque mañana es lunes y tengo que ir al trabajo y encontrarme con Alex. Quiera o no quiera tengo que verle y lo que es peor, recuerdo que tenemos que ir al edificio donde se va a celebrar la fiesta de los americanos, así que me toca pasar el día de trabajo con él.

Paso la mañana poniendo la casa al día. Fuera el día está frío y gris y el tiempo no invita a salir.

Al mediodía antes de poner la comida consigo armarme de valor y enciendo el móvil. En realidad, no sé qué me da más miedo si tener un mensaje de Alex o la decepción de no tenerlo. Si soy sincera conmigo misma, es lo segundo lo que sé que me va a dejar peor. Pongo el código en el teléfono y me quedo esperando mirando la pantalla a ver qué aparece. Y sí, tengo un mensaje de Alex. Lo abro y veo un emoticono guiñando un

ojo. Eso es todo. Miro la pantalla como esperando a que aparezca algo más, una frase, una palabra. Pero no hay nada más. No sé qué estoy esperando y menos lo que quiero. Mi cabeza es una batidora de pensamientos. Estoy contenta porque me ha escrito, me ha contestado y no parece molesto por el beso que le envié ayer y al mismo tiempo me siento furiosa. ¿Por qué no me ha dicho algo? Inmediatamente pienso que esto no está bien. Tengo que dejar de darle vueltas, no fue nada, no pasó nada. Y me engaño a mi misma durante toda la tarde intentando convencerme de que el viernes fue un día más, una cena cualquiera, un baile sin importancia, hasta que me voy a la cama y entonces, vuelvo a pensar en lo mismo y de nuevo, no puedo dormir.

Lunes. Hoy no le doy tiempo al despertador a que suene, llevo despierta dos horas y media, hasta no voy a pasar por el ritual de quedarme en el vestidor dos minutos mirando la ropa sin saber qué ponerme. Ya tengo pensado el modelito del día. Hoy me voy a poner falda y me da igual que haga frío o que nieve, una blusa, una chaqueta y unas botas de tacón. Quiero estar guapa, necesito sentirme segura si voy a tener que mirar a Alex a los ojos y pasar el día con él preparando la fiesta.

Salgo de casa como siempre sin hacer ningún ruido ni despertar a nadie, voy al garaje y cojo el coche. Cuando salgo, empieza a nevar y según voy llegando al trabajo la nevada se hace más intensa. Me empiezo a poner nerviosa porque al local donde tenemos que preparar el evento tengo que ir en coche y la carretera cada vez se está poniendo peor. A pesar de haber salido antes de lo normal, llego al trabajo solo cinco minutos antes de mi hora de entrada. Voy directa a mi oficina para coger algunos libros con diseños y unos cuantos catálogos que quiero llevarme. Estoy llegando cuando veo a una persona de espaldas en mi puerta como si me estuviera esperando. Me paro en seco y no quiero seguir avanzando, no quiero llegar allí y no quiero si quiera ni mirar al frente. Alex aún no me ha visto. Puedo dar la vuelta y marcharme. Pero reconozco que es absurdo y que puedo retrasar unos minutos, una hora, el encuentro, pero es inevitable y tengo que ir a por las cosas a mi sitio.

Cuando me acerco estoy hecha un manojo de nervios, tengo calor y el corazón me va tan rápido que me da miedo que pueda oírlo él. No me sale la voz ni para saludarle.

Menos mal que cuando me ve, él es el que habla.

—Buenos días —y le veo sonreír. Una sonrisa de esas suyas que derriten a cualquiera.

—Hola —yo no puedo decir más. En estos momentos soy puro líquido.

Paso delante de él y no lo miro no sea que me vea ponerme colorada o note que estoy casi temblando. Le doy la espalda mientras abro la puerta de mi oficina.

—¿Qué tal tu fin de semana? —le oigo preguntar detrás.

—Bien.

Y me siento como una horrible mentirosa. ¿Bien? Ja. Me he pasado los dos días mirando al infinito, sin dormir y recreando en mi imaginación una y otra vez la noche del viernes, el baile, sus gestos, su tacto.

—¿El tuyo? —consigo preguntarle casi sin voz.

—Aburrido. He pensado en ti.

Me quedo pegada al suelo cuando acaba la frase. Saco valor no sé de dónde y lo miro a los ojos. Lo veo girar y mirar hacía varios lados, como buscando algo o a alguien. Pero no hay nadie ni nada alrededor nuestro. Estamos solos.

En ese instante, da un paso hacia adelante, se inclina y sé lo que va a hacer. De pronto yo doy un paso atrás.

—No —le digo.

Me da vueltas la cabeza. Estoy paralizada. No entiendo lo que acaba de pasar. Ha intentado besarme y yo me he apartado. Tengo que pensar y ahora mismo no puedo hacerlo y menos con Alex delante mío.

—No quieres —me dice y es una afirmación, no una pregunta.

—No puedo.

—Esperaré.

Esto no me puede estar pasando. Estoy en un sueño y me tengo que despertar. O en una pesadilla, no lo tengo muy claro. La de cosas que se pueden pensar en un minuto y yo ahora mismo tengo la mente en blanco.

Me muevo como un autómata alrededor de mi mesa. Sé qué catálogos y diseños tengo que coger, pero no doy una con mis movimientos, no encuentro nada, no acierto a encontrar las cosas, no me fijo en lo que leo, así que elijo varios archivadores que tengo

en uno de los armarios y rezo para haber acertado con lo que me tengo que llevar. Seguro que no.

Estoy haciendo como que no he oído lo que me ha dicho Alex, pero sé que no puedo ignorarle, ni a él ni a esta situación. Tendré que enfrentarme a esto y hoy voy a estar todo el día con él. Tengo que pensar en algo y hacerlo cuanto antes.

—Podemos irnos —le digo yendo hacia la puerta. Me pongo a pensar en cómo vamos a ir al centro. ¿Juntos en el coche? Mejor que cada uno lleve el suyo. Y de repente recuerdo que está nevando.

Como si supiera lo que estoy pensando Alex me dice:

—Vamos en mi coche. Sé lo que te gusta la nieve y la carretera y con mi coche no vamos a tener problemas.

—Está bien.

Acepto porque no me queda otra si quiero llegar sana y salva y sin un ataque de nervios. Caminamos juntos hasta su coche y ninguno de los dos dice nada. De camino pienso en el beso que ha querido darme y que yo le he negado. Realmente no sé por qué he reaccionado así. Me he pasado todo el fin de semana pensando en que me hubiera gustado que nos hubiéramos besado el viernes. Lógicamente no lo íbamos a hacer, ya no solo por la interrupción de Carla, sino porque no era el momento ni el lugar, allí, delante de todo el mundo, conociéndonos a los dos y sabiendo que ambos estamos casados. Pero me hubiera gustado, de eso estoy segura y ahora mismo me arrepiento de haber vuelto a perder otra oportunidad.

Subimos al coche y seguimos los dos callados. Alex arranca y pone la radio, una emisora de música. Intento concentrarme en la música, pero sigo pensando en lo del beso. Miro a Alex y por primera vez reconozco que me gusta.

—Lo siento —empiezo diciéndole—, siento lo de antes. No sé por qué he reaccionado así.

—No, lo siento yo, Eva. No quiero molestarte ni obligarte a hacer algo que no quieras.

—El caso es, que sí que quiero. Pero es, difícil.

Me mira un instante y le veo hacer un gesto que parece una sonrisa.

Mi cabeza no hace más que buscar una explicación a esto. Hace tres días Alex no me

gustaba. ¿No? Hace tres días, no hubiera besado a otro hombre que no fuera mi marido. O eso creo. Hace tres días, mi vida era normal. Hoy todo es diferente. Alex me gusta, quiero besarlo y ya nada es normal. Y todo esto, ¿por bailar? ¿por un simple baile en una cena?

No se me ocurre nada más que decirle y en cambio le pregunto:

—Alex, ¿has sido alguna vez infiel a tu mujer? —Me pongo nerviosa según le formuló la pregunta. No solo porque me da miedo la respuesta sino porque parece que se lo estoy proponiendo.

—Nunca —me contesta serio.

—¿Y lo serías ahora?

—Contigo sí.

Siento como el corazón se me dispara y el estómago se me cierra. Estoy sudando, aunque fuera del coche estamos a tres grados bajo cero.

Podría preguntarle porqué, porqué conmigo estaría dispuesto a serlo, porqué antes no lo ha hecho y ahora de pronto sí, pero no consigo encontrar el valor para hacerlo, así que me callo y me quedo mirando como cae la nieve en el cristal del coche.

Llegamos al parking del edificio donde vamos a preparar la fiesta. Según Alex para, me suelto el cinturón y corro a bajar del coche. Quiero evitar ahí dentro más momentos incómodos.

Seguimos sin decirnos nada. Esto no pinta bien. Ni siquiera se me ocurre hablar de algo, ni del tiempo o una conversación banal que nos haga evitar los silencios. Entramos al edificio y vamos al ascensor.

Otra vez estoy sudando y nerviosa. Un ascensor es el peor sitio que podía tocarnos hoy. Pienso en proponerle subir por las escaleras, solo son dos pisos hasta llegar a la entrada principal, pero Alex ya se ha parado en la puerta del ascensor. A él no parece importarle.

Entramos. Alex se apoya en la barra metálica de uno de los lados del ascensor y yo en el otro. Estamos uno frente a otro. Nos miramos, pero no nos decimos nada. Miro su mano derecha y veo que tiene los nudillos blancos. Parece que está apretando la barandilla como si se estuviera sujetando demasiado fuerte.

Levanto la vista y le veo con la mirada fija en mis ojos

—Eva... —me dice.

Me quedo observándolo y en un instante, tengo todo su cuerpo pegado al mío. Se abren las puertas y Alex se retira. Estoy jadeando y tengo las piernas temblando. Lo miro a él y le veo avanzar hacia la puerta como si no hubiera pasado nada. ¿Cómo lo hace? Yo estoy como si me hubieran lanzado una bomba encima. Me he quedado en estado de *shock*.

Consigo mover las piernas y sigo a Alex como un robot. Menos mal que alguien es capaz de pensar o de hacer algo porque yo ahora mismo tengo todos mis sentidos anulados y soy incapaz de razonar. Necesito estar sola, parar, recuperarme.

—Vete yendo al salón principal. Creo que me he dejado el móvil en el coche. Ahora voy a buscarte —consigo decirle y sin esperar a que me conteste, doy la vuelta y me voy hacia el ascensor. Al llegar allí, miro a la derecha y veo la puerta de acceso al garaje por las escaleras. La abro y salgo al descansillo. Nada más cerrarse, busco una escalera y me siento. A penas puedo moverme del temblor de mi cuerpo. No sé cómo lo voy a hacer, cómo voy a enfrentarme a este día. Solo ver a Alex mi sistema nervioso estalla y me quedo anulada. Tengo que mirar las estancias del edificio con él, revisar lo que se ha ido colocando ya y decidir la decoración del salón donde se dará el cáterin y será el acto de presentación de la temporada de invierno del año que viene de “Winter-Wind”. Respiro hondo e intento aclararme un poco. Quiero besarle, me gusta y no me lo puedo quitar de la cabeza. Voy a intentar tranquilizarme, aunque sea diez minutos e intentar centrarme en el trabajo. Tengo que conseguirlo. Lo que tenga que pasar luego, ya se verá.

Pasa un rato y salgo fuera. Mi móvil sigue en el bolso como hace diez minutos. Confío en que Alex no se haya dado cuenta de que, en realidad, ni lo he sacado cuando estábamos en el coche.

Voy al salón principal del edificio. El lugar en el que vamos a celebrar el evento es un edificio de piedra antiguo que hace unos años fue rehabilitado y que desde hace un tiempo se usa como sala de exposiciones, como centro cultural y como en esta ocasión, local para fiestas y eventos sociales. La empresa que nos ha contratado, es una compañía americana del mundo de la nieve. Se dedica a la venta de todo tipo de ropa y complementos para los deportes de invierno y organiza también viajes. La fiesta que nos han encargado preparar tiene que girar en torno al eslogan de su campaña “Busca

aventura, vive la nieve” y para ello hemos recreado en las distintas salas del edificio una estación de esquí. En el vestíbulo principal hemos usado las escaleras de acceso al primer piso para decorarlas como una pista de esquí. Hemos empleado una sala, como cafetería y *solárium*, con hamacas, mesas y sillas. Se ha utilizado otra sala para poner la tienda en la que mostrar ropa, complementos y accesorios que se venderán el invierno que viene y en el salón principal, hemos montado una barra de bar, y colocado mesas altas de cristal imitando el hielo.

Cuando me acerco a Alex lo veo mirando hacia el techo.

—Creo que estaría bien poner más luces blancas y azules para crear mayor sensación de frío.

Lo miro y sonrío. Me siento aliviada de poder hablar de trabajo e intentar al menos durante un tiempo no pensar en todo lo que nos está pasando.

—Sí, es buena idea. Pondremos luces blancas bordeando el techo para que no sean luces directas y para las azules podríamos buscar lámparas de pie. Si encontramos alguna con forma de árbol —digo pensando en voz alta—, puede quedar bien.

Seguimos recorriendo juntos el salón y comentando las cosas que hay que mover, cambiar o añadir en la decoración. Cambiamos de sala y revisamos también la zona de la tienda y la cafetería. Ya queda poco por decidir cuando miramos el reloj y vemos que es mediodía.

—Tenemos que volver. Tengo que ir a comer a casa —me dice Alex.

Asiento y empiezo a andar hacia el garaje. No le doy opción y voy directa a la puerta que sale a las escaleras. Quiero evitar el ascensor como sea.

Y nos vamos de nuevo a la empresa. Por el camino hablamos poco y lo que nos decimos son comentarios sobre cosas que quedan por hacer en la organización.

Cuando llegamos al parking, antes de apagar el coche, Alex me mira y me dice:

—¿Quieres quedar algún día de esta semana a tomar un café?

—Sí —le digo rápidamente y me sale una amplia sonrisa.

—Ya hablaremos y quedamos, ¿te parece?

—Claro —consigo responderle.

Yo salgo del coche. Estoy contenta y me voy a la oficina como si estuviera flotando.

Alex se va y yo decido que me voy a quedar a comer aquí. No me apetece ir a casa y prefiero minimizar riesgos con la nieve.

Paso la tarde sin moverme de mi sitio y organizando parte de lo que hemos estado viendo por la mañana. Mi marido me llama a las cinco para decirme que mis suegros irán a recoger a las niñas porque él va a salir tarde de una reunión de trabajo. Mejor, así yo puedo acabar unas cosas e irme directa a casa.

A las seis y media decido que ya es hora de salir. Cuando estoy llegando a la puerta de salida me encuentro con Leo, el comercial más importante de la compañía, después de Rosana. Es el que en los últimos años ha conseguido los clientes más importantes e influyentes que tenemos y el que en todos los eventos que se organizan, está atendiendo a las necesidades que le puedan surgir a cada cliente. Todo lo que tiene de bueno como comercial lo tiene de malo como compañero. Resulta paradójico cómo puede conseguir mantener tan buenas relaciones con los clientes y en cambio en el trabajo resulta ser una persona poco accesible, seria y engreída. Tiene cuarenta y un años sin embargo de aspecto, parece más joven de lo que es. Siempre va perfectamente afeitado, con el pelo moreno y liso bien cortado y peinado, con americana, camisa, y en ocasiones corbata y pantalón de traje. Tiene los ojos de un azul oscuro que cuando se le oscurecen aún parecen más fríos e impenetrables de lo habitual. Nuestra relación no llega a ser ni siquiera cordial. Solo es. Y porque trabajamos en el mismo sitio y en los mismos proyectos.

Se para delante mío para dejarme salir y me abre la puerta. Me sorprendo de su gesto educado.

—Gracias —le digo y salgo sin mirarle.

—Eva —me llama antes de que me vaya.

Me giro y le contesto

—Dime.

—Tienes una rueda del coche pinchada.

¿Está de broma? Imposible. Leo no sabe lo que es una broma. Lo que me faltaba. Se ha hecho de noche, es tarde, hace frío, y sigue nevando. ¿Y ahora qué hago yo? Pienso en llamar a David para que venga a buscarme, pero descarto la idea al momento porque

me acuerdo de su reunión, mis suegros tampoco son una opción porque no conducen y mis padres no están en la ciudad. Me planteo llamar a Alex pero estoy segura de que ya se habrá ido. Miro a Leo. Dios mío, él es mi recurso para ir a casa.

—¿Te importaría...? —y no me deja acabar la frase.

—Ya te llevo yo. Mañana cambias la rueda. Ahora no son horas.

—Gracias —le digo. Y camino hacia el coche aún perpleja por su ofrecimiento.

Miro mi BMW con cara de pena y de resignación y me subo al coche de Leo. Un Lexus negro, brillante y tan limpio que me da vergüenza de pensar en el mío, lleno de migas de galletas.

—No entiendo cómo se me ha podido pinchar la rueda —le digo intentando sacar algo de conversación. Pero Leo se mantiene callado mientras conduce.

No sé mucho de su vida privada, por no decir nada. Solo sé que está casado y tiene un hijo y ni siquiera sé si es niño o niña.

Decido hablar de trabajo y le comento la visita de Suzane, la mujer del presidente del equipo de baloncesto, que tanto estamos esperando y me dice que ya ha contactado con ella y que él también estará cuando venga ella a ver el *showroom*. Perfecto, pienso, me sentiré observada y evaluada.

El camino hasta casa se me hace eterno y el estado de la carretera no ayuda a que podamos ir muy rápido. Tardamos casi cuarenta minutos en llegar.

—Has sido muy amable, Leo. Gracias por traerme —le digo poniendo la mano en la manilla de la puerta y casi con medio cuerpo fuera del coche

—De nada. Si necesitas que te lleve mañana, avísame.

—No creo, seguro que David me puede acercar —y según se lo estoy diciendo estoy pensando que lo llevo claro si espero a que mi marido me lleve mañana a trabajar.

—De acuerdo. Hasta mañana.

—Hasta mañana y gracias —vuelvo a decirle.

Entro en el portal de mi casa. Mientras espero al ascensor pienso en lo que ha pasado hoy. Vaya día, he tenido de todo.

Abro la puerta y oigo llorar a Sara. Los Rolling Stones suenan en el hilo musical, Emma está en un taburete de la isla de la cocina pintando y veo a David con la crema para los golpes que va hacia el salón. Miro la escena de mi familia. Algo no encaja, algo es diferente. Me voy a mi habitación y empiezo a cambiarme de ropa. Soy yo. Yo soy la que no encajo. Soy yo la que estoy diferente.

Capítulo 3

El principio

He estado toda la semana mirando el móvil esperando recibir una llamada o un mensaje de Alex, jueves y todavía nada.

El martes decidí que mi mejor opción para ir a trabajar era pedir a Inés que me llevara. No le costó ni un minuto decirme que sí y luego fue ella la que me ayudó a buscar a alguien para que me cambiara la rueda del coche. Sin embargo, hasta media tarde no conseguí tener el coche listo, así que me pasé el día metida en la oficina y apenas salí de mi sitio. No vi a Alex en todo el día.

Ayer miércoles más de lo mismo. Rosana me pidió un informe de lo que se va a hacer para el evento de “Winter Wind” y no pude hacer otra cosa. Alex no dio señales de vida. No llamó, no me mandó ningún mensaje. Yo tampoco a él.

Hoy tengo el ánimo por los suelos y la paciencia agotada. No hago más que darle vueltas a todo lo del lunes y a que me dijo que quedaríamos esta semana para tomar un café. Hoy es jueves, ¿a qué está esperando? A las once de la mañana, hago acopio de todo mi valor, cojo el teléfono y le llamo por el número interno de la empresa. Confío en que no haya salido y conteste.

—¿Diga?

Me empiezo a poner nerviosa y casi no puedo hablar.

—Alex, hola, soy Eva.

—Hola Pequeña —contesta. Y por su tono noto que está sonriendo. Otra vez. Demasiadas sonrisas en la misma semana.

—Mmm, oye, me dijiste si quería quedar esta semana para tomar un café. ¿Quieres que quedemos?

—Sí, claro. He estado liado.

Se creerá que yo no, y sin embargo llevo tres días pensando en el dichoso café.

—Esta tarde, ¿puedes? ¿A qué hora vas a salir?

—Si no nieva quería acercarme al local de la fiesta de los americanos y de allí irme a casa. Pensaba ir sobre las cinco.

—Yo salgo a las seis. ¿Te parece bien? Podemos quedar a medio camino. En el “Kurmig”, ¿lo conoces?

— Sí, ya sé cuál es. Vale a las seis y cuarto nos vemos allí. Hasta luego —le digo rápidamente. No quiero alargar la conversación más. Estoy tan nerviosa que no sé qué más decirle.

—Hasta luego.

Cuelgo la llamada. Se me va a hacer eterno el día hasta las seis. Busco tener la cabeza ocupada preparando la nueva temporada de los *showrooms* pero estoy falta de ideas. Soy incapaz de pensar. Así que opto por hacer algo que me mantenga ocupada y no necesite pensar mucho. Me pongo a ordenar catálogos de decoración, a tirar los que ya no necesito, a clasificarlos y a mirar y señalar aquellos que mejor encajan con lo que tengo pensado para primavera. Al final he decidido quedarme en la empresa. Sé que no hubiera hecho nada yendo al local. Me hubiera dedicado a dar vueltas mirando todo sin ver nada.

Por fin dan las seis. Voy al lavabo y me miro al espejo. Tengo una sonrisa radiante y los ojos brillantes. Mi melena corta está lisa, la blusa azul no la tengo muy arrugada y el pantalón negro limpio. Me echo colonia, me pongo barra de labios, me retoco el rímel de las pestañas y me voy.

Llego al bar y encuentro a Alex en la barra. Todavía no ha pedido nada. Me acerco a él y le sonrío.

—Hola —le digo.

Me mira, sonrío, agacha la cabeza y rodea mis labios con los suyos con una caricia suave pero firme. Se separa y me dice:

—Hola, ¿qué quieres tomar?

¿Cómo lo hace? Yo estoy temblando desde los pies a la cabeza. Tengo el corazón totalmente disparado, la piel me arde, el estómago encogido y me he quedado sin voz. Él, en cambio, parece que acaba de saludar a una hermana.

—Eh, cortado... descafeinado, por favor. —le digo a trompicones, y llego a dudar por el volumen de mi voz, que me haya oído decirle algo.

Pide lo mismo para los dos. Estamos callados mientras nos sirven. Cogemos los cafés y nos sentamos en una mesa. Uno al lado del otro.

—Estás muy guapa.

Sonrío. Es mi manera de darle las gracias dado mi nula capacidad de hablar.

—Esto es nuevo para mí —empiezo diciéndole.

—También para mí.

—No lo tenía planeado. No lo estaba buscando...

—Yo tampoco.

Qué poca facilidad de palabra, pienso. Se nos da mejor discutir.

—¿Qué quieres? —le pregunto. Es lo único que quiero saber.

—No lo sé.

¿No lo sabe? Pues vamos bien.

Me mira y me coge la mano derecha. Me recorre electricidad por el cuerpo. No recuerdo cuándo fue la última vez que sentí algo así, me planteo incluso no haberlo hecho nunca.

—Eva, no quiero hacerte daño.

Y a eso, ¿qué respondo yo? Sigo temblando y el corazón no me para de latir rápido y fuerte. Hoy acabo en el hospital con un infarto. ¿Qué quiere decir con eso? Se me pasan tantas cosas por la cabeza que no sé con cuál quedarme. ¿Quiere estar conmigo? ¿Está dejando algo que no hemos ni empezado? ¿Por qué me va a hacer daño? ¿Acaso soy yo la única aquí que puede darlo todo, que se va a implicar, que puede llegar a enamorarse y por lo tanto la única que va a sufrir en todo esto? ¿Él no puede hacerlo? ¿No quiere? ¿Cómo lo va a hacer él para no sentir más? ¿Será que yo no soy suficiente para que eso pueda pasar? Me va a estallar la cabeza. Creo que hasta tengo ganas de llorar.

—No sé por qué tendrías que hacérmelo —consigo decirle. —También tú podrías salir

mal parado, ¿sabes?

—No quiero que nadie sufra. Ni tú, ni yo, ni nadie.

Sé por qué lo dice. Mejor dicho, por quiénes lo está diciendo. En estos momentos yo soy demasiado egoísta para pensar en nadie más. Él por lo visto lo tiene tan claro que me da miedo. Miedo de empezar algo de lo que ya me está diciendo el final.

Entonces, ¿qué? ¿Empezamos? ¿Lo dejamos como si no hubiera pasado nada? Siento que me hundo y no sé cómo salir. Quiero intentarlo. Me gusta. Quiero estar con él.

—No quiero que esto acabe aquí. Ni siquiera nos hemos dado una oportunidad —le digo pensando en voz alta.

—Va a ser complicado.

—Lo sé. ¿No quieres al menos intentarlo?

Y de nuevo, voy notando como se acerca cada vez más a mí. Se le oscurecen los ojos y me mira como si pudiera absorberme totalmente. Me toca los labios con su boca. Esta vez más fuerte que antes, los abre alrededor de los míos y saca su lengua buscando la mía. Toma mi boca con avidez y fuerza y siento su lengua cálida, húmeda y con sabor a café. Mi cuerpo va respondiendo a su beso como un volcán. Mi corazón bombea a cien por hora, me recorre electricidad por la piel y siento un fuerte calor que me recorre desde la entrepierna hasta el pecho.

Cuando se separa me mira y sonrío.

—Tenemos que irnos —me dice. Y entonces siento como si me acabaran de pegar una bofetada o me hubiera caído de la cama mientras tenía un sueño maravilloso.

—Vale —contesto. Pero no vale.

No estoy pensando que vale, que está bien, que yo también tengo que irme. Estoy pensando en que quiero quedarme más tiempo. En que no hemos hablado prácticamente de nada. En que quiero besarle una vez más, o dos. En qué tengo ganas de volver a estar con él y todavía ni nos hemos dicho adiós.

Se levanta de la silla y yo le sigo fuera del bar. Al llegar a la calle me vuelve a dar un beso. Esta vez corto y suave.

—Nos vemos mañana —me dice.

—Sí. Hasta mañana.

Lo veo darse la vuelta e ir hacia su coche. Entro yo en el mío. Espero un rato a encender el motor. Necesito tranquilizarme antes de ir a casa. No sé cómo me siento. No sé cómo debo sentirme. Mi cuerpo y mi cabeza no van al mismo ritmo. Mi cabeza es un torbellino de pensamientos, por él, por lo que siento, por la situación y mi cuerpo está tan alterado que ahora mismo sería capaz de arder por combustión espontánea.

Arranco el coche. Me tengo que ir a casa. Se está haciendo tarde y está empezando a nevar. No puedo llegar más tarde de lo normal y que me pregunten por qué. Haré lo posible por disimular mi alegría, mi entusiasmo porque hoy mi corazón late por una persona nueva, por alguien que me ilusiona y hace que me sienta viva.

A las siete y media llego a casa. Todo está como siempre. Mis hijas se han puesto a ver dibujos animados y encuentro a mi marido haciendo algo en el ordenador. Doy un beso a todos. Cuando voy a cambiarme, pienso en todos los besos que tengo guardados para Alex. Ojalá él tenga tantos o más para mí.

A las diez y media me voy por fin a la cama. Estoy agotada. No tanto físicamente sino mentalmente. A mi cuerpo no parece importarle. A la una de la mañana aún sigo despierta. Alex se ha quedado a vivir en mi cabeza. Su forma de mirarme, de tocarme, de besarme. Me imagino bailando de nuevo con él y se me ocurre imaginar cómo será en la cama.

Son las tres de la madrugada y creo que, por fin, logré dormir hasta que suena el despertador.

« Buenos días. Espero verte hoy en el trabajo ».

Me dice el mensaje de Alex según enciendo el móvil nada más levantarme. Mi corazón salta de alegría al leer esas palabras. Me preparo y me voy feliz a la oficina.

Este viernes resulta un aburrimiento. No consigo ver a Alex en toda la jornada. Él se ha ido al edificio donde celebraremos el evento de “Winter-Wind” a seguir organizando la fiesta y a mí me engancha Rosana toda la mañana para revisar la nueva temporada. A media mañana se une a nuestra reunión Leo y acabamos discutiendo por la visita de Suzane. Aún quedan dos semanas para que venga y ya está alterado por cómo vamos a preparar la sala de muestra. La de los diseños y la organización soy yo. Que me deje

trabajar y se ocupe él de las relaciones públicas con la señora. Me molesta mucho que se meta en cómo quiere que preparemos los *showrooms*.

Antes de salir del trabajo, mando un mensaje a Alex:

« Espero que hayas tenido buen día. Me gustaría verte el fin de semana ».

Me contesta dos horas después.

« Me voy con mi familia a pasar fuera estos dos días. Nos vemos el lunes ».

Se me queda cara de estúpida cuando leo su mensaje.

Durante el fin de semana intento no darle muchas vueltas a la contestación de Alex. Procuero también pensar poco en él. Me sale mal. Me paso el fin de semana en una montaña rusa de emociones. Entre la alegría y la ensoñación cada vez que recuerdo la noche del viernes, el encuentro del ascensor y el beso que me dio el jueves, y la tristeza y la frustración por la conversación que tuvimos tomando el café y no poder verle hasta el lunes.

Paso estos dos días haciendo la compra de la semana, llevando a mis hijas al cumpleaños de unas amigas y metida en casa limpiando y leyendo.

El domingo antes de acostarme veo un mensaje de Alex en el móvil.

« Tengo ganas de ir a trabajar mañana y verte, Pequeña ».

Mi corazón salta de emoción y por primera vez en más de una semana, duermo toda la noche.

Viernes.

La semana ha pasado demasiado rápido. El lunes tomé un café con Alex junto a la máquina del trabajo y apenas pudimos hablar. Me alegró el día verle, pero en cuatro días, solo ha sido ese todo el tiempo que he estado con él. La fiesta de esta noche me ha mantenido tan ocupada que, aunque no haya tenido tiempo para nada, me ha venido perfecto para no pensar en muchas cosas y no darle vueltas a otras tantas.

Hoy me voy pronto a casa. A las seis tengo que irme hacia la fiesta y antes tengo que prepararme, recoger a mis hijas del colegio y dejarlas con mis suegros hasta que salga David del trabajo y las lleve él a casa.

Decido ponerme un vestido azul claro, liso, ajustado hasta la cintura y vaporoso hasta

medio muslo. Medias negras, liguero, conjunto interior a juego, zapato de salón negro y lista.

Voy a la carrera a todas partes, pero consigo estar a las 17:30 llamando a un taxi para que me lleve a la fiesta. Siempre antes de un evento de los que soy la coordinadora me pongo nerviosa pero hoy lo estoy mucho más. Alex también va a estar en la fiesta, controlando a los equipos de seguridad y de catering.

Entro en el local. Miro la decoración y me siento orgullosa del resultado. El *hall* está iluminado con cientos de luces blancas y azules colocadas a lo largo de la escalera principal y rodeando las paredes por el suelo. Hay nieve artificial formando el camino que lleva a la cafetería y a la tienda. Entro a la zona que parece la terraza de la cafetería. Hay mesas, sillas y tumbonas colocadas junto a una pequeña barra de bar. Hablo con los dos camareros que hay trabajando en esta zona. No falta de nada y todo funciona bien. Voy a la tienda y aquí todo está también en orden. Miro el reloj. La gente está empezando a entrar. Subo al salón principal. Las mesas altas, los taburetes, las lámparas de pie, todo está perfecto. Parece como si hubiéramos sacado la fiesta a la ladera de una montaña nevada al atardecer. La zona habilitada para bailar también está bien, limpia, suavemente iluminada y el suelo no resbala. Importante si no quiero tener ningún contratiempo esta noche.

—Estás increíble —oigo susurrar a Alex en mi oído derecho.

Me recorre un escalofrío por toda la espalda. Sonrío y me giro para verle. Está guapísimo con el traje gris y la corbata granate. Se me ocurren varias cosas para hacerle con esa corbata. Miro sus ojos y descubro en ellos una mirada que no había visto nunca. Ni a él ni a nadie. Una mirada de deseo. Está serio y mirándome fijamente. Siento sus manos levantando mi falda y recorriéndome los muslos lentamente hasta la cadera. Me ha metido las manos por las bragas y me está devorando el cuello.

—Eva, te está esperando Frank —de repente alguien detrás de mí me saca de mi ensoñación.

Miro a Alex. Sigue con la misma mirada. Tan quieto como lo estaba hace diez segundos. Miro sus manos. Ni las ha sacado del bolsillo de los pantalones.

—Eva —Leo vuelve a llamarme.

Me muevo. Camino hacia donde está Leo mientras siento humedad entre mis piernas.

Llegamos a una de las mesas altas del salón. Frank, uno de los socios de “Winter Wind” está tomando una copa de champán con una mujer alta, de pelo muy oscuro, vestido rojo y zapatos con tacones de vértigo. Pienso en que no sé cómo Alex me puede mirar como lo estaba haciendo, habiendo mujeres como esta en la fiesta.

—Buenas noches Frank. Espero que esté todo bien —le digo mientras le estrechó la mano a modo de saludo.

—Está perfecto, Eva. Has hecho muy buen trabajo.

—Gracias. En realidad el trabajo es de todos, tengo un buen equipo —miro a Leo y lo veo poniendo la sonrisa que tiene guardada para sus mejores clientes. Y para su mujer, digo yo. Se le ve henchido de orgullo.

—Espero que la fiesta sea un éxito. Voy a revisar cómo sigue todo. Encantada de haberle visto.

—Lo mismo digo, Eva.

Vuelvo a mirar a Leo y veo que no le quita ojo a la acompañante de Frank. Ríe para mis adentros. Que pruebe a sacarla a bailar a ver si tiene suerte...

Bajo de nuevo a la cafetería. Empiezo a estar cansada. Decido dar un último vistazo a todos y marcharme. Aquí no me queda mucho más por hacer y la noche no parece que vaya a ponerse mucho más interesante.

Veo a Alex en la barra hablando con uno de los camareros. Me acerco a ellos.

—¿Dónde te metes? Te he estado buscando —me dice Alex.

—He estado haciendo de relaciones públicas, ya sabes. Y he ido a ver que en el salón esté todo bien. Parece que no hay ningún problema. ¿El personal?

—Sin problema.

—Genial. Entonces me voy ya.

—Espera. Tómate algo conmigo.

Soy incapaz de decirle que no.

—¿Qué te apetece beber? —me pregunta Alex.

—Un *cocktail* de champán, por favor.

Pide un gin tonic para él y mi cocktail. Me lo da y acaricia mi mano con sus dedos. De nuevo siento esa electricidad tan fuerte desde el bajo vientre hasta el corazón. Suspiro.

—¿Qué tal la noche? —le pregunto.

—Ningún contratiempo. Ahora mejor que estoy contigo.

Sonrío y mi corazón se desboca otra vez.

—Estás preciosa con ese vestido azul. Y muy deseable.

Empiezo a temblar y no encuentro ni una palabra para decirle.

Estamos con los cuerpos casi pegados mientras hablamos y me torturo al saber que no puedo ni tocarle ni besarle. Y es en lo único que puedo pensar ahora. Miro a Alex y veo en él otra vez la mirada que tenía cuando he llegado por la tarde. Me pongo nerviosa y aparto la mirada, buscando alrededor algo que me haga tranquilizarme. Veo a Leo en el otro lado de la sala. Está hablando con la acompañante de Frank, la mujer despampanante del vestido rojo. Nos mira. Le veo poner la cara esa tan seria y fría de costumbre y al momento vuelve la cabeza y sigue hablando con la chica.

—¿Has visto a Leo? —le digo a Alex, en un intento de sacar una conversación que me haga olvidarme del deseo que tengo por él—. Cualquiera diría que está intentando ligar con la chica que ha venido con Frank.

—Qué más quisiera él.

—¿Tú crees? Está casado. Yo te lo decía en broma.

Y veo a Alex haciendo una mueca con la cara como queriéndome decir «nosotros también y aquí estamos».

—No va a tener tanta suerte como yo —me susurra al oído.

Mira mi bebida como queriendo saber cuánto me queda para que la acabe. A penas he llegado a la mitad y a él le queda prácticamente todo el gin tonic.

Agarra mi copa y la deja suavemente en la barra junto a la suya.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada.

—Vamos —me dice haciendo un gesto con la cabeza indicándome la salida.

—¿A dónde? —pregunto mientras le sigo por toda la sala a paso rápido—. ¿Vas a

sacarme a bailar? —le digo y me empiezo a reír.

Se para en seco y me dice muy serio:

—Ahora no quiero bailar.

Y sigue andando. Al salir de la sala veo a Leo que nos vuelve a mirar. Me recorre un escalofrío. Subimos por las escaleras. Llegamos arriba, giramos a la derecha, pasamos por la zona de las mesas y los sofás donde la gente está hablando y nos metemos por un pequeño pasillo que hay al fondo del piso. No sé a dónde vamos. Alex para delante de una puerta que pone «Solo personal autorizado», saca un mando pequeño del bolsillo, lo pasa por un detector que hay junto a la puerta y entra. Me coge la mano derecha, me mete dentro, empuja la puerta y luego a mi contra ella.

—Llevo esperando demasiado —me dice lanzándose a mis labios y apretándome con su boca. Abre la mía con la lengua y me explora con ansiedad. Siento todo su cuerpo y su fuerza apoyándose en mí. Me agarro a su cuello con una mano y apoyo la otra al final de su espalda. Me levanta la falda del vestido y va recorriendo mis muslos con sus manos firmes y fuertes. Muevo los brazos y le quito la chaqueta. Siento sus manos como suben por mis piernas. Me levanta la rodilla por su pierna derecha y mete la mano entre mis muslos.

—Eres tan sexy... —me dice con voz ronca. Yo jadeo.

Me acaricia con su mano por encima de las bragas y yo me siento caliente y húmeda. Desliza los dedos entre ellas. Pasa su dedo corazón por mi humedad y lo lleva lentamente hasta el clítoris. Se para, aparta su cara de mí y me mira. Me mira tan profundamente que me deja sin respiración.

—Voy a hacerte mía, Eva. A partir de hoy, vas a ser solo mía. Pequeña...

Y de repente mete un dedo en mi interior con tanta fuerza que me hace soltar un grito enorme de placer.

—Ah... Alex...

—Shhh —me dice pegando los labios en mi oído —. No digas nada. Gime, grita, jadea. Pero no digas nada.

Saca el dedo y lo vuelve a meter otra vez, pero en esta ocasión más lento, tocando cada milímetro de esa zona del cuerpo que ahora es sensible al aire.

Intento moverme. Quiero soltarle el pantalón, pero me tiene totalmente pegada a él. Noto su erección contra mi cadera. Solo pienso en tenerlo dentro.

Me besa el cuello y me da un pequeño mordisco. Mi deseo se hace aún mayor. Sigue moviendo dentro y fuera su dedo y empieza a rozarme a la vez el clítoris con el pulgar. He perdido toda mi capacidad de pensar y de moverme. Me queman sus dedos en la piel. Va a hacerme estallar de placer. Gimo y jadeo sin poder contenerme. Me mira y sonrío.

—Voy a hacer que te corras para mí, Eva.

Y sigue, sigue haciendo eso que me está volviendo loca. Tiene dentro dos dedos, otro rozándome el clítoris, sus labios en mi cuello, en mis hombros, su otra mano la lleva a mis pechos y la siento arder alrededor de mis pezones. Siento que caigo, que caigo al abismo, al cero. Estallo. Me retuerzo en su mano, en sus brazos, junto a su cuerpo, a su boca, a su lengua y a sus labios.

Y sin que me dé tiempo a darme cuenta, me sienta sobre una mesa que hay frente a la puerta, se suelta el cinturón, suelta el botón del pantalón, baja la cremallera y libera su potente erección.

—No te puedo dejar embarazada. Puedes estar tranquila —me dice mientras me arrastra al extremo de la mesa.

—Estoy sano y seguro que tú también —continúa diciendo.

Incapaz de decir nada, asiento con la cabeza. Retira mis bragas con una mano y con la otra me sujeta del cuello para devorar mi boca. Tiene la lengua fuerte, húmeda, inquieta, me busca con ganas de todo, con ganas de más. Para de besarme, me mira a los ojos. Los suyos están oscuros, tiene las pupilas dilatadas y el deseo dibujado en ellas. Me empuja hacia él fuertemente y me penetra.

—Dios mío...—grito en su oído.

—Maravilloso, ¿verdad?. Qué sensación tan increíble hacer esto contigo.

En ese momento sí se convierte en maravilloso, cuando sale y vuelve a entrar de nuevo con tanto ímpetu que me impulsa hacia atrás. Entra, sale. Está inclinado sobre mí y le oigo respirar junto a mi oreja derecha. Sigue moviéndose. Una vez, dos, tres. Jadeo, gimo con cada embestida suya. Mueve una mano y la lleva entre mis muslos. Mete un dedo. Y hace que mi deseo crezca exponencialmente hasta volver a hacerme arquear la

espalda, llevar mi mano a su culo y empujarle hacia mí cada vez más fuerte y más rápido.

—Me vas a volver loco, no puedo más.

Y oigo un quejido ronco en mi oído y un suspiro de placer. Sigue moviéndose dos veces más y con sus dedos, me hace a mí también gritar, temblar, explotar con él dentro.

Tengo la respiración agitada, el corazón a mil revoluciones, palpitaciones y humedad en la entrepierna. Miro a Alex y no puedo hablar, no puedo decir nada. Parece que acabo de correr una maratón.

—Puedes bajar a la tierra —me dice con una sonrisa.

—¿Dónde te crees que estoy?

—En otro universo —contesta.

Y entonces, yo también sonrío.

Me da un beso suave en la boca, me coge la mano y me levanta de la mesa.

—Deberíamos salir —dice Alex.

—Y yo debería ir al baño.

Veo como se abrocha el pantalón y el cinturón, coge la americana del suelo que sin ningún cuidado he tirado yo y me lleva hasta la puerta cogida de la mano.

Mientras salimos, un sentimiento de vacío se apodera de mi pecho. Me ha hecho suya y sé que, en realidad, no lo soy, ni lo seré. No ahora, no en este momento, ni este tiempo, ni en este mundo.

Capítulo 4

La cita

Cuando llego a casa después de la fiesta y a continuación me meto a la cama me doy cuenta de lo que va a pasarme luego. Otra noche en vela. Minutos y horas dando vueltas en la cama reviviendo cómo me ha tocado Alex, cómo lo he sentido dentro, cómo me miraba, soy capaz de sentir su tacto y sus besos. Tengo su olor en mi piel y aún siento su sabor a hielo, a frío y a ginebra en la boca. Sonrío. Sonrío tanto que me duele la mandíbula. Me ha hecho sentirme bien, maravillosamente bien y el cómo lo ha conseguido no hace más que aumentar mi incapacidad de razonar y comprender la situación.

¿Cómo he llegado aquí? ¿Por qué yo? ¿Por qué me ha pasado esto? Y sigo dando vueltas a algo que no tiene respuesta. ¿Qué he hecho en la vida para estar viviendo esto ahora? Sin buscarlo, sin pretender que algo así me sucediera porque no encuentro una sola razón por la que yo deseara una relación extramatrimonial. No llego a ninguna conclusión y a las ocho de la mañana cuando Emma se despierta, siento que no he dormido ni una hora. Si sigo así acabaré enferma, o peor, loca.

El fin de semana pasa como cualquier otro excepto por un solo mensaje que recibo el sábado por la mañana de Alex.

« Me gustó mucho, Pequeña ».

Le contesto con un emoticono mandándole un beso y eso es todo lo que sé de él hasta volver de nuevo al trabajo.

Mientras me preparo el lunes para ir a la oficina, decido que voy a llamar a Alex y pedirle una cita. Quiero ir a cenar con él, o al cine, o a comer, o a bailar.

A las once de la mañana y dado que no me lo he encontrado por ningún sitio, me armo de valor y lo llamo por teléfono.

—Hola —empiezo diciéndole.

—Hola, Pequeña. ¿Qué tal tu fin de semana?

—Bien, ¿el tuyo?

—Muy bien, tranquilo.

—Oye, he pensado... ¿Quieres cenar conmigo un día?

—Sí —contesta. Yo salto en la silla de alegría—. Pero tengo que mirar el calendario a ver si tengo alguna cosa con la familia.

«Empezamos bien, pienso».

—Vale, pues tú me dirás cuándo puedes.

—Esta tarde te digo algo.

—Vale. Te dejo que tengo que preparar la reunión con Leo y no me va a dar tiempo a acabar.

—Hasta luego.

—Hasta luego —me despido y cuelgo.

Paso la mañana mirando diseños para los *showrooms* de la temporada de primavera para poder comentarlo con Leo esta tarde. Quiere preparar conmigo la visita de Suzane y cómo no, quiere saber qué es lo que vamos a enseñarle.

Hasta la hora de la reunión, miro el móvil cada cinco minutos por si tengo algún mensaje de Alex y no me he enterado de que me haya llegado. Nada. A las cinco me voy al despacho de Leo sin saber nada de él. Me empiezo a poner nerviosa y enfadada, y el tener que estar ahora con Leo, no me ayuda nada a cambiar mi estado de ánimo.

La puerta de Leo está abierta, aun así, doy con los nudillos para advertirle de que ya he llegado.

Levanta la cabeza de unos papeles y me mira serio. Me acuerdo al momento de la fiesta. De cuando Alex me sacó casi arrastras del salón para llevarme al piso de arriba y nos vio salir juntos. Pido a los dioses que no nos viera subir las escaleras ni se imaginara lo que íbamos a hacer, porque si fuera así, estaríamos perdidos. Leo conoce a la mujer de Alex y no quiero imaginar las consecuencias si él supiera o hubiera visto algo.

Entro y me siento directamente en la silla que está en frente de él al otro lado de la mesa. Pongo encima los catálogos y lo que llevo con todo lo que tengo que contarle en la reunión.

—Espero que lo tengas todo bien preparado —empieza diciéndome—. Quiero que todo esté perfecto para la visita de Suzane —“Imbécil” pienso. Se creará que no sé hacer mi trabajo — Es muy importante —continúa.

—Lo sé, Leo. Para mí también significa mucho que le guste la exposición y conseguirla como clienta.

Me pongo a abrir un catálogo y antes de empezar, él vuelve a hablar.

—La fiesta de “Winter Wind” salió muy bien —me sorprende por escucharle al menos un buen comentario—. Alex y tú parece que hacéis un buen equipo.

No me gusta el tono con el que acaba la última parte de la frase porque no sé si lo está diciendo en serio o porque lleva alguna intención detrás.

—Gracias —es lo único que se me ocurre contestarle.

Por tercera vez vuelvo a mover los papeles y abro un catálogo de decoración de salones para mostrarle las ideas que tengo y cómo voy a organizar la sala. Consigo por fin que me haga caso y después de una hora me doy casi por satisfecha de todo lo que le he enseñado.

—Creo que a Suzane le gustará —acaba diciendo Leo.

Sonrío para mis adentros. Una sonrisa enorme de orgullo ante tal comentario. Viniendo de él eso es casi un piropo. Recojo mis cosas y me levanto.

—Eva, espero que el grupo de Alex haga bien su trabajo y que te pongas seria con el montaje y los plazos.

¿Pero este tío que se cree? Está todo el tiempo cuestionando cómo hago mi trabajo.

—Descuida, estaré encima —y según lo digo pienso en el doble sentido que tiene la frase para mí y me dan ganas de reírme.

Me doy la vuelta y salgo. Solo tengo ganas de perderle de vista. En cuanto atravieso la puerta miro el móvil y veo un mensaje de Alex.

« Sin problema. Podemos cenar el viernes ».

Mi corazón da un salto de alegría.

« ¿A dónde quieres ir a cenar? ». Le pregunto en otro mensaje.

Pasados diez minutos me contesta

«He mirado un poco y hay un restaurante en un pueblo a media hora de aquí, que parece bonito y que se come bien. Además, allí, no nos conoce nadie y podremos estar tranquilos».

«Me parece buena idea. Reserva entonces para el viernes».

«Ok».

Empiezo a pensar qué excusa pondré en casa el viernes para salir. Decido que voy a decir que tengo una cena con los compañeros de la oficina. Hace mucho tiempo que no organizamos una y no va a levantar sospechas. O eso espero.

Después de pasar toda la semana pensando en qué ropa ponerme para ir a cenar, en lo que vamos a hacer y de qué vamos a hablar, por fin llega la hora de empezar a prepararme para salir. He tenido que hacer maravillas para poder estar a las seis en la ducha. Mis hijas hoy tenían el cumpleaños de una compañera de la clase de Emma y he conseguido que Sara se quede con ellas gracias a que varias niñas que también iban a la celebración tenían hermanos más pequeños. Luego irá David a buscarlas.

Dedico mi hora en casa a darme una buena ducha, pongo la música en el baño a todo volumen, me depilo, me lavo el pelo, me seco, me paso las planchas, me maquillo y empiezo a vestirme. Elijo una falda corta negra, una blusa azul claro de tirantes finos, ropa interior azul clara, medias, liguero y zapatos negros y una chaqueta negra de punto. Me veo bien frente al espejo. Tengo la melena corta brillante, lisa, el pelo desgastado por delante me cae junto al ojo derecho. Me he maquillado la raya del ojo del mismo tono que la blusa y el rímel negro de las pestañas hace que se me vean los ojos más grandes. Llegan las siete y bajo al portal. Alex ya ha llegado con el coche. Al verme, se baja y antes de que llegue a la puerta, me la abre, me mira y me dice:

—Hola, estás preciosa.

Yo le doy las gracias por todo, por el cumplido y sobre todo, por el gesto de bajar y abrirme la puerta. No recuerdo de nadie que me lo haya hecho nunca.

Entro al coche, me siento, le miro y él se acerca a darme un beso. Sonrío.

—Estás muy guapo —le digo.

Realmente está guapo. Le he visto algunas veces con traje, pero habitualmente lleva

unos pantalones de trabajo y una camiseta con el logotipo de la empresa. Hoy se ha puesto unos vaqueros azul oscuro, una camisa de cuadros pequeños azul claro, un jersey color teja y una americana azul marina. Está increíble. Al besarle aspiró su olor. Hace que me derrita y quiera seguir besándolo, huele de maravilla. A fragancia limpia y fresca. Está afeitado y se le ve la piel suave y reluciente. Me pongo nerviosa nada más verlo.

Arranca el coche y enciende la radio.

—¿Quieres que ponga la radio, música? —me pregunta.

—Pon algo de música que te guste. No sé qué es lo que sueles escuchar.

Enciende una pantalla que tiene en el salpicadero del coche y aparece un listado de canciones. Empieza a sonar la primera canción que bailamos en la cena. No puedo evitar sonreír.

—¿Y esta canción?

—La metí el fin de semana pasado. Me recuerda a ti.

Y sonrío aún más.

—¿Qué tipo de música te gusta? —le pregunto interesada.

—La verdad es que escucho de todo. Pero por lo general, temas tranquilos.

—Pues no te pega nada. Pareces más de rock o heavy.

Se empieza a reír a carcajadas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás es por la idea que tengo de ti.

—¿Y qué idea es esa?

—Pues... De chico malo. Aunque realmente no sé por qué pienso eso, tienes una familia, hijos. Vamos que no das el perfil de juerguista y mujeriego.

Me mira alucinado.

—Será por los comentarios que se oyen de ti. Y eso que a la vista eres serio y callado. Pero luego tienes fama de que te gustan todas.

—Eso te incluiría a ti.

—Yo no me metía en el saco.

—Ja, ja. ¿Por qué no?

Me quedo callada, no sé qué contestar porque no me he parado a pensar en ello. Y me doy cuenta de que no lo había pensado hasta ahora porque él no me ha interesado nunca, por lo que, qué más me daba si yo le gustaba a Alex o no.

—Pues sinceramente —empiezo a decirle—, porque nunca me ha preocupado.

—Vaya, no sé cómo tomarme eso.

—Pues de la misma forma que al revés. Dudo mucho que te importara si tú me gustabas a mí.

—Hace un tiempo que me interesas, Eva.

Me quedo pegada al asiento. Me empieza a latir fuerte el corazón. No me lo hubiera imaginado nunca y más conociendo la relación tan tirante que por lo menos hasta ahora, teníamos en el trabajo.

—Lo has disimulado muy bien —consigo decirle casi sin voz.

Llegamos al pueblo donde vamos a ir a cenar. Decidimos antes dar un paseo y tomar algo. El pueblo es pequeño, pero es un sitio perfecto para pasear. Está rodeado de campo, tiene un río y caminos con árboles. Mientras paseamos descubrimos dos temas de películas y música que tenemos en común y pasamos una hora compartiendo nuestros gustos. Encontramos al lado del restaurante un pequeño bar y entramos a tomar algo. Pedimos dos copas de vino blanco.

Nos quedamos en la barra los dos de pie. Apoyo un brazo en la barra y tengo el otro extendido a lo largo del cuerpo dándole la mano a Alex. Después de soltarme y darle un sorbo al vino, me agarra por la cintura, me atrae hacia él y veo de nuevo en sus ojos esa mirada oscura y de deseo que hace temblar todo mi cuerpo. Siento presión entre las piernas y me cuesta respirar. Me roza lentamente los labios con su lengua y me los abre de pronto con fuerza buscando la mía. Tiene la boca húmeda y caliente y hace que lo desee aún más.

No tengo ganas de ir a cenar. Ahora mismo no se me ocurre mejor idea que arrastrarlo hasta el baño y meterle mano allí.

—Deberíamos ir ya a cenar —me dice.

Miro el reloj, más por hacer algo que por interés en saber la hora que es. Son las nueve y veinte. ¿Ya? Se me está pasando el tiempo demasiado rápido.

—Sí, vamos —le contesto.

Cogemos los abrigos, salimos y entramos en el restaurante. El sitio que Alex ha elegido es realmente bonito. Una casa de piedra, de tres pisos, con varios comedores, en los que se mezcla el estilo clásico del edificio, con la piedra de las paredes, las vigas y suelos de madera, con la decoración moderna de las mesas, todo en blanco y negro.

Nos ponen en una mesa situada un rincón de un comedor en el que apenas hay otras dos mesas ocupadas, también con parejas. Se agradece la intimidad que brinda el sitio que tenemos.

—Me encanta el restaurante, Alex. Has elegido muy bien.

—A mí también me gusta.

Se acerca y me da un beso. Sonríe. Hoy le estoy viendo muchas veces sonreír y me encanta. No es algo a lo que estoy acostumbrada y me siento feliz de saber que soy capaz de sacarle una sonrisa.

Cenamos tranquilos, comemos muy bien y hablamos de trabajo, de viajes y de nuestra juventud. Durante la cena, mientras esperamos a que nos sirvan algunos de los platos, Alex me agarra de la mano y en ocasiones me da pequeños besos en la boca. En el postre, se acerca a mi cuello y le siento aspirar mi olor.

—Huelo deliciosamente bien —me dice al oído—. No sé cómo voy a contenerme.

Ni yo, pienso. Bajo mi mano izquierda por debajo de la mesa y la paso por su muslo derecho, acariciándole poco a poco hasta llegar a la bragueta.

—Mmmmm —me susurra al oído.

Sigo tocándole por encima del pantalón y lo siento duro bajo mi mano. Estoy yo también muy excitada y este juego no ayuda a calmar mis ganas. Pero me encanta, me pone a cien tocarle y excitarle.

Nos traen el postre y retiro la mano. Veo a Alex poner una mueca de frustración. A mí también me fastidia.

—Luego sigo —le digo en voz baja.

Y lo veo cómo se remueve en su silla.

Dejo que disfrute de su postre y continúo con lo que estaba haciendo. Llevo mi mano a su muslo y lo voy acariciando hasta llegar a la bragueta del pantalón.

—De botones —le digo—. Me encantan los botones.

Meto los dedos entre ellos y desabrocho el botón del medio, subo los dedos y desato otro más. Ya me cabe la mano entera. Paso los dedos por encima de su ropa interior, calzoncillo bóxer, ajustado. Lo noto duro y me excito solo de pensarlo.

—¿Quieres quedarte aquí toda la noche? —me pregunta.

—No, ¿por qué?

—No puedo levantarme —me dice al oído.

—Pues tendremos que pedir café.

Llego con la mano a la parte de arriba del calzoncillo y se lo bajo. Meto la mano, le agarro rodeando todo su miembro y lo coloco recto. Lo siento fuerte, grande y duro. Deslizo dos dedos por el glande, está suave y húmedo. Alex suspira.

—Mmmmm, Eva... —me dice en voz baja.

Le ofrezco una sonrisa maliciosa y muevo la mano de arriba abajo varias veces muy lentamente. Los ojos de Alex están oscuros, tanto que parecen negros, tiene la boca entreabierta y sé que si pudiera me ponía ahora mismo encima de la mesa.

Saco la mano del pantalón.

—Creo que debemos irnos —le digo.

Alex abre mucho los ojos. Me siento poderosa. Me desea y voy a intentar que sea así todo lo que queda de la noche.

—¿Conoces algún sitio por aquí para ir a bailar? —pregunto al salir.

—Pues no. Pero si te parece buscamos alguno —sugiere él—, aunque a mí ahora, me apetece más otra cosa.

El calor y el deseo me recorre por el cuerpo tras el comentario de Alex, pero recurro

al autocontrol y le digo:

—Prefiero ir a bailar, aunque sea un poco. Me encanta bailar contigo.

Nos ponemos a andar y encontramos un bar con gente, poca luz y música. Perfecto.

Entramos y pedimos, yo una cerveza y él otra sin alcohol. Nos vamos a un rincón junto a una columna y empezamos a bailar. Alex me coge las manos y me mueve pegada a él. Lo miro y le veo sonreír, me pega contra su cuerpo y hace que me mueva a su alrededor. La música suena y nosotros giramos, nos miramos, nos besamos, juntamos nuestros cuerpos, nos rozamos, volvemos a besarnos. De repente Alex me pega a la columna y mete la mano bajo mi falda y va pasando los dedos siguiendo las tiras del liguero. Me roza la piel del muslo y de la costura de las bragas. Siento como me humedezco, suspiró junto a su boca.

—Si seguimos aquí, Pequeña, nos van a acabar echando por escándalo público.

—¿Qué propones, entonces?

—O paramos o nos vamos de aquí.

No sé ni cómo se le ocurre la primera opción. ¿Parar? Ni loca. Solo puedo pensar en una cosa, solo quiero una cosa. Y la quiero ya.

Voy directa a por mi abrigo, le estoy dejando claro cuál de las alternativas prefiero.

Mientras andamos por la calle lo miro. No sé en qué está pensando.

—¿Qué? —me pregunta al darse cuenta de lo fijamente que lo estoy mirando.

—¿En qué piensas?

—En un sitio a donde ir. No quiero hacerlo en el coche. La primera vez fue en el cuarto del personal en la fiesta. No quisiera que siempre sea así. Aunque tenga ganas de pillarte aquí mismo.

—A mi casa no podemos ir y creo que a la tuya tampoco —le digo con pesar.

—Lo sé —me dice—. Vamos a por el coche.

Me quedo callada. Me pregunto a dónde querrá ir pero no digo nada. Quiero que me sorprenda, que decida él. Además, no saber qué vamos a hacer, me excita aún más.

Arranca el coche y empieza a conducir alejándose del pueblo donde hemos estado.

Entramos de nuevo en la ciudad por la zona de las afueras. Para delante de un hotel.

—¿Aquí? —pregunto—. ¿Vamos a ir a un hotel?

—¿No quieres?

—Sí, sí que quiero.

—Pues venga, no perdamos más tiempo.

Nos registramos y subimos a la habitación. Me gusta que haya tenido esta idea y me gusta más todavía que el hotel que ha elegido es uno pequeño, pero puesto con elegancia y gusto. La habitación está limpia, es amplia, blanca, con una cama de dos por dos y un baño de madera clara, grande, con una ducha que va de lado a lado de la pared. Se me ocurren unas cuantas ideas para hacer ahora mismo en esa ducha.

—Quería tomarme mi tiempo —empieza diciéndome Alex—, pero no creo que aguante.

Me echo a sus brazos y lo beso. Tiene los labios cálidos y la lengua húmeda y suave. Alex me quita la blusa y me suelta el sujetador. Me agarra por la cadera y me tumba en la cama. Suelta el sujetador y se lleva a la boca mi pezón derecho. Lo chupa y me lo muerde. Me hace gemir y retorcerme en sus brazos.

—¿Te he hecho daño? —me pregunta.

—Nooo. Me encanta.

Sigue dándome pequeños mordiscos y mete la otra mano bajo mi falda. Le acaricio por encima del pantalón, hasta llegar a soltarle el cinturón y los botones de la bragueta. Va soltando el ligero poco a poco hasta que no queda ni una tira sujetando las medias. Mete los dedos pulgares por mis bragas, las baja y me las quita. Me deja solo con la falda.

—Qué sexy estás —me dice y seguido me pasa la mano por todo mi sexo. Me estremezco y siento el calor y la humedad que van dejando sus dedos por mi piel. Mete dos dedos y me los mueve lentamente. La piel me arde.

Ruedo en la cama y me pongo encima suyo. Le quito el pantalón y el calzoncillo. Su erección aparece imponente ante mis ojos. Miro su cara. Lo veo serio.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada. Estoy concentrado en ti.

Me deslizo por sus piernas y le paso mi lengua lentamente desde la base de su pene hasta el glande. Oigo cómo suspira.

—Buf... Eva...

Rodeo la punta con los labios y paso mis dientes por su piel sensible. Lo meto entero en la boca y succiono.

Alex está tan quieto que me hace dudar de si le está gustando lo que le estoy haciendo. Pero cuando lo miro, veo en su cara deseo y placer.

Me incorporo y me siento sobre su cadera, muevo mis caderas frotándome contra él y le beso en el cuello. Alex hace un movimiento rápido con las manos. Me agarra de la cintura, me tumba en la cama, se pone encima mío, abre las piernas con las suyas, me mira y entra dentro de mí.

—Ah... —me hace gemir al penetrarme.

Se queda quieto un momento, sale, vuelve a mirar mis ojos y entra de nuevo. Yo suspiro y levanto mi cadera en respuesta a su movimiento. Veo que cierra los ojos y sigue entrando y saliendo de mí con movimientos lentos. Hunde su cara en mi cuello y le oigo gruñir junto a mi oído.

—¿Me sientes? —pregunta con la respiración agitada—. ¿Sientes lo duro que estoy dentro de ti? ¿Por ti? Eres tú la que me provocas esto. Solo tú, me pones así.

Y yo, lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza mientras sigo sus movimientos y jadeo junto a sus labios.

Empieza a moverse más rápido pegando todo su cuerpo contra el mío y siento como frota su cadera en el punto más sensible de mi cuerpo. Según se va moviendo él, empiezo a sentir calor, un calor que sube desde mi sexo por el pecho, estoy tan húmeda que solo lo siento resbalar cada vez que entra y sale de mí. De repente, Alex mete la mano entre nosotros, me toca y yo siento como el placer me agita todo el cuerpo, se me encogen las piernas, se me arquea la espalda y mi vagina palpita tan fuerte que le hago correrse a él dentro de mí.

Nos buscamos con la boca, mientras recuperamos los dos el aliento. Nos miramos y ambos sonreímos. Ha sido fantástico, pienso. Aprovecho ahora que está tumbado junto

a mí, a mirarle el cuerpo. Tiene los hombros fuertes y marcados, las venas y los músculos de los brazos perfectamente definidos, el pelo moreno le recorre todo el pecho hasta la cadera. No tiene tripa y tiene un miembro tan grande y fuerte que solo con mirarlo de nuevo, hace que lo desee otra vez.

—No podemos dormirnos. Tenemos que irnos en un rato —me dice.

Se me cae el alma a los pies. Miro el reloj. Son casi las dos de la mañana. Se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. No quiero ir a casa. Quiero quedarme aquí, hablar hasta quedarnos dormidos y verle despertar a mi lado.

—¿Qué piensas? —le pregunto.

—Me preguntaba por qué he tenido que conocerte ahora, cuando no podemos estar juntos. Por qué no te encontré hace veinte años. En otro universo, ahora seríamos el uno para el otro. Siempre.

Me quedo pensando y no sé si sentirme triste por la situación o alegre por pensar que, para él, podría haber sido la mujer de su vida. Me duele el corazón por no serlo.

Se levanta de la cama y empieza a vestirse. Yo hago lo mismo. Los dos estamos callados. Seguimos sin decirnos nada hasta salir del hotel y meternos en el coche. Alex me mira, me sonrío. Yo también le sonrío, pero esta vez, mi sonrisa, sé, que es una sonrisa triste.

Capítulo 5

Dos mundos que se encuentran

A las 3:15 de la mañana estoy ya metida en la cama. Me quedo despierta recordando los momentos de la noche, las conversaciones que hemos tenido, las cosas que nos hemos contado, cada caricia que nos hemos hecho y cada beso que nos hemos dado. Todo ha sido tan bonito que no puedo menos que sonreír y sin embargo no me siento alegre ni feliz. Intento no pensar en cómo me siento y en buscar respuestas que no tengo o que no quiero realmente encontrar. No sé qué hora es cuando consigo quedarme dormida. Solo sé que a las 8:30 oigo a Emma gritar que no quiere dormir más. Me levanto y pongo el desayuno. David y Sara se levantan casi una hora más tarde. Mientras recojo la casa, enciendo el móvil esperando un mensaje que no llega y pienso en Alex cada segundo que me muevo.

Hoy he quedado con Paula para comer. Vamos a encontrarnos en una ciudad a hora y media de la nuestra en la que hay un restaurante donde yo suelo organizar eventos. Se trata de un local que abrieron hace dos años en la azotea de uno de los edificios más importantes. Me gusta mucho ir a comer ahí, el servicio es excelente, la comida deliciosa y el sitio no puede ser mejor. Tiene unas vistas impresionantes, una terraza cubierta en invierno, con calefactores, en la que tomar una copa es un lujo y lo mejor de todo, el restaurante pertenece a un hotel que tiene un club para niños. Nuestros hijos se lo pasan en grande cada vez que vamos, así que es una gran alternativa para todos.

—¿Te has hecho algo en el pelo? —me pregunta Paula nada más encontrarnos en el vestíbulo del edificio.

La miro extrañada.

—¿Tengo algo raro?

—No, para nada. Pero te noto algo diferente.

Y veo a Paula hacer una mueca como intentando encontrar algo sin saber dónde buscar. Pienso en lo que me ha pasado en estas últimas semanas. Sé que no lo sabe y espero que tampoco se lo llegue a imaginar.

—¿Qué tal el trabajo? —sigue interrogándome.

—Bien, como siempre. Ahora en pleno cambio de temporada. Te puedes imaginar el lío que tengo.

—Te llamé varias veces la semana pasada y no cogiste ni devolviste mis llamadas. ¿Qué narices te pasa?

—Nada —le digo casi molesta.

—Eva, es la primera vez desde que te conozco que pasa una semana sin que hablemos. Y menos que al ver que te he llamado, no hagas tú lo mismo o me mandes un mensaje.

—Lo siento, es que no paro. Tengo mil cosas en la cabeza.

En ese momento se acerca David a nosotras, parece que ha estado escuchando nuestra conversación porque nos interrumpe diciendo:

—Déjala Paula que, entre fiestas y cenas, no tiene tiempo para nadie —y me da un beso en la mejilla

—¿Has tenido muchos eventos? Ves, ya no me cuentas nada.

—La fiesta de “Winter Wind” que te conté.

—Y ayer se fue de cena con los compañeros —puntualiza David.

—¿Una cena? Pero si tú siempre huyes de las cenas porque estás harta de todas las fiestas que te tienes que comer por el trabajo.

—Bueno, me lo dijeron y me apetecía ir.

Dejamos la conversación y nos metemos todos a los ascensores para ir al club de los niños. Respiro por fin después del interrogatorio. Hay que tener respuestas para todo, pienso.

Dejamos a todos los niños, felices de poder jugar y nosotros subimos a la terraza del restaurante a tomar algo antes de comer. Cuando estamos ya sentados me llega un mensaje de Alex al móvil.

« Me gustó la noche de ayer ».

Me hace sonreír. A mí también. Mucho. Le contesto al momento.

« Fue increíble ».

«¿Qué haces?». Me pregunta

«De comida con la familia y unos amigos. ¿Qué haces tú?».

«Paseo con la familia».

No contesto a su mensaje.

Meto el móvil al bolso y vuelvo a la conversación del grupo. Me quedo pensando en qué hará el resto del día y si se acordará en algún momento de mí.

Pasamos el día entre risas, charlas y buena comida. Antes de despedirnos hablo un rato con Paula.

—Tenemos que quedar un día las dos solas y hablar un rato —sugiere.

—Claro, cuando quieras.

—Tendrás que decirme un día de estos lo que te pasa, ¿no crees?

—No tengo nada que contarte, no me pasa nada —ya está otra vez con lo mismo. Empiezo a agobiarme con la conversación.

—Vale, no te insisto. Te llamo la semana que viene y quedamos.

—Genial.

Nos despedimos todos y a las nueve de la noche estamos ya en el coche de vuelta a casa.

Antes de meterme a la cama escribo a Alex un mensaje. Me fastidia no haber sabido nada de él en todo el día.

«Espero que hayas tenido buen día».

Pasan dos minutos y me contesta

«He pensado en ti. Ayer estabas muy guapa y muy sexy. Volvería a meterte las manos por la falda otra vez».

Me sube calor por la entrepierna hasta el pecho solo con imaginarme la escena. Lo que daría por estar ahora en esa situación con él.

«Te dejaría también meter las manos por mis bragas y tocarme con tus dedos». Le contesto.

«No pararía hasta hacer que me supliques al oído que haga que te corras».

Me está poniendo a cien y lo único que puedo hacer es hablar con él por unos mensajes por el móvil.

Pasan unos segundos y vuelve a mandarme otro mensaje.

«Me llaman. Buenas noches».

Me quedo mirando la pantalla del móvil con cara de estúpida. Todavía no entiendo cómo lo hace. Como puede estar diciendo las cosas que dice y al segundo, hacer como si estuviera hablando de la subida del precio del pan. Como si no le afectara nada hablar conmigo. Lo mismo me dice cosas cariñosas y sexis y seguido para de hablar de forma seca y cortante. Así es cómo le conozco del trabajo. Aún no sé de qué me sorprende, pienso. Sin embargo, ahora lo veo de otra forma, y, esta nueva manera de mirarlo hace que esas actitudes me afecten más de lo que quisiera.

Me meto a la cama. David se ha metido y me está esperando leyendo una revista de música. Me mira.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

Otro. ¿Pero qué le pasa a mi cara?

—Nada, ¿por?

—Ven, pareces cansada.

Me tumbo en la cama y empieza a acariciarme. Dejo que me toque y respondo a sus caricias con pocas ganas. Sin embargo, las palabras de Alex me han excitado. Le beso, cierro los ojos y me dejo llevar por sus manos hasta que me lleva al orgasmo y hace que me quede dormida.

El domingo, como todos los domingos, pasa como un día de descanso más. Mando un mensaje a Alex con la esperanza de poder quedar con él un rato. Ya se me ocurrirá alguna excusa. Pero él tiene comida de cumpleaños de la hermana de su mujer y me dice que no puede. Así que yo dedico el día a descansar en casa, dar un paseo y limpiar.

Al fin lunes. Llego a la empresa y según aparco el coche, busco el de Alex. Pero no lo veo en el *parking*. Me parece extraño porque siempre llega muy pronto.

Voy directa a mi oficina y aparece Inés por la puerta con un café en la mano.

—Es para ti —me dice dándome el vaso —tengo un cotilleo para contarte.

—Empieza.

—Es sobre Carla.

Le sale una media sonrisa. Pero a mí no me sale ni eso. Me recorre un escalofrío al oír su nombre.

—El viernes, coincidí con ella y con Ángela en el descanso, en la sala del café. Y no se cortaron un pelo porque yo estuviera delante. Empezaron a hablar entre ellas. ¿Adivinas sobre qué?

—¿Sobre qué o sobre quién? —al instante me arrepiento de la pregunta que acabo de hacer a Inés.

—Sobre Alex, claro. Carla dijo que bueno, que es una faena que esté casado, pero que en la próxima cena, fiesta o evento que coincidan, piensa lanzarse a por él.

Empieza a latirme el corazón a toda prisa y a entrarme calor. Tengo una angustia en el pecho que me ha dejado paralizada y lo peor es, que encima tengo que disimular como si la situación no me importara o incluso me hiciera gracia.

—Pues va a resultar, que lo que oí en el baño se confirma. A Carla le gusta Alex, y parece que mucho.

—Sí, claro que mucho. Como que siguió diciéndole a Ángela, que creía que lo iba a tener fácil porque en el fondo a Alex le gustan todas las mujeres. Y seguro que por lo menos, aunque fuera una sola noche, sería suyo.

Creo que dejo de respirar durante unos segundos. El café me está dando asco y tengo ganas de vomitar. ¿Qué le gustan todas? ¿Qué se va a enrollar con él por lo menos una vez? Me quedo tan paralizada que no sé qué decir a lo que acaba de contarme Inés. No puedo evitar sentirme poca cosa, insignificante e impotente ante la situación. No puedo hacer nada para evitar que pase algo, si es que tiene que pasar. No puedo decirle nada a Carla. Qué le voy a decir, ¿que Alex está conmigo? Si no es nada mío. Tengo el mismo derecho que ella, es decir, ninguno. Tampoco quiero advertir a Alex,

porque sería servirle a Carla en bandeja, como diciendo, mira, si quieres, ahí la tienes para ti.

Miro a Inés expectante, esperando a que siga hablando ella porque a mí se me ha anulado la capacidad de respuesta.

—¿Cuándo es la próxima fiesta? —me pregunta.

Está de broma, ¿no? Empiezo a pensar rápidamente en la agenda y doy gracias al cielo porque ahora mismo creo que no tenemos ninguna en perspectiva.

—No lo sé. Creo que no hay nada dentro de poco. Parece que tienes ganas de ver qué pasa.

—La verdad es que sí. Va a ser de lo más interesante ver cómo Carla intenta conseguir a Alex.

Intento no reaccionar ante ese comentario.

—¿Crees que lo logrará? —le pregunto a Inés por saber lo que cree ella que va a pasar —. ¿Crees que lo tiene fácil?

—Si tuviera que apostar, me inclinaría por el sí.

Se me cae el alma a los pies ante la respuesta de Inés. Eso demuestra solo una cosa, que, a la vista de la gente, Alex parece interesado en Carla, o por lo menos que no la ignora. Bien, porque nadie puede sospechar nada de lo que hay entre nosotros. Mal, si alguien cree que puede haber algo entre ellos, es porque él ha dado señales de que le gusta. Genial, me acabo de convertir no en el segundo plato de Alex, sino en el tercero.

Me lleno de rabia y antes de enfurecerme y pagarlo con Inés decido poner fin a nuestra charla.

—Gracias por el café. Tengo que ponerme a hacer cosas.

En ese instante pasa Alex por delante de mi oficina. Le miro y sonrío. Inés sigue mi mirada y ve a Alex saludándome con la mano.

—¿Ahora sois amigos? —me pregunta.

—Muy graciosa.

—Como siempre estáis discutiendo.

—Diferencia de opiniones, nada más —puntualizo.

Veo a Alex alejarse y lamento no haber estado sola para poder haber hablado aunque sea dos minutos con él.

—Me voy. Ya te contaré si me entero de cómo va la cosa —me guiña un ojo y sale del despacho.

Me pongo a trabajar. Es lo único que va a evitar que me coma la cabeza.

Al mediodía recibo un mensaje de Alex.

«Hola, estabas ocupada cuando he pasado para verte».

«Podías haber esperado un poco, no era nada importante».

«¿Puedes quedar esta semana?».

Se me ilumina la cara ante su pregunta. No me paro a pensar si tengo algo que hacer o no puedo

«Sí claro. Me apetece mucho».

«¿Comemos juntos el miércoles?».

«Por mi perfecto».

«Pasa buena mañana, Pequeña».

«Tú también».

Le mando un emoticono con un beso y dejo el móvil en la mesa. Ya estoy contenta para todo el día.

El martes por la tarde cuando David llega a casa, decido irme a nadar al club de tenis. Hace tiempo que no lo hago y mi cuerpo y sobre todo mi mente, me lo están pidiendo a gritos.

El tiempo no acompaña para salir de casa. Hoy estamos a cinco grados y no ha parado de llover en todo el día. Rezo para que no baje más la temperatura y vuelva a empezar a nevar.

En el coche enchufo el iPod y pongo la música más animada que tengo a todo

volumen, así que cuando me llega un mensaje al teléfono, ni me entero.

En el vestuario me fijo que tengo un mensaje de Alex de hace 14 minutos.

«Hola, ¿qué haces?».

«Estoy en la piscina. En el club de tenis».

Me quedo mirando la pantalla esperando a que me llegue alguna palabra suya. Nada. Me empiezo a cambiar de ropa y al ir a la taquilla a guardar todo, me llega su respuesta.

«¿Sola?».

Hago una mueca de extrañeza.

«Sí».

«¿A qué hora sales?».

«En una hora más o menos».

«¿Quieres que pase a buscarte y pasamos un rato juntos?».

«Claro. Pero he traído coche. ¿Dónde quieres quedar?».

«De camino hacia tu casa en la cafetería del hotel "Grand"».

«Ok. Me voy a nadar».

Dejo todo en la taquilla y me voy al agua. Nado, buceo y busco el refugio de mi mente en el agua.

Salgo antes de lo previsto para que me dé tiempo a lavarme el pelo y arreglarme.

En menos de una hora he acabado y voy a la cafetería donde hemos quedado. Alex todavía no ha llegado y aprovecho para mandar un mensaje a David y decirle que llegaré más tarde porque me he encontrado con una amiga en la piscina y me voy a tomar un café con ella. Me quedo esperándole en la barra y voy pidiendo un refresco para mí. Aparece quince minutos después, con una cazadora de plumas azul oscura y un vaquero también oscuro. Me sonrío y me empieza a latir el corazón a un ritmo vertiginoso. Al llegar me da un beso lento y suave, rozándome los labios con la punta de su lengua.

Ya tengo ganas de tocarle.

—No tengo mucho tiempo —me dice—. En media hora me tengo que ir. Tengo que

recoger a mis hijos de las clases de baloncesto.

Pide él su bebida y nos quedamos hablando en la barra. Cada uno en un taburete. Me da la mano, me mira a los ojos y me aparta con dos dedos el pelo de la cara.

—Estás muy guapa —me dice.

Me sale una gran sonrisa.

—Me encanta cuando sonrías.

Se acerca a mi boca y me da un beso tan suave que se me eriza la piel de todo el cuerpo.

—Mañana el sitio para comer lo elijo yo —le digo.

—¿A dónde quieres ir?

—Es una sorpresa. Espero que te guste.

—Seguro. ¿Sabes una cosa?

—Si no me la dices, no.

—Ayer por la noche hice el amor con mi mujer —segun Alex esta hablando, no sé si la cara me va cambiando, pero yo noto como el corazón me empieza a bombear más rápido. No me gusta esta conversación. Nada. —pensaba en ti mientras lo hacía — termina diciendo.

En este momento no sé si darle un bofetón o un beso. Me siento como si me hubieran pegado una piedra al pecho y no me dejaran respirar.

—No hace falta que me cuentes esas cosas, Alex —consigo decirle.

—Creí que te gustaría saberlo.

—Me parece fantástico que pienses en mí, pero por favor, no vuelvas a contármelo.

Me pienso dos segundos si explicarle el motivo por el que no quiero saber nada, pero veo la expresión de él en la cara y al momento adivino que sabe porqué se lo he dicho.

Cambia de tema enseguida.

—¿Qué tipo de comida te gusta?

—De todo. Lo único que pido es que esté bien preparada, presentada y que el servicio sea bueno.

—¿Me vas a llevar al restaurante más pijo de la ciudad?

—Te voy a llevar a un sitio que me gusta y que espero que a ti también.

—¿Tengo que ponerme corbata? —pregunta riéndose.

—No y no tenemos mucho tiempo para comer, así que no esperes grandes cosas.

Alex mira al reloj.

—Tengo que marcharme o voy a llegar tarde a por mis hijos.

Paga las bebidas, nos ponemos el abrigo y salimos a la calle. Me da un beso en la puerta y me aprieta contra su cadera. Me sale un gemido junto a su boca.

—Cada vez que me besas, me entran ganas de hacerte de todo —le digo.

—Y a mí. A ver si mañana tenemos aunque sea diez minutos para eso.

—¿Diez minutos? —pregunto sorprendida.

Sonríe y me da otro beso.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —le digo. Y veo como va a por el coche.

Voy yo a por el mío. Miro el reloj. Quedan muchas horas para volver a estar con él.

Cuando me levanto por la mañana y veo que hoy no llueve ni nieva, doy gracias al cielo. Puedo ponerme una falda y un zapato fino para ir a trabajar. Quiero ponerme guapa para ir a comer.

La mañana se me hace larga, paso el tiempo preparando la visita de Suzane, pero no me concentro demasiado porque solo tengo ganas de que llegue el mediodía para estar con Alex.

Cuando tan solo falta una hora para salir, recibo un mensaje suyo.

«No puedo ir a comer. Mi hijo pequeño se ha puesto enfermo y tengo que llevarlo al

médico».

¿Qué? Será una broma, ¿no? Miro el móvil esperando algún mensaje más de Alex, pero no me escribe nada más. No sé ni qué decirle. Ahora mismo solo puedo pensar en lo triste, fastidiada y furiosa que estoy y lo peor de todo es que me siento egoísta y mal por sentirme así.

Al final, contesto a Alex con otro mensaje.

«Lo tendremos que dejar para otro día. Me da mucha pena. Espero que tu hijo no esté muy mal y se mejore».

Me responde al instante.

«Lo siento. Yo también tenía muchas ganas de estar contigo ».

Empiezo a pensar cuándo será el próximo día que vaya a poder quedar. Mañana tengo la visita de Suzane y mi ánimo se hunde aún más pensando en que tendré que soportar a Leo. Menuda mierda.

Jueves. La reunión con Suzane es a las once de la mañana, así que Leo y yo hemos quedado a las nueve para ir a ver el *showroom* que queremos mostrarle. Nos encontramos en la puerta de la sala y veo a Alex que también está en la entrada.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto extrañada.

—Buenos días a ti también —contesta algo molesto. —Me dijo Leo que viniera a revisar todo con vosotros.

En ese momento se acerca Leo a nosotros, nos hace un movimiento de cabeza a modo de saludo y abre la puerta del *showroom*. Yo pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza para mí misma. No entiendo cómo alguien puede ser tan arisco.

Parece que realmente ha llegado la primavera. Todo en la sala transmite luz y color. Las mesas altas tienen manteles blancos y centros de flores con orquídeas rosas y violetas. Hay lámparas de pie alrededor y plantas de hojas verdes y blancas. Ha quedado un gran salón. Miro a Alex y sonrío. Me gusta el resultado y espero que a nuestra visita también.

Damos un paseo alrededor de toda la sala, comprobando que cada cosa está en su sitio, si las luces funcionan todas, que no haya nada sucio en la mantelería, en la cristalería y que no haya quedado algo sin poner de la decoración.

—Parece que está todo correcto —comenta Leo con su habitual tono de desprecio.

—Habéis hecho un buen trabajo —digo yo mirando a Alex. —Os ha quedado muy bien.

Él me sonrío y veo a Leo mirarme serio.

—Cuando llegue Suzane te avisaré, Eva.

Leo nos da la espalda y sale del *showroom*.

Miro a Alex. Se acerca a mí y me besa. Toca mis labios con su lengua y me pega a él.

—Te lo haría encima de cualquiera de estas mesas.

Sonrío ante su comentario y me sube calor por todo el cuerpo.

—Te invito a un café —continúa diciendo.

Asiento y nos vamos al edificio principal.

Sacamos cada uno un café de la máquina y tenemos la suerte de que en la sala no haya nadie y podemos hablar un rato a solas.

Pienso en sacar el tema de la comida. Desde que la cancelamos no hemos hablado de ello.

—Nos quedamos sin ir a comer —empiezo diciendo.

—Ya.

—¿Cuándo podemos quedar?

—Yo igual puedo la semana que viene.

«¿Hasta la semana que viene? Pienso. Si todavía es jueves».

Alex saca el móvil y mira la agenda.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada.

—Siempre como en casa con mis hijos, pero suele haber algunos días que ellos tienen deporte al mediodía y comen en el colegio. La semana que viene, puedo el jueves.

«Una semana entera».

Muevo los hombros en señal de resignación.

—¿Y antes no puedes quedar? ¿Aunque sea a tomar un café?

—No lo sé. Si puedo te aviso, ¿vale?

«No, no vale».

—Está bien —le digo.

Diez minutos después salimos y nos vamos cada uno a nuestro sitio a trabajar.

A las once llega puntual Suzane. Leo me llama y vamos los dos con ella a enseñarle el *showroom* que hemos preparado. Yo estoy enfadada, así que suplico al cielo que Leo tenga a bien guardarse todos sus comentarios impertinentes para otra ocasión. Estoy de suerte, será porque si algo sabe hacer Leo, es su trabajo, y en la visita, derrocha ese encanto que esconde tan bien y todo es sonrisas y amabilidad.

Suzane parece irse encantada con lo que ha visto. Promete llamar a Leo y quedar para empezar a preparar la fiesta de su marido. Tenemos una clienta nueva. Por lo menos, me llevo una alegría en el día.

Al final, pasa una semana entera y Alex y yo no quedamos ningún día. Él me dice que por las tardes tiene cosas con sus hijos y que no puede escaparse ningún rato. El jueves por fin vamos a comer. Yo no suelo ir a mi casa, por lo que me libro de poner una excusa. En cambio, Alex, dice a su mujer que tiene que quedarse en el trabajo a organizar una de las salas.

La comida resulta ser todo un acierto. Elijo yo un restaurante que conozco en la ciudad. Un sitio pequeño, que está un poco alejado del centro, decorado con mucho gusto y en el que se come muy bien. A Alex le gusta también y disfrutamos mucho de nuestro rato. Pasamos dos horas hablando de lo que nos gusta comer a cada uno, de cocina y acabamos pensando sitios en los que podemos vernos y quedar, creyendo estar a salvo de miradas de gente que nos pueda conocer.

—¿Se te ocurre días o momentos concretos en los que podamos vernos? —le pregunto ya en el postre. —¿Qué sueles hacer tú normalmente? ¿Cuándo sería mejor para ti quedar?

Yo pienso en cómo lo tengo para verle. Al mediodía no tengo problemas por comer

con él. Casi siempre lo hago en la oficina o fuera si estoy organizando algún evento. Yo suelo salir del trabajo entre las cinco y las seis, dependiendo de cómo esté de ocupada, y los miércoles y viernes recojo a las niñas de sus clases extraescolares. Podría quedar cualquier día por la tarde después del trabajo, con la excusa de que tengo lío... Y los fines de semana, bueno, siempre podría escaparme si digo que me voy a nadar a la piscina. A eso David no se apunta, todo lo que sea pasar frío y mojarse, no le va, y a mis hijas, tampoco en exceso. Perfecto. Ya tengo la solución.

Miro a Alex esperando a ver qué propone.

—No lo tengo fácil —me dice.

«Respuesta incorrecta». Pienso.

—Ya te dije que excepto los días que mis hijos se quedan a comer en el colegio porque tienen algo de deporte, yo tengo que ir a casa.

Mi corazón se empieza a hacer pequeño.

—Después de trabajar, algún día igual sí puedo quedar a tomar un café, pero los martes, mis hijos tienen baloncesto y yo voy a recogerlos y los lunes y jueves, mi mujer va a al gimnasio, y soy yo el que se queda con ellos —termina diciéndome él mientras mi mente retorcida piensa que ojalá su mujer se ahogue con las pesas, o mejor, que se líe con algún tío bueno del gimnasio.

El corazón se me encoge aún más.

—¿Y los miércoles? Ó ¿el tiempo que tienes los días antes de recoger a tus hijos?

—Los miércoles, igual podría, sí. Pero no todos. Sería muy sospechoso.

Me entran ganas de abofetearlo, o de matarlo, no lo tengo muy decidido.

—¿Y los fines de semana? ¿Tienes alguna afición que te permita salir a ti solo?

Me empieza a doler la cabeza de preguntar y de insistir. Para colmo de males, noto cómo Alex se incomoda con la conversación. Pero yo quiero una solución, una respuesta, algo que me permita ver que hacemos algo por quedar y por estar juntos. No sé si él no está muy dispuesto, que no quiere, que realmente no puede o que en el fondo, y creo que es la verdadera razón, es un cobarde.

—Me gusta salir a correr.

«Por fin». Consigo que me llegue aire a los pulmones.

—Pues ya está. Yo iré contigo. No a correr, ¿eh? A mí no me gusta correr. Pero esa puede ser la excusa para poder vernos algunos ratos más largos. ¿Durante cuánto tiempo sueles estar corriendo?

—La verdad es que lo tengo bastante abandonado. Hace mucho que no salgo. No sabría decirte.

Y vuelvo a caer a la oscuridad. Esto es una pesadilla. No pone nada de su parte.

—Vale, ¿podrías retomarlo?

—Lo intentaré.

Decido dejar de insistir y de preguntar porque en ese momento él cambia de tema dándome un beso y hablándome sobre la música de una película que vio el fin de semana. Me lo paso tan bien con nuestra conversación que mi malestar se va pasando. Sin embargo sé que esa sensación volverá. Y claro que vuelve, además, para quedarse.

Capítulo 6

La rutina

Conseguimos tener cada semana un tiempo para nosotros.

El bar “Kurmig” se convierte en nuestro bar. Allí estamos un rato cada miércoles por la tarde después del trabajo. Algunos miércoles media hora, otros hora y media. Siempre dependiendo de la prisa que tenga Alex en marcharse a casa o a hacer algún recado. Es un hombre muy ocupado o se busca las ocupaciones. No lo tengo muy claro.

Dedicamos esos tiempos a contarnos nuestro día en el trabajo, lo que hemos hecho desde la última vez que nos hemos visto, a besarnos, darnos la mano y a mirarnos a los ojos.

Algunos días también vamos juntos a comer. Los jueves de las dos últimas semanas los hijos de Alex se quedaron en el colegio y él aprovechó para pasar ese tiempo conmigo.

Además ya no odio tanto los domingos. Cada semana a las nueve de la mañana, Alex dice que se va a correr, yo, que voy a nadar. Desayunamos juntos y luego vamos a pasear con el frío de la mañana hasta las diez y media. Algunas veces, él trae el coche y nos alejamos de la ciudad para estar solos. Para buscar nuestro rincón donde poder tocarnos y acariciarnos sin que nadie nos vea. Parece que tenemos veinte años en vez de cuarenta. Parece que vivimos aún con nuestros padres y no que cada uno tengamos nuestra propia casa.

Es primavera y seguimos juntos. Sin embargo mi estado anímico, cada día que pasa, empieza a convertirse en una montaña rusa. Sobre todo los fines de semana. Los sábados por la noche soy un derroche de energía, los domingos a partir de las once, soy un alma en pena. Vivo esperando que llegue el miércoles, luego esperando la mañana del domingo. Y entre tanto, busco en mis amigos, ratos que me hagan reír y olvidar que, cuando no está conmigo, está con su familia, en su mundo, el que nunca será el mío.

Ya no me acuerdo en qué pensaba antes de él. Ahora solo es él. Y eso es un

problema. Uno muy grande. Porque se me ha quitado la sonrisa cuando entro en mi casa. Las cosas con las que antes disfrutaba, ahora las disfruto la mitad, incluso la mitad es mucho.

Todo se ha dado la vuelta. No consigo que nada vuelva a ser lo que era. Ahora todo lo veo de otra forma. Me gusta mi familia, mis amigos, mi trabajo y sin embargo, quiero cambiarlo todo.

Quiero conseguir ese universo que me dijo en nuestra primera cita. Ese mundo en el que estamos juntos de verdad.

En cambio ahora, eso es imposible. Nuestras vidas, nuestros mundos, solo se unen como él y yo. Nunca como nosotros.

Hoy voy a ir a cenar con Paula. Llevaba semanas diciéndome que me notaba rara, diferente, triste y que quería quedar conmigo y hablar. Al final cedí.

Estamos en mayo y hace una noche increíble. Quedamos en un restaurante que tiene un patio interior al aire libre. Nos damos un fuerte abrazo cuando nos vemos. Le ha crecido mucho el pelo, tiene una melena larga, rizada y negra que le acentúa los ojos oscuros. Lleva un pantalón vaquero y una americana negra que la hacen más delgada de lo que es.

—Estás guapísima —digo al verla.

—Tú lo estás aún más. Y si sonrieras un poco, ya ni te cuento.

Nos sentamos en una mesa y pedimos la cena. Tan pronto como nos traen la bebida, Paula comienza a hablar.

—Eva, me lo tienes que contar. Sabes que no puedes engañarme y lo estoy pasando mal por tu culpa.

—¿Pasándolo mal por mí? ¿Por qué?

—Porque sé que algo te pasa y cuanto más lo pienso más me preocupas. ¿Es algo grave? ¿Estás enferma?

La miro asustada. ¿Cómo puede pensar eso? ¿Se cree que si fuera algo así no se lo hubiera dicho?

—Estoy perfectamente.

—Vale, no es de salud y no sabes lo que me alegro. ¿Tienes algún problema con David?

Niego con la cabeza, pero mi comunicación no verbal me delata, pues sé que mi negativa es floja y con cara de tristeza.

—¿Estáis mal?

—No. Estamos bien —contesto. Porque es verdad, estamos bien, entre nosotros no tenemos ningún problema. El problema, solo lo tengo yo.

—Eva, no pienso estar así toda la noche. Me refiero preguntándote e intentando sonsacarte lo que sea que te pasa. Pero no pienso irme a casa hasta que me lo digas. No voy a permitir que me tengas sufriendo más semanas e imaginándome cosas horribles de por qué cada vez que hablamos te noto triste y desanimada. Tú no eres así, no lo eras hasta hace unos meses.

Pongo los ojos en blanco y una sonrisa triste. Dios, ¿cómo lo hace? ¿Cómo puede alguien conocerme tan bien?

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. Que puedes confiar en mí. Somos hermanas, o como si lo fuéramos. Lo que te pasa a ti, me pasa a mí, tu sufrimiento es el mío. Así que empieza a hablar.

Mi cabeza es un torbellino de preguntas, ¿se lo cuento? ¿No se lo cuento? Ella conoce a David, ¿qué hará si se lo digo? ¿Enfadarse? ¿Juzgarme? ¿Contárselo? Sería arriesgarlo todo.

Hago una mueca y me quedo callada.

—¿Estás dudando de si contármelo o no?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me da miedo tu reacción.

—¿Has matado a alguien?

Me echo a reír.

—Pues como nada puede ser tan malo como eso, habla.

—Tengo una relación con una persona —suelto de golpe.

Paula me mira seria pero no dice nada.

—Aunque no me creas, no lo estaba buscando, ¿sabes? Surgió. Sin darme cuenta, empecé con una persona con la que jamás hubiera pensado que iba a tener algo.

—¿Una aventura?

—Para mí, no. No es una aventura. Si no estuviera casada.

—¿Qué?

—Pues que yo creo que sería una relación normal. De esas que empiezan y pueden tener futuro.

Paula se encoge de hombros.

—No sé qué decirte. No quiero juzgarte, y no voy a hacerlo. No te puedo decir que me alegro, ni que me parece bien.

—Te entiendo.

—¿Eres feliz?

—Debería, ¿verdad?

—No lo sé. Imagino que sí. Tienes mucho más de lo que le gustaría a la gente. Sin embargo, desde hace un tiempo, yo te noto triste. ¿Qué tiene todo eso que te hace estar así?

—Él. Le quiero.

—No lo entiendo. Entonces, deberías estar contenta.

—Pero no lo estoy y después de pensar y pensar, ya sé porqué no. Si él no estuviera casado, ni yo tampoco, estoy segura de que mentalmente estaría tranquila y posiblemente disfrutaría de verdad de lo nuestro. Pero con la vida que tenemos, estoy cada día pendiente del móvil, de tener un mensaje suyo que me alegre la mañana o que me cambie el día. Me paso el tiempo esperando para hacer algo con él, para encontrar un hueco durante la semana para verle, aunque sea solo para tomar un café. Soy yo siempre la que le digo para quedar, para estar juntos. Como si yo estuviera soltera y pudiera hacer lo que quisiera. Mis veinticuatro horas del día son un torbellino de

pensamientos y cábalas para sacar huecos para estar con él. Planifico mi vida en torno a él. Y para colmo, cuando nos vemos, siempre somos tres. Él, yo y el reloj. El maldito reloj.

—Vives en un sinvivir de emociones.

—No te lo imaginas.

—¿Te quiere?

—No me lo ha dicho. Imagino que de alguna manera sí. No creo que esté conmigo por estar. Tonto sería por aguantar a otra mujer teniendo ya una. Con lo complicadas que somos.

—¿Tiene familia?

—Sí, tiene dos hijos. Otro problema.

—No me gustaría estar en tu pellejo. En las películas parece muy emocionante vivir algo así, pero ahora que te veo a ti, no me da ninguna envidia.

—Te aseguro que se vive mejor sin esto.

—Entonces, ¿por qué no lo dejas? No me lo digas...

Me mira tan seria y tan triste que estoy a punto de llorar.

—Estás enamorada de él.

—Me lo advirtió. Me lo prohibió.

—Eva...

—¿Cómo se evita algo así?

—No puede acabar bien. Lo sabes, ¿verdad?

Tengo lágrimas en los ojos. Asiento con la cabeza.

—Soy tu amiga. Hagas lo que hagas te apoyaré. No voy a decir nada, a nadie, nunca. Pero una cosa, tienes que ser feliz. Es lo único que puedo decirte. Busca la manera de conseguirlo.

Pedimos la cuenta y nos vamos. Me va a explotar la cabeza. Tengo tantas cosas en las que pensar que no sé por dónde empezar a hacerlo. Por lo menos, mi pena, es

menos pena, gracias a que tengo a alguien en quien apoyarme. Por lo menos, cuando necesite llorar, Paula estará ahí.

El domingo por la mañana, quedo como otras veces con Alex. Yo llego al bar antes que él y me pido un café y un zumo. Fuera está lloviendo a mares. Me siento en una mesa y a los diez minutos aparece él. Llega, se inclina y me da un beso. Como siempre, me estremezco en cuanto me roza los labios.

—Buenos días, Pequeña. Voy a pedir mi café.

Le miro cómo se acerca a la barra. Viene con su pantalón corto, las zapatillas de correr y un chubasquero. Está guapísimo.

Se sienta a mi lado y empieza a comerse la tostada que ha pedido.

—Ayer estuvimos planificando las vacaciones de verano. Seguramente nos vayamos a la Costa Azul —empieza a contarme.

No me gusta nada esta conversación.

—¿Has estado alguna vez?

—No —le contesto muy seria.

—¿Tú ya tienes tus vacaciones pensadas?

—Más o menos —le digo sin ganas.

No entiendo cómo no se da cuenta de que no quiero hablar de esto.

—No te interesa el tema.

—No es que no me interese, es que no es algo de lo que me apetece hablar.

—¿Por qué? ¿No te gusta viajar? ¿No te gusta planear las vacaciones?

—Normalmente sí que me gusta. Pero da la casualidad de que ahora mismo, mi vida no es normal.

No quiero explicarle cuánto me duele oírle hablar de lo que va a hacer con alguien que no soy yo. Los sitios que va a ver, dónde va a dormir y todo lo que va a hacer. Sin mí. Con su familia, con su mujer. No conmigo. Y lo que es peor aún, es que ni siquiera hay esperanza de que algún día eso, pueda hacerlo, compartirlo y vivirlo junto a mí. Me enfado conmigo misma y con el mundo.

—Ya.

Y eso es todo lo que Alex tiene que decir. No pregunta, no comenta y como de costumbre, tampoco expresa nada.

Por primera vez en la vida, creo que no tengo ganas de que lleguen las vacaciones de verano. Mierda. Esto empieza a superarme.

Al menos, Alex tiene la habilidad de cambiar rápido de tema y durante un rato, hace que me anime, hablándome de cosas graciosas de su infancia.

—Vámonos al coche y vemos llover en algún sitio. ¿Quieres?

Asiento con la cabeza. A pesar de que en el fondo el malestar no se me ha pasado, no me quiero ir a casa. Bastante poco tiempo estamos juntos como para desperdiciar un día.

Cogemos su coche y me lleva a una zona fuera de la ciudad, donde hay un pequeño lago y muchos árboles. Es un sitio pequeño y bastante escondido. Lo descubrimos un día, en el mes de marzo, que empezamos a dar vueltas con el coche y nos perdimos por la zona. Nos encantó a los dos. Desde entonces, hemos venido varias veces.

Alex para el coche y agarra la manilla de la puerta.

—Vamos a los asientos de atrás.

Salgo rápida y entro en la parte trasera. Él hace lo mismo y nada más sentarse en el asiento, se gira hacia mí, me agarra por la cadera y me coloca a horcajadas encima suyo.

—Tengo ganas de ti, Eva. Llevo con ganas de ti toda la semana.

Se acerca a mi cuello aspirando mi olor. Pasea su nariz por mi piel y comienza a rozarme con sus labios. Me estremezco y el corazón se me agita. Busco sus labios, su lengua. Le rodeó el cuello con las manos y muevo mi cadera sobre él provocándole e intentando aliviar la excitación que me hace sentir.

Metó la mano entre nosotros buscando la cintura. Me lo pone demasiado fácil con la goma elástica del pantalón de correr. Ni cinturón, ni botones, ni cremallera, ni calzoncillos que bajar.

Oigo respirar a Alex profundamente cuando encuentro su piel suave y lo acaricio

rodeándole con la mano.

Mete la mano por mi blusa y me desabrocha el sujetador. Me toca los pezones con los dedos pulgares, me los aprieta y me hace jadear.

Intento quitarme de encima suyo para moverme mejor pero no me deja.

—¿A dónde vas? Eres mía. No te separes de mí.

—No voy a ninguna parte, quiero tocarte mejor.

—Estás perfecta. No te muevas.

Me levanta un poco, me desabrocha el vaquero y saca primero una pierna y luego la otra. Hace lo mismo con las bragas y vuelve a colocarme encima suyo.

—Hasta dentro, Pequeña. Necesito sentirte.

Se mete dentro de mí tan lento que me hace suspirar y agitarme en su oído.

—Deja que te mueva yo —me susurra.

Y poco a poco va subiéndome y bajándome sobre él, de una manera tan suave que se convierte en una deliciosa agonía. Empiezo a jadear y cuando Alex me oye gritar junto a su cuello, me mueve tan rápido que en pocos movimientos estalla dentro de mí mientras me besa profundamente. Me cuesta respirar, tengo mucho calor y tengo las piernas entumecidas.

—Estás hecha para mí.

Le doy un beso en los labios y consigo sentarme bien en el asiento del coche.

Mientras empiezo a vestirme, me arroja la bomba del día.

—El fin de semana que viene no podremos quedar. Me voy fuera.

Me empieza a oprimir el pecho y a picar la garganta. Asiento con la cabeza y salgo para meterme en el asiento del copiloto evitando así que me vea la cara.

De camino a casa no abro la boca y él tampoco me dice nada.

Le doy un beso corto y rápido cuando llega a la manzana anterior a mi edificio, le digo hasta mañana y salgo escopeteada hacia mi casa. Enfadada, furiosa y sobre todo triste. Qué difícil es esto. Qué asco.

El miércoles cuando quedamos a tomar el café, Alex se da cuenta de que me pasa algo.

—¿Te pasa algo?

—No.

—Ya. Ese no, ha sonado a sí. Lo que no sé, es si es un sí de estoy enfadada, triste, ¿cansada?

—Cansada, será —miento.

—Bueno, pues vámonos a casa y así descansas.

Ya no puedo decirle que le he mentado, así que pagamos y nos vamos. Y esta vez para esperar siete días para quedar.

La semana acaba reduciéndose a breves encuentros en el trabajo. Algunas veces junto a otros compañeros, otras a encontramos un minuto para preguntarnos qué tal nos ha ido la mañana, la tarde o el día anterior y la mayoría de las ocasiones soy yo la que lo llamo para darle los buenos días, despedirme de él antes de salir o buscarle por alguna zona para poder mirarlo a los ojos y saber que está ahí.

El viernes, antes de ir a casa, aparece Carla en mi oficina.

—Hola Eva.

Cada vez que la miro se me revuelve el estómago. No sé que le haría para borrarle la sonrisa de la cara.

Intento sonreír y al momento me siento una hipócrita.

—Hola. Qué raro tú por mí sitio.

—Me pillaba de camino, estoy buscando a Alex.

A quién sino...

—Sé que estas con los últimos detalles de la fiesta de Suzane.

—Sí... Es la semana que viene. El jueves.

—Me gustaría acompañarte un día de estos —me suelta.

Me empieza a entrar la tos y si en este momento estuviera comiendo, ya me tendrían

que haber hecho la maniobra de Heimlich.

—¿Por qué? —le pregunto en un tono que hasta yo sé que suena muy borde.

—Eres la mejor coordinadora de eventos que tenemos —encima me hace la pelota. ¿De qué va ésta? —quisiera seguir un poco el proceso que estableces con los proveedores y los equipos. Me vendría muy bien ver lo que te sirven los proveedores con los que yo trabajo.

—Pero para eso, no necesitas ir allí. Te lo puedo explicar yo.

—Bueno, estaría bien, ver un poco todo. Cuando empiecen a montar la decoración, el cáterin...

Insistente la chica.

En ese mismo momento, siento que me vibra el móvil en el bolsillo. Lo saco y miro la pantalla. Tengo un mensaje de Alex. Qué oportuno.

« Pequeña, ¿comemos? ».

Ahora sí que sonrío de verdad. « ¡Sí, sí! ». Pienso. Me muero de ganas por responderle. Tengo que deshacerme de ésta ya.

—No sé si realmente te servirá de algo.

—Seguro que sí.

No hay manera. No me voy a librar.

—Como quieras. El lunes a primera hora te espero en el museo de arte que es donde será la fiesta.

—Perfecto. Allí estaré. ¡Ah! Y aprovecho para decirte que estamos organizando una cena para el mes que viene. Hace meses que no hacemos nada y hay ganas de una.

«Venga ya». No puede ser, una cena. Lo que me faltaba. Soportar una noche de binomio Alex-Carla. Y de satélite yo. Mierda.

—Vale —contesto sin ganas.

—Hasta el lunes, buen fin de semana —me dice sonriendo y sale por la puerta.

Ni siquiera le digo lo mismo. Cojo el móvil y corro a contestar a Alex.

« Ok. ¿Te apetece una hamburguesa en el “Kurmig”? ».

« Buena idea. Nos vemos en una hora allí ».

Antes de salir voy al baño y me miro al espejo. Vaya cara tengo. Hoy no me he maquillado y tengo pelos de loca. Otra vez está lloviendo y la humedad me ha dejado encrespada la melena. Me aliso la blusa blanca que llevo y me arrepiento de haberme puesto vaqueros en vez de falda. Bueno, no tenía previsto comer hoy con Alex, ya no puedo remediarlo. Saco la colonia del bolso, me la echo, me intento arreglar el pelo con los dedos y me voy a por el coche. No veo el momento de estar con él.

Consigo aparcar rápido y soy la primera en llegar. Decido esperar en la barra mientras me tomo un vino, apenas hay mesas ocupadas así que no tenemos problemas de sitio. Espero durante diez minutos y Alex aparece por la puerta. Tan guapo como siempre. Con una camisa de lino azul, unos vaqueros y unas zapatillas. Al entrar me busca con la mirada y me sonrío en cuanto me encuentra.

—Estás muy guapa Pequeña —me dice bajito al oído y se acerca a darme un beso suave y largo en los labios.

—Tú también lo estás.

—Vamos a sentarnos a comer —me dice cogiendo mi mano y llevándome hasta una mesa —tengo hambre. Y no solo de comida —me guiña un ojo y me besa el cuello.

Empiezo a derretirme. Yo así no puedo comer. Se me quitan las ganas.

«Vámonos de aquí». Pienso.

Pedimos para comer una hamburguesa cada uno. Alex empieza la conversación sacando el tema del día.

—¿Te han dicho lo de la cena?

—Sí, me lo han dicho hoy.

—Genial, ¿verdad? Una noche que podemos estar juntos. ¿Te apetece que cojamos una habitación en algún hotel? No podremos quedarnos a dormir, pero sí ir un rato.

Se me ilumina la cara. Al final va a resultar que me va a hacer ilusión la cena.

—Me encantaría.

—Tengo que irme pronto. Esta tarde salgo de viaje.

«Ya empezamos».

—Aún no me has dicho a dónde vas.

—Mi cuñado tiene una casa junto a un lago que hay a cien kilómetros de aquí. Es una casa de piedra, con jardín y solemos ir a pasar algunos fines de semana, sobre todo en verano. Aunque en invierno también vamos algunas veces.

—Pues desde que estás conmigo, creo que es la primera vez que me dices que vais a ir allí.

—Sí, es que este invierno han estado haciendo reformas y por eso no hemos ido. Han reformado la chimenea, la cocina y dos dormitorios. Ahora ya podemos ir todos.

Estoy deseando que se calle y cambie de tema. No es que no me interese, es un sentimiento paradójico entre mis ganas de saber lo que va a hacer el fin de semana y la rabia que me da que se vaya con su familia. Que yo no pueda hacer eso con él y sobre todo, pensar que va a estar todo el tiempo con su mujer.

Me quedo seria y pensativa y Alex enseguida se da cuenta.

—¿Te aburro?

—No, no. Tú nunca me aburres —me estoy estrujando el cerebro buscando algo con lo que cambiar de tema.

Se me ocurre pedirle que me cuente cómo acabó trabajando en nuestra empresa. Consigo terminar la comida hablando de algo que no me altera.

Pedimos el café y en hora y media estamos fuera del bar despidiéndonos hasta el lunes.

—Te voy a echar de menos estos días. Sobre todo el domingo —me dice.

—Yo también —«Y tanto que yo también».

Nos damos un beso y se va.

Cuando llega el lunes y me tengo que levantar para ir a trabajar recuerdo que tengo que aguantar a Carla en el museo durante la mañana. Rezo por que, aunque me muero de ganas de ver a Alex, no se le ocurra ir hoy. No cuando ella también esté allí.

Me pongo un vestido sin mangas blanco y azul marino, sandalias, me aliso el pelo, me maquillo y a las nueve estoy ya en el museo.

Casi a la vez llega Carla. Está muy guapa con su pelo largo, suelto, una falda rosa palo y una blusa color champán. Viene sonriendo cuando se acerca a mí.

—Buenos días, Eva.

—Hola. Vamos dentro y ves un poco lo que hay.

—He visto a Alex aparcando —me dice. —Igual deberíamos esperarlo.

«Hoy, tenía que haber venido hoy».

—No te preocupes, él ya conoce esto.

Me voy hacia dentro haciendo que Carla me siga. Le enseño la sala principal donde va a ser la fiesta, donde estamos colocando la barra de bar y varias mesas y sillas. La decoración está aún sin terminar y me dedico a explicarle cómo recepcionamos lo que llega, quién revisa el material, lo ordena y lo organiza para ir colocando todo.

Nuestra gente está en dos salas trabajando. En la sala de al lado están montando un escenario en el que tocará un grupo, lo que será la pista de baile y otra pequeña barra de bar.

Dejo a Carla en el bar hablando con los montadores y me voy a organizar la decoración.

—Pequeña, no me gusta que huyas de mí.

Veo a Alex sonriendo a mi lado.

—No lo hago.

—Ese vestido te sienta de maravilla —se pega a mi oído y me susurra—. Me hace pensar en quitártelo.

Me entra calor por el cuerpo.

—Pues no pienses tanto y hazlo. Luego, salimos y tomamos un café.

—Luego—me dice, se gira y se va a la otra sala.

Me quedo trabajando en la decoración y al de una hora recuerdo que tengo a Carla

por algún sitio y que no sé nada de ella. Es la hora de comer y tenemos que marcharnos.

Me voy a la parte del baile y no la veo. Pregunto a los chicos que están en el bar y uno me dice que la ha visto hablando con Alex mientras iba por las escaleras al piso de arriba.

Me quedo perpleja. Vaya sitio más raro para hablar. No tenemos acceso al primer piso, solo nos han habilitado dos salas de la parte baja del museo para la fiesta.

Subo las escaleras y avanzo por un pasillo que tiene varias salas a cada uno de los lados. Llego hasta la última y los veo dentro a los dos.

Están de pie. Carla apoyando todo su cuerpo contra la pared y de pie frente a ella está Alex. Están hablando. No se tocan, ni se rozan. Y sin embargo, algo en el ambiente provoca en mí un terrible escalofrío. De pronto se me revuelve el estómago, el corazón se me dispara y siento un picor terrible en la garganta. Me doy la vuelta, bajo las escaleras, voy al coche y me marcho a la oficina. Hoy no hay café. No hay luego.

Capítulo 7

Los otros

Voy más rápido de lo habitual al trabajo y doy gracias al cielo por tener un coche tan rápido y potente y sobre todo, por haber instalado el mejor sistema de sonido del mercado en él. Pongo “Move” de MercyMe y me pongo a cantar y a moverme mientras conduzco como si no hubiera un mañana. Como si toda mi rabia escapara con la música.

Llego a la oficina alterada, nerviosa, furiosa y tan rápida que al entrar por la puerta me pego un golpe y choco contra Leo. Pierdo el equilibrio y siento como caigo hacia atrás. De pronto, tengo un brazo suyo en mi espalda, el otro en un brazo y mi pecho pegado al suyo. Levanto la vista y lo veo mirarme tan serio que creo que va a machacarme por ser tan patosa. En cambio, me pregunta en voz baja:

—¿Te has hecho daño?

«¿Daño? Sí, en el orgullo». Anda que no hay gente en esta empresa y me tengo que chocar con el enemigo público número uno.

—Estoy bien, gracias.

Me muevo intentando recomponer mi postura y siento que, aunque ya he conseguido separar mi cuerpo del de Leo, él mantiene su mano en mi espalda.

—¿Seguro?

—Completamente —«Suéltame, por favor».

En ese momento veo a Natalia que sale de su oficina y nos ve. Se nos queda mirando.

«Mierda». La persona más indiscreta y cotilla de la empresa tenía que aparecer justo ahora. A saber qué va a contar luego de esto. A saber lo que se estará imaginando.

Leo por fin me suelta y veo a Natalia como se está yendo hacia el baño.

—Gracias por tu ayuda. Has evitado que me mate.

Leo sonrío. ¡Sonríe! Aparta su mano y levanta el brazo con la palma hacia arriba como cediéndome el paso para que continúe mi camino.

Oigo que abre la puerta de la empresa y luego la oigo que se cierra de golpe.

Suspiro y me voy buscando el refugio de mi pequeño despacho.

No pasa una hora cuando aparece Inés por mi sitio para contarme las últimas noticias de “I-Vent”.

—Lunes y ya hay más cotilleos que en una revista del corazón —empieza Inés.

—¿Qué me he perdido?

—Tú todo no. Que eres la protagonista de una de las cosas que vengo a contarte. ¿Por cuál quieres que empiece? ¿La tuya o la de otras?

Me empieza a entrar miedo pensando en lo que me va a decir. Nada bueno, seguro.

—Por la que quieras.

—Vale. Por la tuya entonces. Se rumorea que tienes algo con Leo.

De repente, me sale tal carcajada que noto cómo Inés se asusta.

—¿Queeee? ¿Me tomas el pelo?

—¿Es mentira? Ya me extrañaba, pero bueno, nunca se sabe. Tú estás casada y él también.

Consigo dejar de reírme y poder hablar con ella.

—No es cuestión de estar casada o no. ¿Leo? Venga Inés. ¿Cómo has podido creer eso? Si me odia, por Dios. Ya sabes lo bien que nos llevamos. Parece que no lo conoces.

—He oído, cómo no, hablar a Natalia y decía que os había visto agarrados en la entrada y ...

Interrumpo enseguida a Inés.

—Ja, ja. Me estaba agarrando porque nos hemos chocado cuando yo entraba y él salía. Si no me llega a sujetar, no sé el golpe que podía haberme metido.

Me mira asombrada y empieza a reírse.

—Pues ya ves la historia que se ha montado por un tropezón. En fin, te cuento por lo menos el otro cotilleo que sé que éste no es invención de nadie porque se lo he oído directamente a la protagonista de la historia.

—Sorpréndeme.

Aunque en realidad, lo que menos quiero, es que me sorprenda.

—Ha venido Carla entusiasmada de la visita a la fiesta que estás montando.
¿Adivinas por qué?

«A que acierto. Tiene que ver con Alex».

Niego con la cabeza.

—Está convencida que puede conseguir tener algo con Alex.

«Mierda. Lo sabía».

—Por lo visto ha estado hablando con él allí y dice que estaba muy cariñoso con ella y muy atento. Ya está contando los días para la próxima cena.

«Y yo. Pero empiezo a tener otros motivos». Estoy empezando a sentirme mal. Ya no solo estoy furiosa y llena de rabia. Ahora también estoy triste y decepcionada con Alex. Me empieza a doler la cabeza.

—Inés tengo que irme. No he comido y son ya las cinco. Otro día me cuentas más, ¿vale?

—Vale. Te mantendré informada —me guiña un ojo y se va.

Yo me siento en mi silla. No sé si llorar o gritar. Miro a mi alrededor buscando algo que lanzar y romper. La planta que tengo no me parece lo más apropiado. Sé que en cuanto lo hiciera me arrepentiría de haberlo hecho.

Cojo el bolso, la agenda, el portátil y me voy. Haré lo que me falte en casa. Aquí no aguanto más.

Pero mi día no acaba aún porque sin haber llegado al coche el móvil me avisa de un mensaje. Alex.

« ¿Y nuestro café? Te has ido y no me has dicho nada ».

«¿¿Nuestro café?? Tómatelo con Carla, o con tu mujer, o con quien te dé la gana».

Me dan ganas de contestarle.

« Me he tenido que ir». Le digo.

« Me debes uno. El miércoles te toca pagarlo a ti ».

«Vete a la mierda». Pienso.

« Ok ». Contesto. Y por fin me voy a mi casa, sin saber si estoy enfadada o triste por haberme quedado sin ese café con él.

La semana va empeorando por momentos. Después de este lunes, imagino que no puede ir a peor. Qué equivocada estoy. El miércoles cuando quedo a tomar el café por la tarde con Alex, me dice que de nuevo se marcha el fin de semana a la casa de su cuñado. Es el cumpleaños de uno de sus sobrinos y lo van a celebrar todos allí. Fantástico. Otro domingo que no quedamos. Esto cada vez es más complicado y lo peor de todo es que no veo por su parte algo que me indique que hace por estar conmigo. No sale de él el que vayamos un día a cenar, a pasear o que haga por quedarse solo y aprovechar el fin de semana.

Me paso la semana evitando a quien puedo en el trabajo. A Inés porque no quiero escuchar sus cotilleos y noticias, a Carla por motivos obvios, no vaya a ser que en un ataque de furia y celos la estampe contra la pared y a Leo porque es Leo.

El fin de semana intento buscar un plan que haga que mi cabeza no dé demasiadas vueltas, así que le comento a David si le importa que salga con Paula. Su única respuesta es encogerse de hombros y un «tú verás». Así que el viernes llamo a Paula para proponerle plan para el sábado por la noche. Tenemos suerte y organizamos noche de amigas.

A las siete me doy una ducha, me arreglo el pelo, me maquillo y voy al vestidor. Hoy toca fiesta y además hay muy buena temperatura, así que me decido por una falda de tubo negra, una camiseta entallada de cuello barco blanca y unas sandalias de tacón negras. Me miro al espejo. Nada mal.

Antes de salir oigo un sonido en mi móvil. Alex acaba de mandarme un mensaje.

«¿ Qué haces?».

No sé si contestarle o no. No sé nada de él en todo el día y me escribe solo para preguntarme que qué hago. Estoy por decirle que mejor se lo pregunte a otra, pero no

tengo el valor de hacerlo. Sé cómo acabaría la conversación y no me gusta nada la idea.

«Prepararme para salir».

«¿A dónde vas?».

«A cenar, de copas, a bailar».

«¿Con quién?».

«Con mi amiga Paula».

«Pásalo muy bien».

«No lo dudes». Pienso.

« Gracias ». Contesto y me quedo mirando el teléfono dudando de si dejarlo en casa o llevármelo. No tengo fuerza de voluntad para dejarlo, así que lo meto al bolso, me despido de mi familia y me voy. Son las ocho y Paula me está esperando con el coche debajo de mi casa.

En el ascensor me doy cuenta de que no le he preguntado a Alex nada, ni qué ha hecho, ni qué tal su día ni nada. Me da igual. No me apetece saber lo bien que ha estado en esa casita bucólica junto a un lago, con su mujer y su familia. No quiero torturarme más de lo que lo hago.

Abro la puerta del coche y entro. Paula ha puesto música y la tiene tan alta que me da miedo que nos denuncien los vecinos.

—¿Preparando la noche? —pregunto a gritos.

Ella baja el volumen y se ríe.

—Tenemos que aprovechar, ¿no crees?

—Desde luego. Vámonos.

Cenamos en uno de los restaurantes a las afueras de la ciudad que siempre ha sido nuestro favorito. Durante la cena, Paula me cuenta las últimas novedades de la bodega y cosas de sus hijos, del colegio y sus clases. Hablamos de nuestras familias y yo le cuento la última fiesta que estoy organizando.

Cuando llegamos al postre, ella saca el tema. Lo sabía, sabía que no iba a poder evitarlo toda la noche.

—En algún momento, me contarás cómo está tu corazón, ¿no?

Intento reírme ante su comentario pero me sale una mueca algo triste.

—Dios, Eva. Vas a acabar enferma. Déjalo.

Niego con la cabeza. ¿Cómo voy a dejar a alguien a quien quiero?

—Dime por lo menos que para él tampoco es fácil, que sufre igual que tú.

—Creo que no.

Paula me mira muy seria.

—Me he llevado la peor parte. A mí me ha tocado querer más. Yo quiero más. Siempre quiero más. Él no.

—¿Eso te ha dicho?

—No dice mucho. Pero lo sé. No apuesta por mí. No apuesta por nosotros.

Paula llama al camarero y le pide dos chupitos de tequila.

—Lo necesitas —me dice guiñándome un ojo —y no voy a dejarte sola en esto.

Nos bebemos los chupitos de un trago, pagamos la cuenta y nos vamos. Ninguna de las dos se ve en condiciones de coger el coche para volver al centro, así que llamamos a un taxi para que nos lleve a uno de los *pub* que más nos gusta.

El local está lleno de gente y nos cuesta un triunfo llegar a la barra. Cuando por fin lo conseguimos y pedimos las copas me quedo pensando en el siguiente reto, encontrar un hueco para poder bailar.

Nos movemos entre la gente y nos colocamos junto a una columna en la que hay algo de espacio. Bailamos como locas y cuando llevamos un buen rato, Paula me dice a gritos.

—Hay un chico ahí en frente, que lleva un buen rato mirándonos. Bueno, en realidad, te mira a ti. ¿Lo conoces?

Me doy la vuelta y miro hacia donde me dice. No puede ser. Es Leo.

—Lo conozco. Compañero de trabajo.

—¿Y no te saluda? Porque está claro que te ha visto. Vaya que si te ha visto. No te

ha quitado ojo.

Me echo a reír.

—Es Leo. Creo que alguna vez te he hablado de él. No somos muy amigos, que se diga. Tiene un carácter bastante peculiar por decirlo suavemente. Decir que me odia se queda algo corto.

—Yo juraría que la forma que tiene de mirarte no es de odio precisamente.

—Pues no jures porque te condenarías —le digo.

Ni me planteo ir a decir hola a alguien que sé que me ha visto y que no ha tenido la consideración en venir a saludar.

Al cabo de un rato, se nos acercan tres chicos y empiezan a darnos conversación. Se presentan, nos presentamos y se quedan con nosotras mientras seguimos bailando. En un momento en el que uno me está preguntando mi estado civil, miro a Paula con cara de resignación y veo que tiene la copa vacía. Esta es la mía para escapar un rato.

—Voy a por otra —le grito señalándole que ya no le queda bebida.

—No tardes, que éstos son un poco pesados —me dice al oído.

—Pues no te quejes, que parece que te ha tocado el más simpático —le digo riéndome.

Pero antes de darme la vuelta para ir a la barra alguien me habla a mi derecha.

—Hola, Eva.

Leo. Pues va a ser que al final la educación ha podido contra el odio.

—No tenía ni idea de que sabías bailar tan bien.

Lo miro atónita. Primero por lo que acaba de decirme y lo segundo porque me doy cuenta de lo mentiroso que es. Me ha visto bailar antes. Y no me corto un pelo en recordárselo.

—Gracias, pero creo que no es la primera vez que me ves bailar.

—Quizás no me había fijado.

No sé qué decir a Leo, no tengo de qué hablar con él y lo único que me apetece es

irme a pedir algo.

—¿Vas a pedir? —me pregunta señalando mi copa.

En vez de mentirle y decirle que voy al baño, asiento con la cabeza.

—Te invito —me suelta.

—No hace falta. Además, tengo también que llevarle algo a mi amiga.

—No me importa —y empieza a andar detrás mío hasta la barra.

—¿Noche de chicas? —pregunta mientras esperamos a que nos sirvan.

Entre el ruido y que no me apetece darle explicaciones asiento con la cabeza. A ver si se aburre de mi nula conversación y se va.

—Yo celebrando el cumpleaños de mi hermano. Todos los años nos invita a los cinco hermanos que somos a cenar.

—Qué suerte —le contesto. «Como si me importara algo».

La camarera se acerca y Leo pide una cerveza y sin siquiera preguntarme pide lo que estábamos tomando Paula y yo. Me ahorro la pregunta y de paso, su respuesta.

En ese momento siento que me vibra el móvil en el bolso. Miro la pantalla y veo un mensaje de Alex. Miro el reloj. Es la 1:40. ¿A estas horas? Qué raro. Abro el mensaje preocupada pensando que le ha pasado algo.

«¿Dónde estás?».

Hoy parece que la gente se ha propuesto asombrarme. Vaya pregunta que me hace.

« En un pub».

«¿Con tu amiga?».

«¿Es broma? Si le he dicho con quién salía. No entiendo nada». Pienso. Decido contarle lo que estoy haciendo.

«Sí y no».

Al momento recibo el icono de un muñeco con cara de asombro.

« Estoy ahora mismo con Leo. Me lo he encontrado. Pero aquí he venido con Paula.

Ella está hablando con unos chicos ».

Me da la callada por respuesta. ¿Se ha enfadado? Voy a preguntarle, pero en ese instante, Leo se me acerca para darme la copa y no quiero que vea que me estoy mandando mensajes con Alex, así que guardo el teléfono en el bolso y decido escribirle después.

Dudo mucho que esté molesto y aún más que esté celoso. No lo está de mi marido, cómo lo va a estar de cualquier otro.

—Tu bebida —me dice extendiéndome la copa—. Le llevo a tu amiga la suya.

—Está casada—le suelto. Al momento me pregunto por qué le he dicho eso.

—Gracias por la advertencia. Lo tendré en cuenta —se acerca a mi oído y me susurra —y tú.

Me da un escalofrío. «¿De qué va este?».

Llegamos hasta Paula. Me estoy arrepintiendo profundamente de haber pedido más bebida. Me quiero ir a casa, o a otro bar. Quiero salir de aquí ya.

—¿Lo estás pasando bien? —pregunto a Paula. Con un poco de suerte me dice que no y podemos irnos.

—Van a resultar majos estos chicos —contesta—. No me molestan, no te preocupes. ¿Qué hace el de tu trabajo aquí? ¿No has dicho que te odia, que no os lleváis bien, etc, etc?

Me encojo de hombros y miro a Leo. Se ha puesto a mi lado. Me pregunto si quiere que le dé conversación o a qué está esperando. Menuda situación más incómoda. Como no sé qué hacer, me pongo a bailar e intento ignorarle. Después de dos canciones ponen una de salsa y no se le ocurre otra cosa, que agarrarme de la mano y ponerse a bailar conmigo. Lo que me faltaba. Cuando se acaba la canción se me acerca a decirme:

—Lo dicho. Una experta bailarina. Me encantaría repetirlo.

Demasiada amabilidad en el mismo día. Por hoy es suficiente. Sonrío a Leo y me muevo por el grupo hasta llegar a Paula.

—Si no te importa, me voy a casa. Creo que mi nivel de aguante y de alcohol ha llegado a su límite.

—Vale, nos vamos. Yo no estoy mal, pero tampoco tan bien como para quedarme aquí.

Mientras Paula se despide de su grupo de admiradores, yo hago lo propio con Leo.

—Pásalo bien, Leo. Me voy a casa.

—¿Y ese baile que tenemos que repetir?

—Otro día, ¿vale? —«Ja».

—Dentro de poco tenemos cena de trabajo —«Otro. Gracias por recordármelo» —. Te lo recordaré.

—Muy bien —«Lo lleva claro». Muevo la mano diciéndole adiós, pero él me agarra de la cintura y me da lentamente un beso en cada mejilla.

—Además de bailar, también hueles muy bien —me dice al despedirse.

Esto no me gusta. Nada. Miro a Paula. Por favor, vámonos ya de aquí.

Sonrío a Leo y empiezo a andar tan rápido como puedo entre la gente. Tengo mucho calor.

Salimos a la calle y llamamos a un taxi. Según nos sentamos me acuerdo del mensaje de Alex. Vaya, debería escribirle. Miro el reloj. Las 3:00. No va a estar despierto. De todas formas le mando uno para que al despertarse lo vea. Ya contestará.

«¿Te has enfadado? Buenas noches ».

Como suponía no contesta. Dejo a Paula en el portal de casa de sus padres donde duerme esta noche y luego me voy yo a la mía. En el taxi pienso en Alex, en Leo, en el dolor de cabeza que tengo y en que estoy segura de que hoy, no voy a poder dormir.

Domingo. Vuelvo a odiar los domingos. Me he quedado sin mi desayuno con Alex, sin nuestro paseo, sin los besos, sin las charlas y en cambio ahora tengo dolor de cabeza y ganas de vomitar. Genial. Pienso en llamar a Paula para saber qué tal está, pero decido esperar a media tarde, no vaya a ser que todavía siga en la cama. Son las once de la mañana. David ha salido con las niñas a desayunar por ahí. Ha tenido la consideración de llevárselas de casa para que yo pueda dormir. Se merece un monumento. Aprovecho mi rato de soledad para darme una buena ducha, tomar un zumo, un ibuprofeno y mirar el teléfono para ver si me ha contestado Alex. Cojo el móvil pero está apagado. Qué

raro, no recuerdo haberlo apagado anoche. Le doy al botón de encender. Nada. La batería. Voy a por el cargador y no lo encuentro donde suele estar. Empiezo a ponerme nerviosa. Qué casualidad. Paso quince minutos buscando por la casa el cargador. Al final lo encuentro y dejo el teléfono cargando mientras me visto para salir.

Cuando ya tiene algo de batería lo enciendo y miro la pantalla esperando un mensaje. Ahí está.

«Buenos días. No estoy enfadado. Solo preocupado...».

Ya está. Eso es todo lo que me dice. ¿Preocupado? ¿Por qué? ¿Se cree que no sé cuidarme yo solita cuando salgo por ahí? ¿Que me va a pasar algo? Este chico me va a volver loca.

«¿Por qué estás preocupado?» Le pregunto.

Pasan diez minutos y me contesta. Me desespera hablar así. ¿Por qué no podremos hablar por teléfono como la mayor parte de la gente?

«¿Qué vas a hacer hoy?» Me hace la pregunta en vez de responderme.

« De momento salir a buscar a mi familia, luego ya veremos. Hace muy bueno. Posiblemente comamos algo por ahí ».

«¿Vas a ir a nadar?».

¿Eh? ¿Me pregunta si voy a ir a nadar? ¿Para qué?

« No pensaba ir, ¿por qué? ».

« He pensado volver pronto y así poder verte ».

Me salta el corazón de alegría. Es la primera vez que hace algo así.

« Pensándolo bien, igual sí que me entran ganas de ir a la piscina ».

« Te aviso cuando vaya a salir. Calcula que estaré en nuestro bar sobre las cinco ».

« Perfecto ». Le mando un icono de un beso y él me devuelve otro.

Como me ha dicho Alex a las cinco en punto llega al “Kurmig” yo le estoy esperando ya con un café en una de las mesas. Lo veo acercarse con una sonrisa que se le hace aún mayor después de darme un beso largo en los labios.

—Tenía muchas ganas de verte —me dice cuando se sienta conmigo.

—Yo también.

—¿Seguro? Ayer no tuve esa impresión cuando hablé contigo.

—¿Por qué?

—Estabas tan ocupada, por decirlo de alguna manera. ¿Con Leo?

Me empiezo a reír.

—Coincidimos en un pub.

—Vaya casualidad. ¿Qué te dijo?

—No mucho.

Empiezo a pensar si contarle lo del baile o no hacerlo y me doy cuenta de que no tengo nada que esconder y menos a él. Le cuento lo que hice y lo que me estuvo diciendo Leo y noto como le va cambiando la cara según le voy diciendo las cosas.

—¿Sabes lo que dicen en la oficina de ti y de él?

«No, por favor. Éste también, no». No puedo creer que Alex también oiga y encima se crea lo que Natalia va contando por ahí.

—Lo sé y tú no te lo creerás, ¿no?

Alex se encoge de hombros.

—Por favor... si sabes cómo nos llevamos. Sabes la actitud de Leo hacia mí. Conoces el carácter que tiene y lo borde que es conmigo.

Me empieza a besar en los labios y sigue dulcemente por el cuello.

—Me cuesta creer que no le gustes —me susurra —tendrías que gustarles a todos.

Le sonrió.

—Me conformo con gustarte a ti.

—A mí no me gustas. Me encantas.

Siento que el corazón me palpita a mil por hora.

De pronto cambia de conversación y me empieza a hablar de su fin de semana.

—Te encantaría la casa y sobre todo el paisaje. Hay un lago precioso. Los atardeceres allí son increíbles.

Intento sonreír pero me acaba saliendo una mueca absurda. ¿No se da cuenta de lo que me duele que hable de cosas que no hacemos juntos? ¿Qué no puede ni quiere compartir conmigo? Me revuelvo en mi sitio pensando en que todo eso lo hace y lo vive con su mujer. Con ella puede ver esos atardeceres, puede dar paseos al amanecer que es cuando más me gusta a mí. Con ella puede mirar la luna reflejada en el agua y el brillo del sol a través de las nubes un día de lluvia. Solo pensarlo me entran ganas de llorar. Qué estúpida soy. Estúpida por soñar, imaginar y pensar en lo increíble que sería hacer todo eso con él. Estúpida por seguir con algo que cada día me provoca más dolor.

Como no contesto a su comentario, me da un beso, se levanta y me dice:

—Venga, que nos tenemos que ir. Se hace tarde.

En ese momento me suena el móvil. Me está llamando David. Tengo que contestar. Alex me mira extrañado. Me separo un poco de él y acepto la llamada. David solo quiere saber si voy a tardar en volver a casa. Le digo que estoy saliendo ya y cuelgo.

—Me reclaman —le digo.

—Será mejor que no le hagas enfadar no vaya a ser que empiece a preguntar —me da un beso —mañana te busco en la oficina y te invito a un café.

Y como siempre, es él el que pone final a nuestro encuentro. Vuelvo a irme a casa enfadada y lo que es peor, triste.

Empieza una nueva semana y acaba siendo casi peor que la anterior.

El lunes como me había dicho, Alex me busca en el trabajo y me invita al café pero nuestro rato acaba no siendo nuestro porque aparecen Natalia y Carla y empiezan a hablar de la organización de la próxima cena. Qué tortura, parece que no puedan pensar en otra cosa. Intentan hacer que sea yo la que la organice, quien sino, pero les doy largas como puedo. Lo que me faltaba.

El martes Leo hace que mi día sea aún peor que el anterior. Aparece a las nueve en mi oficina con cara de genio. Me dice que Suzane está histérica porque no le gusta la

disposición del bar en la fiesta y me pregunta si no he hablado con ella para decidir las cosas. Me pone mala que cuestione mi trabajo y me pone aún peor las formas en las que me dice las cosas. No sé de qué va este tío. Me dan ganas de echarle de mi despacho, pero acabo quedando con él y con Suzane para esa misma tarde y ver cómo lo solucionamos.

El encuentro con Suzane no va mal y consigo convencerla de que el espacio y la distribución del bar y las mesas es la adecuada. No tenemos margen de tiempo para hacer muchos cambios. En cambio, con Leo resulta un horror. Se pasa la tarde con cara de enfadado y poniendo pegos a todo. Vuelve a ser el mismo de antes que supiera que sabe sonreír. Ni siquiera consigo que diga nada amable tras ver que en el museo está prácticamente todo preparado para el evento y su clienta parece satisfecha.

El miércoles Alex cancela nuestro rato de la tarde porque su mujer lo llama por la mañana y le pide que la acompañe a hacer no sé qué. Pongo nulo interés en averiguar lo que quiere, prefiero vivir en la ignorancia.

El jueves, acaba siendo un día para olvidar. Salgo de trabajar y voy en coche al colegio de mis hijas para recogerlas. Miro el cielo, cada vez está más gris y entonces recuerdo que la última vez que hubo tormenta, tuve que coger el paraguas del coche y no lo volví a dejar en el maletero. Rezo para que no llueva. Nos vamos al supermercado y no hay dónde aparcar. Miro el reloj, llevo quince minutos dando vueltas por el parking, pero no puedo marcharme, nuestra nevera parece de una familia de indigentes. No nos queda ni leche para desayunar mañana. Así que intento respirar hondo y esperar. Algún hueco se quedará libre para mí. Espero. Por fin encontramos sitio. Cuando cogemos un carro y entramos, a Sara le entran ganas de ir al baño. Miro a Emma, miro el carro. Opto por dejarla junto al stand de los yogures y le pido y le suplico que no se mueva de ahí hasta que vuelva del baño con su hermana. Me llevo a la pequeña al baño y nada más salir me cruzo con ella. La reconozco en cuanto la veo porque recuerdo el día en el que me la presentaron. Fue el día de la inauguración de los *showrooms* de la empresa, en el que se invitaron a amigos y familiares a conocer "I-Vent". La mujer de Alex.

Me quedo mirándola y me doy cuenta de que ella no me reconoce a mí. Menos mal. Veo cómo busca algo en una estantería y se dirige a la zona de los yogures. Al mismo sitio donde está Emma esperándonos. Cuando llegamos, sigo mirando lo que está haciendo ella. Coge unos yogures bebibles y otros iguales que los que tengo yo en el carro. Luego mira el móvil y veo que escribe algo. Mira la pantalla y seguido da a una tecla y se lleva el teléfono a la oreja. Está hablando con alguien. Muevo a mis hijas hasta

casi pegarnos a ella porque quiero oírla, aunque no lo consigo. No sé qué me pasa ni porqué lo hago. Me imagino que está hablando con Alex. Yo no puedo hacerlo.

De repente Sara empieza a pedirme galletas y agua y chocolate y todo lo que se le ocurre. Así que dejo apartado mi lado espía e intento concentrarme en la compra y en acabar los recados. Cuando tengo todo hecho, me voy a la caja a pagar y veo que ella está en otra haciendo lo mismo. Salgo del supermercado y al llegar al coche oigo un trueno. No por favor, ahora no. Pero sí, con la suerte que estoy teniendo estos días me toca. Una tormenta de impresión. Meto como puedo a las niñas al coche. Oigo a Sara como llora, tiene miedo de los truenos. Intento calmarla pero no doy a basto. Se me está mojando toda la compra, estoy sin paraguas y para colmo de males hoy me he puesto las sandalias más planas y finas que tengo. Me miro los pies y veo que se me están poniendo tan negros que me van a echar monedas. No quiero pensar cómo tengo el pelo y mucho menos la blusa blanca. Ya habré dado el espectáculo para toda la clientela del súper. Consigo meter todo en el maletero, llevo el carro a todo correr a su sitio y vuelvo al coche lo más rápida que puedo. Antes de arrancar veo de nuevo a la mujer de Alex. Está cargando el coche. Un coche que no conozco. Es más grande que el que él suele llevar a trabajar. Un mono volumen negro, nuevo y limpio. Tan familiar que da asco.

Entro al coche y salgo disparada de allí. Ya he sufrido bastante.

Cuando por fin llego a casa con las niñas y la compra miro el reloj y veo que son ya las siete y media. O vuelo o no llego a la fiesta. Tendría que estar en el museo antes de las ocho y todavía tengo que arreglarme. Si me presento con los pelos y la cara que tengo me echan.

Consigo llegar para las ocho y media. Tarde, muy tarde. Encuentro a Suzane en la puerta, nerviosa y demasiado acelerada. Su marido está a punto de llegar y yo intento tranquilizarla llevándomela a hacer la revisión de todo conmigo para que vea que todo está como ella ha pedido y que no hay nada que falte por hacer.

Veo a Leo hablando con un grupo de gente, seguro que está buscando nuevos clientes. Fantástico, que trabaje. Yo me pongo a buscar a Alex por la fiesta. No lo veo y me extraño. Siempre pasa para controlar a los trabajadores, aunque sea a primera hora.

El marido de Suzane aparece con un grupo de amigos, ponen música, apagan las luces, le cantan el cumpleaños feliz y lanzan cientos de globos con dibujo de pelotas de

baloncesto. Veo a ella encantada con el comienzo de la fiesta y respiro aliviada. Miro el reloj, las nueve. Media hora más, me digo, hablo con los anfitriones y me voy a casa.

Felicito al cumpleaños, que resulta ser un hombre de lo más simpático y con mucho sentido del humor. Me agradece el trabajo que hemos hecho y me despido de él y de su mujer. Está todo en orden.

Sigo sin ver a Alex. Qué rabia, por lo menos quería haberle dicho hola.

Antes de salir, Leo me impide el paso en la puerta.

—No me digas que ya te vas.

—No tengo nada más que hacer aquí. Todo parece controlado. Por cierto, ¿has visto a Alex?

Leo tuerce el gesto como si no le gustara la pregunta.

—No —me responde cortante.

—Vale gracias. Hasta mañana.

Leo me agarra del brazo izquierdo antes de que llegue a agarrar la manilla de la puerta y se me pega al oído derecho. Se me pone la carne de gallina.

—Tenemos un baile pendiente, ¿recuerdas?

Qué manía tienen los hombres de mi empresa con el baile.

—Otro día Leo. Me tengo que ir.

Y justo al girarme para poder salir, veo a Alex mirándonos desde la puerta de entrada a la sala principal. Le sonrío, pero él me mira serio, se da la vuelta y se va hacia dentro. Mierda.

Leo sigue de pie demasiado pegado a mí. Me doy la vuelta y me marchó. ¿Mañana va a ser así también?

Pues no. El viernes es aún peor. Me levanto, miro el móvil y no tengo el mensaje de buenos días que Alex me da cada mañana. No sé qué narices le pasa. No le he hecho nada. Encima, la que debería estar molesta soy yo, que el miércoles canceló nuestro café y todavía estoy esperando a que me diga para quedar otro día o vernos en algún momento.

Al llegar al trabajo decido llamarle al teléfono interno. Me coge al tercer tono.

—Buenos días —le digo—. Ayer no nos vimos en la fiesta.

—Estabas demasiado ocupada.

—¿Cómo?

—La pregunta correcta es, ¿con quién?

—Alex, no sé qué te pasa.

—Nada. Es viernes, estoy cansado.

—Vale, ya veo que no quieres hablar. Ya estaremos.

—Hasta luego.

—Hasta luego —contesto. Y cuelgo.

Empezamos bien la mañana.

Antes de irme aparece Carla en mi despacho. Esta chica parece que le ha cogido el gusto a venir a última hora de los viernes. A saber qué quiere ahora.

—Hola Eva. Ya tenemos fecha para la cena. El 17 de junio, viernes.

Miro el calendario. Quedan 3 semanas. No sé qué pensar, si es mucho o poco.

—Gracias. Me lo apunto.

—¿Vas a venir? —«¿Y a ti qué te importa?» —. Pienso para mí.

—No lo sé. Imagino que sí.

—Bien pues te apunto entonces. Estoy haciendo la lista para poder reservar el restaurante.

Ah, era para eso. Vaya. Qué mente más retorcida tengo.

—Buen fin de semana —me dice sonriendo y se va.

Pobre chica, no entiendo por qué le tengo tanta manía. Bueno sí, quizás ¿porque quiere quitarme a Alex?

El día no podía acabar peor, pues al salir de recoger a las niñas de clases extra

escolares, veo a Alex con sus hijos y su mujer. Van por la acera de en frente. Alex junto a ella de la mano, y los niños detrás. No me ve y yo no hago nada porque lo haga. Pienso en cruzar y saludar solo por hablar, aunque sea dos minutos con él, pero no sé si no quiero o no me atrevo. Lo que sí sé es que no me gusta, no me gusta nada lo que he visto. Al llegar a casa me meto al baño y me pongo a llorar. Qué asco de día. Qué asco de semana. Qué asco de mundo.

Capítulo 8

Los celos

El domingo cuando quedamos, a diferencia de otras veces, Alex no viene con ropa de deporte, sino con un pantalón corto, un polo y unas zapatillas.

Hace un día buenísimo y lo espero en la terraza tomando un zumo de naranja.

—¿Hoy no vas a correr?

—Buenos días. Qué guapa estás —me saluda mientras me besa profundamente en los labios.

Me da luego un pequeño beso en el cuello y lo siento aspirar mi aroma bajo el lóbulo de la oreja. Me recorre el deseo desde el vientre hasta el corazón. No sé cómo lo hace.

—Hoy no puedo quedarme al paseo. Se supone que solo he salido a comprar el pan y a tomar café.

—¿Por qué? ¿En serio?

—Nos vamos a pasar el día por ahí aprovechando el día tan bueno que ha salido.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no estamos un domingo?

Alex asiente con la cabeza y se encoge de hombros como con resignación. Me pone enferma que haga eso.

—Dí que no te encuentras bien, y quédate —le propongo.

—No puedo. Y aunque dijera eso, se quedarían todos.

—Estoy harta, ¿sabes? Si no es por una cosa, es por otra. Si no te vas el fin de semana, te marchas el único día que tenemos un rato para nosotros.

—No lo hago adrede. Ha coincidido así. Te prometo que te compensaré.

—No mientas. No lo vas a hacer. Nunca lo haces.

—¿Por qué te enfadas? No puedo quedarme, aunque quisiera, no puedo hacerlo.

—Ni siquiera sé si quieres...

—Sí. Sí quiero quedarme y estar contigo, pero no puedo...

—Déjalo —le digo interrumpiendo—. No vamos a llegar a ningún lado con esta discusión.

Se sienta con su café y a los veinte minutos ya nos hemos despedido y marchado cada uno por su lado.

Yo por primera vez desde hace semanas, decido ir de verdad a nadar. Necesito meterme debajo del agua y olvidar a Alex por lo menos cada vez que dejo de respirar durante veinte segundos.

Me paso todo el día enfadada, pensando en lo que estará haciendo y lo bien que lo estará pasando.

Al final de la tarde, me manda un mensaje al móvil.

«Hola, ¿qué haces?»

«Preparar la cena»

«Me he acordado mucho de ti hoy»

Al leer su mensaje me quedo pensando. No entiendo nada. Me dice que se ha acordado de mí y no me ha escrito un solo mensaje en todo el día. Curiosa forma de demostrarlo.

«Te he dicho que te compensaría. El sábado que viene mi mujer tiene comida. Puedo dejar a mis hijos con mis suegros. ¿Comemos juntos?»

Empiezo en ese instante a pensar qué excusa puedo poner en casa. Ya está. Comida con Inés.

« Sí. Comemos»

Nos despedimos y yo ya he vuelto, otra vez, a cambiar de humor. Mis últimas horas del domingo las paso contenta.

El miércoles cuando estamos juntos, planificamos la comida del sábado. A los dos nos apetece algo más que ir a comer y decidimos quedar para las once y media.

Cuando llega el sábado yo estoy feliz. A las diez empiezo a prepararme. Hace un día espléndido y vamos a ir con el coche a comer a un restaurante desde donde podemos ver el mar.

Me pongo un vestido claro y ligero y unas sandalias con poco tacón. Me doy algo de maquillaje y a las once y cuarto estoy lista y esperando a que Alex pase a recogerme. David se ha llevado a las niñas a casa de unos amigos que también tienen niños y van a pasar el día allí.

Alex aparece puntual en mi portal.

Entro al coche y sonrío. Tenemos unas horas para nosotros. Estoy encantada.

El restaurante al que vamos, es propuesta mía. Yo lo conocía porque organicé el año anterior allí el cumpleaños de Paula. Nos sentamos en una de las mesas de la terraza y pedimos una copa de vino antes de comer.

—Un sitio precioso —me dice dándome un beso. —Vamos a estar genial aquí.

—Me alegro de que te guste. A mí también.

—He reservado una habitación en el hotel en el que estuvimos, para el día de la cena —me cuenta Alex—. Seguro que después de bailar, nos apetece ir. Yo por lo menos lo estoy deseando.

—Yo también. Me gusta la idea que has tenido.

Se me acerca y me besa poco a poco todo el cuello. Se me quitan las ganas de comer.

—Tengo ganas de ti —le digo junto a su oído.

—De vuelta a casa, tendremos que buscar un sitio para parar.

—Mmmmm. Sí...

Pedimos la comida y disfrutamos del tiempo, del sol, de las vistas y de nosotros, mientras hablamos de cosas del trabajo, de la gente, de paisajes, del mar y de música.

A las cuatro dejamos el restaurante y emprendemos viaje de vuelta.

Alex de repente está muy callado.

—¿Te pasa algo? No dices nada —le pregunto.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En tí. En mí. En parar, en algún sitio.

—¿Y qué piensas?

—Lo he pasado muy bien.

—Todavía no hemos llegado.

—Lo sé. Me gustaría alargar un poco esto y poder disfrutarte un poco.

—Yo también quiero hacerlo. Para donde veas.

—Bueno. Creo que ya sé a dónde vamos a ir.

Acabamos en el sitio al que hemos ido algún domingo. Escondidos con el coche y alejados de gente que pueda vernos.

Paramos el coche y nos sentamos los dos en el asiento de atrás.

—Ni te imaginas las ganas que tengo de que me toques. Llevo todo el camino pensándolo —me dice Alex.

Se acerca, me rodea con los brazos y pone sus labios contra los míos. Mete su lengua en mi boca y empieza a chuparme y a devorarme como si tuviera demasiada hambre.

Busco su piel bajo la camisa de lino que lleva y lo oigo suspirar. Desabrocho el botón de su pantalón y le bajo la cremallera. Le toco y lo siento tan duro que me hace jadear. Tiene la piel suave y siento cada vena de su miembro entre mis dedos. Le paso uno por la punta y noto como se humedece con el contacto.

—Me encanta cómo me tocas, Eva. Me vuelves loco. Me anulas.

Sigo tocándole y me agacho para poder besarle, para poder chuparle y sentir en mi boca su deseo.

Le lamo de abajo arriba, le rodeo con los labios y le acaricio con los dientes. Alex está callado. Muy callado. Le miro y lo veo serio.

—¿No te gusta?

—Demasiado. Me gusta demasiado. Estoy concentrado. En ti. En sentirte.

Vuelvo a agarrarle y esta vez me meto todo su miembro en la boca. Desde arriba hasta abajo, arrastrándolo por dentro mientras mi lengua saborea toda la piel hasta la punta.

Alex suspira. Me agarra de la cadera y me pone encima suyo.

—Me encanta. Pero quiero dentro. Quiero acabar dentro de ti.

Me baja las bragas, me levanta el vestido y me coloca suavemente encima suyo.

Me hace gemir y suspirar. Lo siento tan duro y húmedo contra mi, que el deseo me nubla la cabeza.

—Muévete —me pide—. Rápido. Fuerte. Lo necesito —suplica.

Subo hacia arriba y bajo contra sus piernas. Está tan duro que me hace gritar. Una vez, dos, tres, a la cuarta me agarra de la cadera y me lleva tan rápido que me deja sin respiración. Dos movimientos más...

—No puedo más... No puedo más... —dice en mi oído.

Y estalla dentro de mí. En ese momento mete la mano entre sus muslos y mi sexo y empieza a apretarme y a moverse. Calor, tengo calor. Deseo, ganas, placer. Me muevo, jadeo, no respiro, gimo, sigo moviéndome, sus dedos me tocan, se mueven, me aprietan, entran, salen. Ahora soy yo la que no puede más. Y siento cómo el placer sube hasta mi cabeza, me arquea la espalda, me llega al cerebro y me agita el corazón. De nuevo, hace mover mi corazón.

Parece que los domingos, vuelven a ser domingos. Siempre los he odiado. Especialmente este.

Alex hoy sí viene con la ropa de salir a correr. Llega él antes que yo y lo encuentro con el café y una tostada en la mesa. Pido mi desayuno y me siento con él.

—Has venido pronto —le digo.

—Tenía ganas de salir de casa.

—¿Por?

—Hemos tenido discusión.

—Pronto empezáis. Son solo las nueve de la mañana. ¿Por qué discutíais? Si se puede saber...

—Por las vacaciones.

«Quién me mandará preguntar». Pienso.

Alex sigue hablando.

—A mi me gustaría hacer algún recorrido con el coche. Perdernos viendo sitios, pueblos, monte, mar. Pero movernos e ir parando en hoteles o casas. Ella quiere ir a la playa. Por ella estaríamos los quince días o tres semanas en el mismo sitio.

«Esa mujer es idiota. No sabe lo que se pierde. Y encima, llevando al lado a un hombre tan increíble con el que disfrutar de un plan tan bonito». Le doy un beso a Alex en la mejilla.

—Llévame a mí. Haz ese plan conmigo.

Alex suspira. Como siempre. Es lo único que sabe hacer.

—¿Habéis decidido algo?

—Me he ido enfadado. Sé que haremos lo que ella prefiera. Al final a mí me da igual con tal de que los críos lo pasen bien.

«De aquí divorcio». Deseo. «Ja. No tendré esa suerte».

«Este chico es idiota. ¿No tiene derecho a opinar o a hacer algo con lo que vaya a disfrutar? ¿Por qué no lo hace conmigo?».

Me empiezo a enfadar tanto que me levanto y me voy al baño. Tengo el corazón disparado. No hago más que sufrir con esto. Me muero por estar con él de vacaciones, de ver sitios, de pasar el día por ahí. De coger un hotel con encanto y desayunar juntos. De ver el color del verano y un amanecer desde una playa. De cenar junto a un río y pasear entre árboles al atardecer. Me duele tanto pensar que él nunca va a proponer, querer, ni poder hacer todo eso conmigo. ¿Por qué yo sí lo pienso y él no? ¿Por qué yo le quiero tanto y él a mí no? Algo he debido hacer para que el karma me la esté haciendo pagar tan caro. No tengo ganas de pasear. Estoy furiosa. Debería irme a casa, de lo contrario sé que voy a acabar discutiendo con Alex. Hoy no tiene buen día y el mío va a peor.

Vuelvo a sentarme en la mesa.

—No tienes buena cara. Pensaba que estabas contenta y has vuelto del baño y pareces otra. ¿Qué te pasa?

Me da la mano y yo noto con su contacto que tengo las manos heladas.

No le contesto y Alex sigue con el tema de las vacaciones.

—Tú no me has dicho lo que vas a hacer.

—Pues aún no lo tenemos decidido. Este año es algo complicado. No te había comentado nada antes, porque Rosana me pidió que no lo dijera. Leo ha conseguido como cliente a un arquitecto muy importante. Este año, la última semana de agosto, inaugura por primera vez un edificio en Nueva York. Será el veintiséis de agosto y quiere que la organice yo.

Alex abre los ojos tanto que creo que se le van a salir.

—¿En serio? ¿Estás contenta? Menuda oportunidad.

—Sí, lo estoy. Es todo un reto y un orgullo que hayan pensado en mí para algo tan importante.

—Explícame, cuéntame lo que vas a hacer, cuándo. Todo.

—Todavía no sé gran cosa. Esta semana voy a conocer al cliente y hablaré con él. Quiero saber algo sobre el edificio. Por lo que me comentó Leo, es un edificio en el que una parte son oficinas, y otra, apartamentos de lujo. Pero no sé si es todo en un mismo bloque, si son varios, si la inauguración va a ser en la entrada del edificio, en una oficina o en un piso. No sé si va a haber cincuenta invitados o quinientos. No sé nada.

—Es increíble. Qué suerte, Eva. Me alegro mucho por ti.

—Tampoco sé cuándo tendré que irme. Me imagino que dentro de poco viajaré a Nueva York para conocer el sitio y para ir mirando cosas. Lo que pueda, lo haré desde aquí, pero creo que eso no será nada fácil, porque no conozco empresas ni proveedores de allí y porque con la diferencia de horarios trabajar y ponerse en contacto con la gente, es complicado. Me quedan dos meses y tengo que empezar ya. Así que cómo comprenderás no pienso en las vacaciones. Por dos razones, una por ti y la otra porque creo que este año, las tendré que posponer a otro momento.

Alex me mira serio.

—¿Por mí? ¿Qué tengo que ver yo con tus vacaciones?

—Todo.

Hace una mueca de tristeza.

—No quiero ir a ningún sitio si no es contigo.

—No podemos hacerlo.

«Respuesta incorrecta».

—Tienes que intentar disfrutar de lo tuyo —sigue diciéndome.

«Respuesta aún más incorrecta».

Asiento con la cabeza porque como abra la boca la voy a liar y no quiero hacerlo. Hoy no. No tengo ganas, fuerza, ni ánimo para tirar esto por la borda.

Alex vuelve al tema de Nueva York.

—¿Cuándo irás? ¿Con quién?

—Me imagino que pronto. Con quién, no lo sé. Supongo que sola, o con Rosana o incluso con Leo. Pero hasta que no hable con ellos esta semana y empecemos a trabajar en el tema, no lo voy a saber. Ya te contaré cuando vaya sabiendo algo.

—Eso espero —me dice serio.

—¿Y ahora qué? Es a ti al que se le ha cambiado la cara.

—¿Con Leo? ¿En serio? ¿Tienes que ir con él?

—Ya te he dicho que todavía no tengo ni idea. ¿Te molesta?

—Digamos que no me hace mucha gracia.

—Explícame porqué.

—Porque creo que a Leo le interesas.

Empiezo a reírme a carcajadas.

—¿Hablamos del mismo Leo?

Yo sigo riéndome y Alex en cambio cada vez está más serio.

—De verdad que no te entiendo. No tienes celos de nada ni de nadie, y ahora va a resultar que tienes celos de la persona con la que peor me llevo y que no demuestra tenerme ningún aprecio.

—Yo creo lo contrario. Solo por cómo te mira y te rodea, parece un perro marcando territorio.

—Por favor... De todas formas, si tanto te molesta, ya sabes lo que tienes que hacer. No le dejes. Sé tú el que marque el territorio. Pero no, ¿verdad? No merezco tanto la pena. No vaya a ser que alguien sospeche algo.

—Cómo te pones. Ya sabes que no...

«Esta se lleva la palma. Respuesta hiper-incorrecata».

—Vete a la mierda, Alex —le corto furiosa.

De repente a él le cambia la cara. Me mira asombrado, enfadado y creo que hasta algo dolido.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Que te vayas a la mierda. No, mejor. Vete a tu casa. Vete a tu burbuja y a tu mundo en el que eres feliz. Estás muy bien allí sin mí.

Me levanto y me voy. Me marcho tan rápido y tan furiosa que mientras estoy yendo a por el coche me doy cuenta de que ni me he molestado en pagar el desayuno. Hoy me tocaba a mí. Que le den, que pague él.

Y así, un domingo más, se convierte en uno de los peores domingos del año. De momento este se lleva la palma.

Paso el día mirando la pantalla del móvil esperando recibir algún mensaje de Alex. Nada.

El lunes tampoco sé nada de él. Puede que sea yo la que deba escribirle o llamarle, pero estoy esperando una disculpa por su parte. Algo que me indique que le importo, que le afecta lo que yo sienta o piense. Pero estoy empezando a ver que todo lo que hasta ahora he imaginado, se convierte en realidad. Puede que le haya importado, puede que hasta algo me haya querido. Pero no lo suficiente para venir a mí. Y eso es

lo peor, que sé que nunca seré lo suficiente para él. Que nunca seré su todo.

Consigo que la semana no sea tan horrible como la anterior centrándome en mi nuevo proyecto. Leo me presenta al cliente el lunes por la tarde.

Se llama Mark. Es de familia americana y resulta ser un hombre poco mayor que yo, que con solo cuarenta y cuatro años ha conseguido llevar sus ideas hasta Nueva York, ni más ni menos. Contra todo pronóstico para mí, es una persona amable, educada y guapo, muy guapo. Alto, ojos azules oscuros, nariz redonda y pequeña, labios marcados y fuertes, pelo castaño, espalda ancha, piernas largas. Un chico modelo. Podría cambiar de profesión si se queda sin trabajo creando edificios.

Cuando entro en la sala de reuniones miro mi dedo anular. Maldito anillo. Maldito corazón, ocupado por partida doble y destrozado. Lo tengo todo.

Estamos dos horas los tres reunidos y a última hora se nos suma Rosana. Empezamos a planificar lo que serán los dos meses de trabajo que nos quedan hasta la inauguración. Mark me explica que el edificio es un bloque dividido en dos alas unidas por un gran vestíbulo de cristal y dos anchos pasillos con jardines cubiertos que los comunican. Uno de los bloques tiene doce pisos de oficinas, el otro, diecisiete pisos con un apartamento de lujo en cada uno. Pocos pisos, pienso. En Nueva York, ¿no son todo rascacielos? Pero no, eso es lo que hace que su proyecto haya conseguido salir adelante. A un promotor le gustó su idea de un edificio tan moderno, y al mismo tiempo con mentalidad europea. Edificio bajo, recogido y que parezca que en él se puede crear una comunidad de vecinos o un centro de trabajo casi familiar.

Quiere hacer la inauguración en el vestíbulo y en toda la planta baja, para que la gente pueda ver todo lo que se va a encontrar. Cristal, luz, plantas, flores. Un rincón de paz y modernidad entre una ciudad de piedra, loca y llena de ruido.

Para empezar a preparar todo, me toca irme de viaje esta misma semana. El jueves cogeré un vuelo y me iré a Nueva York, Mark estará allí desde el miércoles. Por más que pregunto, nadie me dice cuantos días tendré que quedarme. Iré sola y el lunes vendrá Leo. A Rosana le digo que puedo hacerlo yo, que no hace falta que vaya, pero ella insiste en que Leo tiene que estar allí, para atender a Mark y para que yo tenga ayuda. Entre dos, dice, el trabajo lo podremos hacer mejor y más rápido. Qué poco nos conoce. Qué poco conoce la relación tan “fantástica” que tenemos Leo y yo.

Al salir de la reunión tengo la tentación de llamar a Alex y contarle las novedades,

pero justo cuando voy a empezar a marcar el número interno, aparece Carla en mi oficina.

—Hola Eva. Oye, ya tenemos restaurante.

«Mierda, la cena. El hotel. El baile. Ella».

—No sé si voy a ir.

—¿Por qué?

—Me voy de viaje por trabajo y no sé cuando volveré.

—Bueno, todavía quedan casi tres semanas. ¿Cuándo te vas?

«¿Por qué tendrá esta chica siempre que preguntar tanto?».

—El jueves. Me voy este jueves.

—¿A dónde vas?

Le digo la verdad. Ya no es ningún secreto. Tengo que empezar a decir por aquí que no voy a estar y a dejar organizados algunos temas, así que me da igual que lo sepa.

—A Nueva York.

Veo a Carla haciendo una oh de asombro con la boca. «¡Ja!».

Acaba haciéndome como veinte preguntas sobre el trabajo y yo que no encuentro cómo despacharla, le cuento mis planes y mi incertidumbre sobre la fecha de regreso.

Cuando he acabado de hablar con ella, ya ni me acuerdo de mi intento por llamar a Alex. Son las siete de la tarde. Muy tarde. Me tengo que ir a casa. Qué pereza. David se va a enfadar. Mucho. Mal planificado todo y de repente. Hoy tengo lío en casa seguro. Y lo tengo. Cuando explicó a David que el jueves cojo un vuelo a Nueva York, monta en cólera. Es la primera vez que lo veo así y me sorprende su reacción pues pensaba que se alegraría mucho por el proyecto y por mí. En cambio, se lleva las manos a la cabeza y empieza a decirme que solo pienso en mí, en mis cosas y en mi trabajo. Puede que en parte tenga razón. Sé que desde que estoy con Alex (o estaba, ya no sé en qué estado o punto estamos), vivo haciendo mis planes y pensando tanto en mí y en la relación con él que he estado ausente, o menos receptiva. Sé que me he vuelto egoísta y que he dejado de lado muchas cosas. Pero esto no lo hago por Alex. No entiendo que sea ahora cuando David salte. Ahora cuando por una vez desde hace

medio año, lo hago por mí, por mi trabajo.

—¿Te importa tu familia, Eva? —me salta de pronto.

«¿Qué? ¿Me lo está preguntando en serio?».

—Claro —contesto.

De repente me veo y me escucho a mí misma cómo he contestado. En voz baja y poco convencida.

«Dios santo. Pues claro que me importa mi familia. No podría vivir sin mis hijas».

—Vuelve a contestarme y haz que te crea.

«No puedo. Ese es el problema. Mis hijas son todo para mí. Pero él... dejó de ser mi todo».

—¿No lo entiendes? ¡Es mi trabajo! Tengo que ir.

—Es tu trabajo. Lo sé. Pero no se trata de tu trabajo. Es por ti, Eva. Hace un tiempo, esto no lo hubieras permitido. Hubieras removido cielo y tierra para que fuera otra persona y no tú. Y menos hubieras consentido que en dos días te organizarán un viaje del que ni siquiera tienes fecha de regreso.

—No me voy a quedar allí los dos meses.

—¡Solo faltaba! ¿Y nuestras vacaciones, Eva?

Me encojo de hombros. No sé qué decir. Tampoco sé qué hacer. Me va a explotar la cabeza. Esto no puede estar pasándome. Ahora no.

—Puedes llevarte a las niñas con tu madre, a la playa. Lo van a pasar muy bien. Y tú estarás acompañado.

Me oigo y no me reconozco. Pero no me sale nada más que decir. Las niñas tienen que tener vacaciones, él también y yo tengo un verano que a día de hoy es una gran incógnita.

—Déjalo. Ya hablaremos. Vete a Nueva York. Cuando vuelvas, veremos qué pasa, con el verano, con las vacaciones y con nosotros.

«¿Con nosotros?»

—Pero, ¿qué...?

Y así me deja. Con la pregunta en el aire. Se da la vuelta y se mete al baño. Antes de ir a dormir mando un mensaje a Paula para contarle las novedades del trabajo.

Me voy a la cama pensando en que mi vida va a ser un caos de aquí a que acabe el verano. Y lo será. Aún no he descubierto hasta qué punto.

El martes nada más llegar a la empresa, aparece en mi oficina Inés.

—¿Te vas y no me dices nada?

Justo cuando voy a contestar me llega un mensaje al móvil. Paula.

«Lláname en cuanto puedas. Me tienes que contar eso de que te vas. ¿Cuándo, cómo y por qué?».

¿Pero qué le pasa hoy a la gente? Ni que se fuera a acabar el mundo porque me vaya unos días por trabajo.

Miro a Inés que está de pie delante mío mirándome con cara de circunstancias.

—No sé qué contarte que no sepas. Me da, que ya te lo han dicho todo.

—Aquí ya sabes que es difícil tener secretos —«Difícil, no imposible»—. ¿Te vas el jueves? ¿Cuándo vuelves? ¿Vas sola?

—¿Te queda alguna pregunta?

—Ja, ja. Empieza a contarme.

—Solo sé que me voy el jueves. No tengo fecha de vuelta todavía hasta ver un poco allí lo que hay que hacer y cómo vamos a organizar las cosas. Leo viene el lunes.

—¿Leo?

—Lo sé. No hace falta que digas nada.

Inés pone cara de resignación. Sabe cómo es Leo.

—Bueno, espero que vayas contando cosas y que avises cuando vayas a volver.

—Lo haré.

—Si puedes, estamos luego y nos tomamos un café.

—Veré cómo tengo la mañana.

Inés se va y no me he dado la vuelta para sentarme en la silla y aparece Alex en mi puerta.

—¿No pensabas contarme nada? —me pregunta.

—Buenos días a ti también.

—Te pedí que me dijeras algo cuando supieras lo que ibas a hacer.

—¿Te importa algo lo que yo haga?

—Eva...

—Ni Eva ni nada.

—¿Qué te pasa?

—Que, ¿qué me pasa? ¿Me tomas el pelo? No sé hasta qué punto te importa lo que yo haga o deje de hacer.

—Me importa...

—No lo sé porque nunca me lo dices y realmente, casi prefiero no saberlo o por lo menos, no escucharte diciéndomelo, para qué. Me da terror oírte decir lo que ya sé.

De pronto me doy cuenta de que estamos discutiendo en el trabajo de algo que deberíamos hacer en otro sitio o al menos, con la puerta cerrada.

—Márchate Alex.

No dice nada y se va. Yo voy a encerrarme al baño. Nadie puede verme llorar.

Capítulo 9

El cambio

Nueva York. Jueves. Aterrizo en el JFK a las doce del mediodía hora local. Salgo del avión y voy a buscar la maleta. De camino entro al servicio. Me miro al espejo. Parezco un cadáver. Tengo ojeras y la piel muy blanca. El pelo ondulado y siento los ojos hundidos. Si ya los tengo pequeños, ahora son casi un espejismo en mi cara. Me miro la falda. No puede estar más arrugada, igual que la blusa. No entiendo cómo cuando sacan a las famosas en la televisión en los aeropuertos parecen recién salidas de una sesión en un *spa*. Siempre guapas y espléndidas. Yo después de diez horas de viaje, doy pena. Busco en el bolso algo de maquillaje y entonces recuerdo que lo he facturado todo. Salgo resignada del baño, vaya imagen voy a dar. Pido al cielo que Mark no haya podido venir y haya mandado a alguien a buscarme y así poder ir al hotel para arreglarme antes de que me vea.

Mis plegarias no son escuchadas y lo encuentro erguido entre la multitud esperando con una sonrisa.

—Bienvenida Eva —me dice dándome un apretón de manos.

Me quita la maleta de las manos y me lleva hasta su coche. Un Mercedes deportivo, negro y brillante. Me abre la puerta, mete la maleta, entra al coche y me lleva al hotel.

Me han reservado una habitación a una manzana del edificio en el que será la inauguración. Un lujo en una ciudad como esta, el no tener que necesitar taxi o metro para poder ir a donde voy a trabajar.

—Si te parece, paso a recogerte en hora y media. Te llevo a comer y te enseño luego el edificio. Hoy estarás cansada y no creo que tengas ganas de ponerte a hacer muchas cosas. Mañana quedaremos y podremos empezar a planear la inauguración.

—Gracias Mark. Me parece perfecto.

Subo a mi habitación. Es pequeña, cómoda, blanca, limpia, moderna y con todo lo necesario para dormir, descansar y poder trabajar, porque tengo una salita anexa con

una mesa, dos sillas, un sofá y una televisión. Por lo menos en la empresa no han estimado en gastos para que yo pueda trabajar cómodamente y si tengo que hacer alguna reunión aquí, no sea en el mismo dormitorio. Todo un detalle.

Enciendo el móvil y al momento me llega el mensaje del operador. Ya me han activado la tarifa que me ha contratado la empresa. Seguido me llegan tres mensajes más.

Uno de David: « Avisa cuando llegues. Las niñas muy bien. Por aquí sin problemas».

Otro de Paula: «¿Qué tal el viaje? Llámame cuando puedas y me cuentas. Besos».

El último de Alex: « Espero que hayas tenido buen viaje. Te echo de menos ».

Miro el reloj. En casa serán las siete de la tarde. Decido contestar primero a David, para que sepa que he llegado bien. No lo llamo. Las cosas no están muy bien, y no me apetece hablar con él. Cuando ayer hice la maleta, reconozco que no hice gran cosa por mejorar el ambiente entre nosotros. Él tampoco lo hizo.

Después llamo a Paula.

—¿Ya has llegado? —me pregunta nada más coger la llamada.

—Estoy en el hotel. Lo tengo casi al lado de donde voy a organizar la fiesta. Está muy bien.

—¿Cómo estás tú?

—Cansada.

—Seguro. Pero no me refiero a eso.

—No estoy bien. Pero ahora, no me apetece hablar de ello.

—Llámame cuando quieras hacerlo.

—Lo haré. Te dejo, tengo que arreglar esta cara tan horrible que tengo.

—Eso lo dudo. Tú nunca estás horrible —sonríó. Paula siempre sabe hacerme sonreír. —Descansa hoy, trabaja mucho y aprovecha esto que te han dado.

—Lo haré y prometo llamarte un día de estos.

—Muchos besos cuídate.

Colgamos las dos y me quedo mirando la pantalla decidiendo si mandar o no un

mensaje a Alex. No puedo resistirlo y le escribo.

« Ya he llegado. Gracias por preocuparte. Un beso ».

Cuando ya estoy preparada y con aspecto bastante más presentable, bajo al vestíbulo a esperar a Mark. Llega puntual, me lleva a comer y antes de volver a dejarme en el hotel me enseña su trabajo. Me deja sorprendida con el edificio. Se llama “2Clouds” y realmente parecen dos nubes caídas del cielo en medio de la ciudad. Dos bloques de cristal, uno más alto que parece que se apoya en otro más pequeño. Uno más oscuro, con cristales del color de una tormenta y el otro con cristales del color de una nube de verano. Brillan y juegan con los tonos de la ciudad. El interior es un cúmulo de claridad en unas zonas, sombras como una tarde de lluvia en otras, flores y plantas y sonidos de agua. Una verdadera obra de arte.

Preparar aquí una fiesta, será para mí, no solo un reto, pues el entorno ya es de por sí bonito y mágico, sino todo un lujo poder hacerlo en un lugar tan impresionante.

Después de la visita volvemos al hotel. Son las seis y media. Mark me invita a una copa en el bar del hotel, pero yo no soy buena compañía. Estoy cansada, casi dormida y tengo el corazón tan triste que no tengo ganas de hablar, ni de escuchar.

—Mañana te espero a las 8 en el edificio. Di abajo que vienes a estar conmigo y te habilitarán el ascensor para que puedas subir hasta mi oficina. Es el último piso.

—Gracias por todo, Mark. Me ha encantado. Siento no estar ahora muy receptiva.

—Lo entiendo, no te preocupes. Descansa y nos vemos mañana. Te diré las ideas que tengo y así el lunes, cuando venga Leo puedes ponerte con él a preparar cosas.

Se levanta, me estrecha la mano y se va.

Yo subo inmediatamente a la habitación. El día ha sido largo y solo pienso en meterme a la cama y dormir. Pero antes de apagar la luz, cojo el móvil y mando un mensaje a Alex.

« Yo también te echo de menos. Buenas noches ».

El viernes dedico el día a planificar con Mark la inauguración. Me explica la idea que tiene él de la fiesta y voy perfilando yo lo que tengo que organizar. No me lo va a poner fácil, pues en una ciudad como ésta, todo lo que se hace, es a lo grande y Mark no quiere ser menos. Su idea es crear la atmósfera de un día de verano, en el que va a

haber una tormenta. Para ello, tendremos que jugar con la luz que atraviese los edificios y la artificial que consiga encontrar. Tengo que jugar con el agua, la música y hasta con los olores. Todo un reto.

El sábado y el domingo me enclaustro en la habitación del hotel. Esa va a ser mi oficina y extendiendo por la pequeña sala anexa a la habitación, papeles, catálogos y fotografías que me ayuden a ir perfilando lo que vamos a montar.

Entre tanto, el sábado por la tarde llamo a mi casa y hablo con mis hijas. David no se pone al teléfono. Esto no va nada bien.

El domingo por la mañana, mi cabeza va una y otra vez a cada domingo que he pasado con Alex, de desayuno, de paseo, de tocarnos y besarnos en nuestro escondite. De amarnos durante pequeños ratos. Porque en esos momentos, nos amábamos, o por lo menos, nuestros cuerpos, nuestra piel, eran para el otro. Cuando mi mente ha divagado lo suficiente y mi corazón está casi hundido cojo el teléfono. Pienso en llamarle, pero no puedo hacerlo. Quizás esté acompañado y no puede hablar. La garganta me aprieta. Me siento sola y ni siquiera eso puedo hacer con él. Algo tan normal como una llamada para contarnos el día. Pienso en mandarle un mensaje, pero no sé qué decir. Si al menos pudiera decirle que le quiero.

Escondo mis sentimientos y mi soledad en unas breves palabras, que encima son una gran mentira.

«Hola. Espero que estés bien y hayas tenido un buen fin de semana. Por aquí todo genial. Un beso ».

Para mi sorpresa me contesta casi seguido.

« Me alegro de que estés bien. Mi fin de semana tranquilo. Hoy ha sido un día difícil. Me acuerdo de ti y te echo de menos. No sé qué hacer para que sepas que estás dentro de mí. Que a pesar de lo difícil que es esto, no quiero perderte».

Leo y releo el mensaje, una y otra vez. Cada palabra, cada frase. Hasta que lo recito de memoria como si fuera un mantra o como si quisiera encontrar la respuesta a todas mis dudas y mis preguntas. No lo voy a hacer y acabo mandándole un beso, apagando el teléfono e intentando poner toda mi atención en un día de verano y tormenta.

El vuelo de Leo se retrasa casi dos horas. En el aeropuerto ya he gastado todos mis recursos para entretenerme. Para cuando aparece por la puerta de la terminal, yo ya

estoy enfadada y cansada. No me apetece verle y estar con él, me agota pensar en escuchar sus comentarios despectivos y la espera no ha contribuido a calmar mis pocas ganas de su compañía.

—Te falta el cartel con mi nombre —me dice al verme.

Vaya, el chico ha venido bromista. A saber qué se ha tomado del mini bar en el avión.

—Hola Leo. ¿Qué tal el vuelo?

—Largo. Vamos a por un taxi.

Leo el borde tarda poco en aparecer.

En el taxi solo hablamos del tiempo, del calor de Nueva York y de las cosas que le cuento del hotel. Al llegar, decidimos quedar en una hora para ir a comer y empezar por la tarde a trabajar. A las cuatro hemos quedado con Mark en su edificio para que también Leo lo vea. Espero que se tome su trabajo tan en serio como suele hacerlo y se dedique a estar la mayor parte del tiempo posible con Mark y a mí me dé espacio para respirar.

Me equivoco de medio a medio. Tengo a Leo toda la semana pegado a mí. Sin embargo y para mi sorpresa, llega a ser en algunos ratos, hasta buena compañía. Descubro en él, que tiene sentido del humor, que le gusta comer bien igual que a mí, que no le importa pasear y patear todo lo que sea necesario la ciudad, para conseguir encontrar algo concreto para la fiesta y que tiene gusto para la decoración y para las chicas. Sí, también para las chicas.

El miércoles, después de un día loco buscando luces por varios de los distritos neoyorquinos, Mark nos propone ir a un club a tomar unas cervezas y cenar unos sándwiches. Nos animamos a pesar de nuestro cansancio acumulado.

El local resulta ser un sitio perfecto para cenar y bailar. Tiene una barra grande, varias mesas altas, otras mesas más retiradas haciendo un pequeño comedor y una pista de baile en un lateral. El lugar está tenuemente iluminado y la madera, los carteles de estrellas y grupos de rock llenan las paredes.

Pedimos cada uno una cerveza, un sándwich y unos nachos para compartir. Durante la cena, hablamos de música norteamericana y de comida. Cuando acabamos de comer, los chicos deciden que tenemos que bailar un poco. Yo les sigo encantada. Mientras estamos bailando, veo que a nuestro lado hay un grupo de cuatro chicas que nos miran

continuamente. Yo me echo a reír. Normal, tanto Leo como Mark son chicos a los que mirar.

Una de ellas, morena, de pelo muy largo y ondulado, con unos vaqueros ajustados y una blusa clara sin mangas se acerca a nosotros. Se pone al lado de Leo y le dice algo al oído. Él contesta y sigue hablando un poco con ella. Mark y yo seguimos bailando y comentando de vez en cuando algo sobre la música que están poniendo y sobre la gente que hay en el local.

En un momento que miramos, veo como Leo se va a la barra con la chica morena. Vaya.

Al cabo de otro rato, lo veo con una mano apoyada en la cadera de ella y deslizándola suavemente por el muslo. Vaya, vaya. Creo recordar que Leo está casado. No vayas por ahí, Eva.

Leo está muy pegado a ella, tanto que creo que está rozando sus labios sobre su cuello. Miro la cara de la chica, tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. Le está gustando.

—Creo que me voy a ir, Mark. Leo puede que vaya acompañado al hotel.

—Eso parece. Voy a decirle que nos vamos. Se está haciendo tarde.

Mark se acerca a donde Leo y habla con él. Deduzco que le dice que nosotros nos vamos y que quedamos para el día siguiente.

Pero Leo no se queda y viene con Mark. Lo miro extrañada. Él no dice nada. Cogemos un taxi y durante el camino nadie habla. Mark se queda en su edificio, una manzana antes que nosotros. El taxi nos deja en la puerta. Bajamos sin decir nada. Pienso en preguntarle algo, pero ¿el qué? Soy la menos indicada para meterme en lo que no me importa. Así que decido callarme. Subimos en el ascensor y Leo me mira.

—Me divorcié hace un año —me dice de repente.

Abro la boca para intentar decirle algo. No lo sabía, no me importa y a mí no tiene que darme ninguna explicación.

—No lo sabe casi nadie en el trabajo.

—No tienes... —intento empezar a decirle.

Pero él vuelve a hablar y me corta.

—No me iba a ir con ella. Ni tengo ganas, ni es mi tipo.

Me mira tan serio que me siento culpable. ¿Creerá que le estaba juzgando?

Se abren las puertas del ascensor. Salimos y cada uno llega a la puerta de su habitación. Me mira antes de entrar.

—Buenas noches, Eva.

—Buenas noches, Leo.

Jueves. 5:30. Suena el despertador. Me duele la cabeza. Tengo un enano dentro y me está dando martillazos. Miro por la ventana. Se ve el amanecer. Tengo que espabilar o perderé el avión. Hoy vuelvo a casa después de dos semanas.

Miro la maleta, aún la tengo que cerrar, ayer a la noche no me quedaron ganas de hacerlo. Ayer. ¿Quién me mandaría...? Ayer...

Miércoles. 12:15 del mediodía. Llamo a mi casa para hablar con las niñas y con David. Cuando acabo de hablar con Emma le pido que me pase con su padre.

—Vuelvo mañana —le digo.

—Muy bien —responde seco.

—Se te ve contento y emocionado porque regrese.

—¿Desde cuándo sabes que vienes mañana?

—Compré el billete ayer, cuando vi que tengo el trabajo encarrilado y puedo volver. Tendré que venir otra vez, pero lo que quiero hacer ahora, creo que lo puedo gestionar desde allí.

—¿Y no sabes llamar o mandar un mensaje para contarlo?

—Era tarde. Te lo estoy diciendo ahora.

—Sigues igual de egoísta.

—¿Por qué dices eso? No te entiendo. No sé qué te pasa.

—Estoy harto, Eva. Te lo dije. Solo piensas en ti. Voy a empezar a hacer yo lo mismo. No quiero seguir así. No puedo.

—David...

—No vamos a hablar de esto ahora —me corta—. Lo haremos cuando llegues. Buen viaje.

Y cuelga. ¡Me cuelga el teléfono! Estoy alucinada. Y dolida, enfadada, furiosa. Es mi trabajo. ¿Tan difícil es de entender?

18:40. Estoy sentada en la mesa de mi pequeña oficina en la habitación. Tengo el portátil encendido, cinco catálogos de luces y plantas en la mesa y diez de comida y cáterin dispersados en el suelo y el sofá. Lluve a cantaros en la calle. Suena un pitido en el móvil. Mensaje. Miro la pantalla. Alex. ¿Alex? Echo cálculos. Debería estar durmiendo.

«No sé nada de ti desde hace días. He llegado a no poder dormir ».

Ya lo veo. Me enfado. ¿Y la culpa es mía? ¿Por qué no me ha llamado ni un solo día? O ¿mandado un correo electrónico? ¿Un mensaje?

«Estoy bien. Mucho trabajo, aquí siempre tengo mil cosas que hacer, que buscar, qué mirar...».

«¿Cuándo vuelves? Me gustaría verte y hablar».

«Mañana. Salgo a las 9 de la mañana. ¿De qué quieres hablar?».

«De por qué estás enfadada, de nosotros»

«Dirás tú y yo. Nosotros, no tenemos un nosotros».

Cuando doy a la tecla enviar, me pongo a llorar.

Esto es absurdo. Él no quiere hacer de esto un nosotros y yo no sé cómo conseguirlo. ¿Acaso se le puede obligar a alguien a querer, a amar?

« Cierto... ». Contesta.

«¿Cierto? Respuesta incorrecta. Respuesta incorrecta. Respuesta incorrecta». Me lo repito a mí misma con tanta rabia, que arrojo el móvil al suelo y voy al mini bar de la habitación. Abro la nevera. ¿Qué será lo más fuerte que hay aquí? ¡Tequila! No tengo

limón, ni sal, ni nada. Me da igual. A palo seco. Miro la botella pequeña, la abro y le doy un trago. El calor me recorre la garganta y llega hasta mis piernas. Es la primera vez que bebo así. Que bebo sola. La primera vez siquiera que ataco el mini bar de un hotel. Otro trago. Dejo de llorar. Miro el teléfono en el suelo y veo la pantalla iluminada. Hay otro mensaje. Lo cojo y veo que es de Alex. Sin verlo apago el móvil. Cierro. Nunca seremos nosotros. A la botella le queda un trago. A lo sumo dos. Tengo que ir a por más.

Cojo el bolso y voy a salir. El espejo de la habitación es tan cruel como mi tarde. Tengo la cara pálida y los ojos hinchados. Ni siquiera el vestido azul claro da algo de luz a mis mejillas. Me da igual, no tengo a nadie a quien impresionar.

Salgo al pasillo y llamo al ascensor. Lo peor de este hotel, el ascensor. Es lento y siempre está ocupado. Oigo pasos detrás de mí. Buf, me toca compartir ascensor.

—¿A dónde vas? Te falta el paraguas.

Leo. Mierda. Ahora es cuando tengo que girarme para mirarle y que vea la cara que tengo.

Agacho la cabeza, pero me siento tan mal educada que lo miro e intento contestarle.

—Al bar —le digo en voz baja.

Noto como me mira y se queda muy callado a mi lado. Respiro aliviada. Por una vez en la vida, se ha ahorrado sus comentarios mordaces. O no se ha dado cuenta de mi estado o es tan considerado como para disimularlo.

Entramos al ascensor. Yo miro al suelo y me pongo a contar los segundos que tardamos en bajar. Siento que él me está mirando, pero no dice nada. El ascensor para en un piso. La puerta se abre, pero no entra nadie. Alguno que se ha cansado de esperar. Se vuelven a cerrar las puertas.

—Te invito a una copa —dice Leo rompiendo el silencio —¿Qué estabas tomando?

«¿Cómo sabe este...?».

Lo miro asombrada y lo veo sonreír. Sonrío yo también. Sonrío tanto que me echo a reír a carcajadas.

El ascensor se abre en la planta baja y salimos. Siento el cuerpo más relajado y mi cabeza, bueno mi cabeza empieza a estar embotada y con un ligero mareo.

Llegamos al bar. Leo me indica una mesa y yo me siento. Él se queda de pie.

—Tendrás que decirme que estabas tomando para no mezclar.

—Tequila —contesto avergonzada.

Se da la vuelta y va a la barra. Regresa con dos vasos pequeños y un plato con sal y limón.

—Ya que tomamos esto. Por lo menos, hacerlo bien.

—¿Tú también vas a tomar tequila?

—No te conviene beber sola —me dice guiñándome un ojo.

Lo miro sorprendida mientras me coloca delante el vaso y el limón.

—Tu mano —me dice extendiéndome su brazo —, dame la mano.

Se la doy. Me agarra la mano, le da la vuelta y con suavidad me cierra los dedos y me la coloca formando un puño. Me pone la sal en la parte de arriba.

Me mira a los ojos.

Se coloca él la sal en su mano.

—Por tus penas. Que sean menos penas.

Pasa la lengua por la mano, agarra el vaso y se bebe el tequila de un trago y seguido le da un buen mordisco a su rodaja de limón.

Miro la sal en mis manos y luego lo miro a él. Leo está esperando a que haga lo mismo que él, pero de repente me siento incómoda.

—Venga —me anima.

Y mientras veo como él no me quita ojo, paso lentamente la lengua por la sal, cojo el vaso, trago, agarro el limón y lo chupo fuerte.

Me da un escalofrío. Leo me mira y se empieza a reír.

—Esto va a ser divertido —dice levantándose otra vez de la mesa para ir de nuevo a la barra.

Otro tequila, otro más y así hasta que veo que encima de la mesa tengo como unos

cinco vasos delante de mi cara. La cabeza me da vueltas. No voy a poder levantarme. Como lo haga, me caeré redonda al suelo.

—¿Te ha servido de algo? ¿Estás mejor?

Me encojo de hombros. Supongo que sí, ahora solo me preocupa mi estado físico. Tengo la mente tan ahogada en alcohol que soy incapaz de pensar en otra cosa.

—Suficiente por hoy. Te traeré algo para que comas y a dormir.

Miro el reloj. Solo son las ocho y media.

Leo viene a la mesa con un sándwich. Yo muevo la cabeza negándome a comer.

—Por lo menos la mitad. Tienes que comer.

Me da un trozo y el otro se lo come él. Lo miro. Él parece estar en muchas mejores condiciones que yo.

—Vamos preciosa. Tienes que irte a dormir.

Creo haberle oído llamarme preciosa. Estoy fatal.

Me da la mano y me levanta de la silla. Me mareo. Me voy a caer. Leo tiene buenos reflejos y me sujeta por la cintura antes de que toque el suelo.

—Te llevo yo.

Me lleva al ascensor. Empiezo a tener otra opinión de Leo.

—Tienes mejor cara, ¿sabes? —me dice al entrar al ascensor—. El tequila y el vestido te sientan bien.

Me contagia su sonrisa y para qué voy a engañarme, me gusta lo que me dice. No, me encanta.

Me apoyo en la pared del ascensor y él se acerca a mí cogiéndome por la cintura. Noto su cuerpo contra el mío. Huele a alcohol, a limón y a perfume. Me mira serio a los ojos.

—Lo sé. Doy pena —le digo —estoy echa un asco.

—Todos tenemos nuestros momentos horribles. Pero tú, ni en estos tan terribles, lo estás.

Me da un beso suave en la mejilla. Le miro asombrada pero no me retiro. No quiero hacerlo. Me ha gustado su beso.

Las puertas se abren y Leo vuelve a sujetarme para llevarme a la habitación.

—Abre. Te dejo en la cama y me voy.

Le doy a él la tarjeta de la habitación, no voy a hacer ni el intento de abrir la puerta.

Leo me mete en el cuarto, retira las sábanas de la cama, me quita las sandalias y me ayuda a tumbarme en la cama.

—Deberías quitarte el vestido. Pero eso lo tendrás que hacer tú sola.

Me doy la vuelta en la cama.

—Bájame la cremallera por favor. Creo que yo no atinaría.

Lo siento inclinarse sobre mí y le oigo aspirar mi olor junto al cuello.

Vuelvo a darme la vuelta.

—Gracias.

Le miro. Está quieto de pie a los pies de la cama. Me está mirando fijamente el vestido, las piernas. Me mira a los ojos. Siento que hace un gesto de inclinarse hacia mí. Se acerca a mi cuerpo, a mi cara, a mis labios.

—Si necesitas algo, sabes dónde estoy. Buenas noches, Eva.

—Buenas noches.

Llega a la puerta, vuelve a mirarme y se va.

Cierro los ojos. La cama gira, mi cabeza gira y no puedo pararla. Pienso en Alex, en su mensaje, en mi móvil apagado y tirado en el suelo, en la conversación con David. Pienso en Leo. Y me duermo.

Como no espabile no llego a coger el avión. Voy al neceser. ¿Dónde narices está el ibuprofeno?

No lo encuentro. Tendré que pedirle luego uno a Leo. Leo. No sé qué me ha pasado con Leo.

Cierro la maleta. Los catálogos y el ordenador están sin recoger. Tengo que darme prisa, pero ni mi cuerpo ni mi cabeza me siguen. Parece que voy a cámara lenta. Venga Eva que no llegas y ya lo que faltaba, vas a perder el vuelo.

Organizo todo como puedo. Tengo que ducharme, tengo que arreglarme, no puedo salir así. Voy al baño. Tengo el rímel negro por la cara, corronchos de maquillaje en las mejillas y el pelo alborotado. Necesito una ducha, lavarme el pelo, la cara. Necesito una hora para cambiarme esta cara y este cuerpo. Y no la tengo.

Me preparo lo más rápido que puedo, cojo todo y salgo de la habitación. En el ascensor me doy cuenta de que no me ha dado tiempo ni de revisar si me he dejado algo.

Encuentro a Leo abajo. Está muy serio. ¿También a él le dolerá la cabeza?

—Buenos días —le digo al acercarme.

—Buenos días —me contesta.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza? Me he vuelto loca buscando un ibuprofeno y con las prisas no he conseguido encontrar nada.

—Creo que sí. En el taxi lo busco y te doy.

—Gracias.

Leo va hacia la puerta y le da el equipaje al taxista. Luego coge todo lo mío y hace lo mismo. Entramos al coche.

—No sé si darte las gracias por lo de ayer o directamente disculparme por el espectáculo.

—Ni lo uno ni lo otro. Las penas acompañado, son menos penas, además ya te dije, nadie debe beber solo. Y no diste ningún espectáculo, o al menos que yo lo viera. No sé lo que hiciste cuando te dejé luego en la habitación.

—Cuando la cama dejó de dar vueltas, conseguí dormirme.

Tuerce la boca en una media sonrisa y me dice:

—Creo que ha sido interesante esta semana.

—Sí, desde luego.

—Hemos trabajado mucho. Creo que Mark de momento está muy contento con lo que estamos haciendo, especialmente con las ideas que has tenido tú.

—Eso parece. Y gracias.

—Además, lo he pasado muy bien. Contigo.

—Yo también.

Pues sí, realmente, yo también lo he pasado bien. Con él.

El taxi nos deja en la terminal de salidas de vuelos internacionales, facturamos, esperamos al avión y subimos para volar rumbo a casa.

Capítulo 10

La ruptura

Si mi vida era una locura cuando me fui, la vuelta se transforma en un auténtico caos.

Al bajar del avión y encender el móvil, recuerdo que antes de apagarlo había recibido mensajes de Alex. Mientras voy camino de casa, hago acopio de valor y los miro.

«Pero nos tenemos el uno al otro ».

¡Ah! La continuación del mensaje que me hizo explotar. «Permíteme que lo dude» empiezo a pensar. ¿El uno al otro? Claro, una hora los miércoles y dos los domingos. De vez en cuando hora y media entre semana si comemos y desde luego, varios mensajes de móvil al día. Sí, nos tenemos el uno al otro. Con el reloj en la mano, mirando a la derecha y a la izquierda por si nos conoce alguien y siempre, siempre, con la palabra mujer (y en mucha menor medida, marido) en la boca y en la cabeza. Sí, eso es tenernos el uno al otro. Me pongo enferma solo de pensarlo.

Tengo más mensajes.

« Avísame cuando llegues». Ya le llamaré mañana cuando aparezca en la oficina.

Cuando entro en la empresa, lo primero que hago es ir al edificio de los *showrooms* a buscar a Alex. Tengo ganas de verle. Demasiadas, porque no hago más que pensar en él y necesito aunque solo sea mirarle y saber que está ahí. Se me hace cuesta arriba mi vida sin él.

Lo veo con Jaime moviendo unas cajas. Espero en la puerta y cuando Alex se gira para coger otra caja me ve. Se queda quieto mirándome y le veo sonreír. Yo no quiero hacerlo, pero no puedo evitarlo. Sonríó, tanto que siento dolor en la mandíbula.

Se acerca hasta mí y se para delante.

—Estás aquí.

Asiento con la cabeza. Me he puesto tan nerviosa que me cuesta hablar.

—Me gustaría darte un beso —me dice en voz baja.

—Pues hazlo.

Hace un gesto con una sonrisa triste. No lo puede hacer, no quiere hacerlo.

—¿Quieres quedar algún día? —le pregunto. Me he decidido a proponerle algo. No sé por qué ni para qué, pero quiero estar con él.

—Claro.

—¿Podríamos quedar el domingo, como siempre?

—Sin problema.

El entusiasmo que transmite este chico es desesperante. Parece que nunca le hace ilusión nada.

—Vale, nos vemos el domingo. Tengo que irme.

—Eva —me llama según me estoy dando la vuelta.

—Tenía muchas ganas de verte.

Le sonrío y me voy. No estoy contenta, pero al menos, no me siento hundida en la miseria.

Mi caos empieza a ser más caos cuando llego a casa el viernes después de trabajar y de haber recogido a las niñas de sus clases. Emma me recuerda que tiene un cumpleaños y tenemos que salir otra vez de casa para llevarla. La anfitriona celebra su fiesta en una casa enorme con jardín y al verme llegar con mis dos hijas, la madre de la niña me invita a que deje también a Sara puesto que habrá más niños de su edad. Acuerdo pasar a recogerlas dos horas y media más tarde.

Vuelvo a casa y me encuentro a David sentado en la isla de la cocina con su portátil.

Anoche cuando llegué no hablamos, ni siquiera se enteró de que me metí en la cama.

Me acerco a darle un beso, pero él me retira la cara.

—¿Vas a hablar conmigo o también vas a retirarme las palabras? —le pregunto.

—La verdad es que no lo sé.

—Pues tendrás que decirme algo, si quieres que arreglemos esto.

—Eva, no estoy seguro de querer arreglar nada.

Se me pone un nudo en la garganta.

—Estoy cansado de luchar por algo, por lo que tú no peleas. Y lo peor es que no lo haces porque creo que no tienes ningún interés en hacerlo.

—David, ¿quieres hablar claro? A estas alturas de la vida, entre tú y yo, sobran los rodeos.

—Te lo dije. Llevas unos meses que solo te veo hacer cosas pensando en ti misma. El por qué no lo sé.

—Y si eso crees desde hace tiempo, ¿por qué no me lo has dicho? En cambio, me saltas con esto cuando estoy a punto de coger un avión para irme por trabajo. No me he ido de vacaciones.

—Puede que te lo tuviera que haber dicho antes, no lo niego.

—¿Qué quieres que haga? ¿Cómo quieres solucionar esto?

—Eva, no sé si esto tiene alguna solución. Y te lo he dicho, tampoco sé si quiero que la tenga.

Me quedo tan sorprendida con su respuesta que no sé qué decirle. ¿Está insinuando que quiere el divorcio?

Miro el reloj. Es tarde y hay que ir a recoger a las niñas. Miro a David que sigue de pie frente a mí con la expresión seria.

—Tengo que ir al cumpleaños y no hemos terminado de hablar.

—A mí no me queda mucho más por decir.

—¿Quieres separarte, David? —hago la pregunta de una manera tan tranquila, que parece que en vez de estar decidiendo la vida, estuviera eligiendo entre comprar pan hueco o sobado.

Se encoge de hombros.

—No lo he decidido.

—Pero sí que te lo estás pensando. Creía que estábamos bien.

—¿Eres feliz, Eva?

La pregunta del millón y no me voy a llevar el dinero.

¿Con él? ¿Conmigo misma? ¿Con otro? ¿En el trabajo? ¿Cada día que me levanto?

—Me voy. Mañana si te parece, llevamos a las niñas a comer a donde mis padres y hablamos.

Asiente con la cabeza y yo voy a por el coche.

El sábado cuando me despierto siento miedo en el cuerpo. Me da vértigo afrontar el día que me espera. Porque hoy no es de esos días, en los que te levantas por la mañana pensando que va a ser un día normal y en unas horas tu vida ha cambiado por completo. Hoy es de esos días en los que sabes seguro, que todo va a cambiar. Y vaya si lo hace.

Son las once menos cuarto. Emma y Sara están haciendo un puzzle en el cuarto de los juegos y David ha ido a llevar el coche a lavar. Suena el móvil.

Miro la pantalla y tengo que pestañear dos veces al ver de quién es la llamada. Leo.

—Hola Leo.

—Hola Eva.

Se queda callado y yo me siento extrañamente incómoda.

—¿Qué tal tu vuelta a casa? —me pregunta.

—Si te digo que no me hubiera importado quedarme allí, ¿tendría que darte más explicaciones?

Hago una mueca para mí misma. Me sorprende mi arranque de sinceridad con él.

—Tranquila. A veces volver, es más duro de lo que creemos.

Suspiro mientras él sigue hablando.

—El viernes no he conseguido encontrarte y tengo preparado un listado con empresas de cáterin interesantes. He sacado las direcciones web y en algunos casos tienen blogs donde podemos ver ejemplos de trabajos que han hecho. Creo que te puede servir.

—Es genial, Leo. Gracias. Me encantaría verlo. ¿Te parece que el lunes nos juntemos a primera hora?

—Claro. Yo estaré en la oficina desde las siete y media.

—Cuando llegue iré a buscarte. Hasta el lunes.

—Buen fin de semana. Y Eva, todo en esta vida tiene solución. Algunas más difíciles que otras, pero la tienen.

—Gracias.

—Adiós, Eva.

—Adiós.

Sonríó al colgar el teléfono. Leo no deja de sorprenderme y de gustarme cada vez más, como persona y como compañero.

Cinco minutos más tarde, recibo un mensaje en el teléfono.

«¿Sigue en pie lo de quedar mañana? ¿Mismo lugar, mismo sitio de cada domingo?».

No sé ni para qué me lo pregunta. Sabe que soy incapaz de decirle que no.

«Claro ».

Me manda un icono con una sonrisa y otro con un beso.

Le contesto con un beso y voy un rato a ayudar a mis hijas con el puzzle.

Cuando llega David, nos preparamos todos y nos vamos a casa de mis padres a dejar a las niñas para comer con ellos.

Al salir de la casa, yo le pregunto a David:

—¿A dónde quieres ir?

—A nuestra casa.

El camino lo hacemos los dos en silencio y cuando la puerta se cierra tras nosotros yo no aguanto más y empiezo a hablar con él.

—Dímelo. Dime lo que quieres, lo que has pensado.

—El divorcio creo, y quiero tiempo. Tiempo para pensar, tiempo para ver a dónde

vamos, para ver qué es esto. Si merece o no la pena.

Cuando oigo decir todo eso a David, los pensamientos se me acumulan en la cabeza. Me siento tan confusa que no sé si ponerme a llorar, a gritar y a suplicar o saltar de alegría. ¿No quiero esto para poder estar con Alex? Pero sé que pensar eso, sería engañarme a mí misma. Por muy libre que yo estuviera, nada cambiaría con Alex, porque él seguiría igual.

Sin embargo, yo también sé que en el fondo es lo mejor. Yo no estoy bien con David. No lo miro igual que antes, no lo quiero como antes y al final, cada beso que le doy es una mentira que me guardo.

No soy capaz de hablar, porque no tengo defensa, no tengo argumentos, no tengo nada para darle.

Al final, pasamos dos horas decidiendo cómo vamos a afrontar esta situación. Nuestra casa, nuestros horarios, nuestras hijas. Todo se pone patas arriba por una decisión que hemos tomado dos. David no quiere irse de casa. Yo tampoco. Ninguno quiere ceder pero después de gritar un poco, llorar algo y reprocharnos todo, acordamos que las niñas se quedan en casa y él y yo estaremos cada quince días. Los otros quince días cada uno los pasará fuera. ¿Dónde? Eso ya queda a elección de cada cual. Por lo menos, estaremos así hasta final de verano. Después, serán las niñas las que tendrán que moverse a la casa que cada uno busquemos.

David decide que él será el primero en irse por si yo tengo que viajar de aquí a unos días. No me dice a dónde va.

Cuando las niñas vuelven, hablamos con ellas y les explicamos como podemos, la situación. Lloran, callan y preguntan hasta que están tan cansadas de llorar y preguntar, que se van a dormir.

Y así, sin más, mi vida se ha dado otra vez, la vuelta.

Cuando me quedo sola, me doy cuenta de que tengo que mandar un mensaje a Alex. Mañana no podré quedar, ¿con quién se quedarían mis hijas?

«Tengo que anular lo de mañana. No puedo quedar».

No le digo más. Creo que todo lo que ha pasado no debo contarlo en un mensaje. Tampoco quiero hacerlo.

Me contesta casi al momento.

«¿Por qué?»

«Mi marido no está y tengo que quedarme con mis hijas».

«No te preocupes. Ya quedaremos».

Y esto, esto es lo que me saca de quicio de Alex. Le digo que no puedo quedar y parece que le importa cero el no estar conmigo, cuando encima, no nos hemos visto desde que volví de Nueva York, y cuando nuestras últimas palabras fueron casi de desprecio.

Me duele la cabeza. Me voy a la cama. No duermo. No descanso. Odio esto y encima mañana es domingo. Mierda. Otro domingo más para odiar.

Si tener trabajo e hijos ya de por sí es una locura, cuando una tiene que hacerlo sola, lo es aún más. Mi semana se convierte en un rompecabezas de horarios y paseos de un sitio a otro entre el trabajo, el colegio y las tareas.

Lunes. 7:00. Benditos padres. Doy gracias al cielo por tener la relación que tengo con ellos, porque gracias a eso, he podido contarles lo que ha pasado entre David y yo y aunque sé que no lo han entendido del todo, me siento apoyada y lo que es más importante, ayudada por ellos. Mi madre aparece en casa y yo puedo irme a trabajar. “Es temporal” le digo, porque estoy decidida a buscar a una persona para que me ayude con las niñas. No puedo hacer que mis padres carguen con algo de lo que solo yo tengo culpa.

7:30. El parking de la empresa está casi vacío. Veo el coche de Leo y cinco más. Reconozco uno de ellos, el de Alex. Ya ha llegado. Decido ir a buscarlo y a hablar con él antes de que empiece a llegar la gente y no pueda hacerlo.

Pero mis planes se frustran nada más entrar por la puerta e ir camino de mi oficina a dejar el bolso y encender el ordenador.

Leo aparece detrás de mí con varios catálogos bajo el brazo, su tablet y dos cafés.

—Buenos días. Te he visto llegar y te he sacado un café —me dice extendiendo la mano para darme uno de los vasos.

Cuando yo alargo la mano para cogerlo, a él se le vierte parte del contenido en mi mano. Está ardiendo y del susto muevo el brazo y me tiro todo el café encima de la blusa y de la falda.

Grito.

—¿Estás bien? —pregunta Leo mientras deja todo lo que traía tirado encima de la mesa y busca desesperadamente algo con lo que secarme la ropa.

—Me estoy abrasando.

—Vamos al baño y te ayudo a limpiarte. Con agua y jabón algo podremos hacer.

Poco antes de entrar al servicio, veo a Alex que viene en dirección contraria a la nuestra. Me miro la blusa y cruzo los brazos intentando que no me vea el desastre que voy hecha.

—Pues sí que te has puesto bonita —me dice al verme.

—Te creerás que lo he hecho adrede.

—¡Eh, eh! Estaba bromeando. Tranquilízate.

—Eva, cuanto más tardes en limpiarte, más difícil será que se te quiten las manchas —interrumpe Leo.

Alex mira a Leo con gesto de extrañeza y hasta con cara de furia. A saber qué mosca le ha picado a este ahora.

—Yo tengo quitamanchas —dice Alex—. Ven conmigo. Ya la acompaño yo, Leo. No te preocupes.

Mis ojos van de uno a otro. Que alguien me expliqué qué demonios está pasando aquí. Leo hace un gesto como si me estuviera cediendo a Alex. Parezco una novia a la venta por cinco vacas y dos cabras.

Leo se da la vuelta y se marcha. Yo me quedo mirando a Alex.

—No sé de qué vas —le increpo.

No me dice nada y empieza a andar al baño. Me abre la puerta del servicio de mujeres.

—Asegúrate de que no hay nadie —me dice.

—¿Qué más da?

—No. No vaya a ser que alguien proteste porque entra un chico.

A como la cabeza. En la zona del lavabo no hay nadie y dentro de los urinarios tampoco.

—Está vacío —le digo a Alex.

Entra con una zancada, cierra la puerta y echa el pestillo. Yo ni siquiera sabía que la puerta principal del baño lo tenía.

Miro a Alex. Sé lo que va a pasar. En algunos momentos, es tan hermético como una caja fuerte. En otros, su mirada lo dice todo. Ahora es uno de ellos.

Me apoyo con las manos en el lavabo y espero.

—No has ido a por el quitamanchas —le digo ignorando el calor que siento en el cuerpo.

Le sale una media sonrisa. Y sin darme tiempo a respirar, me levanta del suelo, me sienta en la encimera del lavabo, agarra mis muñecas y me besa con tanta fuerza que todo mi cuerpo se inclina hacia atrás.

Sus labios abren los míos, su lengua acaricia la mía ávida y apasionadamente. Como si tuviera tanta sed que ni por mucha agua que bebiera pudiera calmarse.

—No vuelvas a hacerlo —me dice pegando su frente a la mía —no vuelvas a marcharte.

Pero yo no entiendo lo que me dice. ¿A Nueva York? Lo lleva claro.

Y continúa hablando como si hubiera adivinado que no entiendo a lo que se refiere.

—No te imaginas lo que he sufrido. No vuelvas a dejarme.

—Yo no...

Sin dejar que acabe de hablar. Vuelve a besarme con ansiedad. Me arrastra hasta que cada una de mis piernas quedan a los lados de su cuerpo y mete su mano entre mis bragas.

Gimo. Siento como mueve sus dedos dentro de mí.

—No soy capaz de pensar cuando estás cerca, Pequeña. Eres demasiado para mí.

Veo como se suelta los botones del pantalón. Tengo mucho calor. Palpito de deseo por él. Le miro, me mira. Y entra dentro de mí.

Grito junto a su oído, jadeo, suspiro cada vez que se mueve, cada vez que se separa y vuelve hacia mí con fuerza. Una vez, dos, tres. Se para. Niega con la cabeza.

—No puedo... —dice entre dientes.

Se mueve otra vez. Una más y lo oigo gruñir con fuerza en mi oído izquierdo. Se derrumba entre mi cuello y siento que me besa y me chupa el lóbulo de la oreja.

—Prométeme que siempre me vas a querer.

Lo miro alucinada y con el corazón desbocado. No sabe lo que me está pidiendo.

Me mira. Está esperando a que le conteste. ¿Qué le digo? ¿Qué sí? Si ya le quiero. Quererle siempre. ¿Para qué? Si no tengo futuro con él. Y sin embargo, solo le quiero a él en mi futuro.

Asiento con la cabeza.

—Dímelo. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Me da un beso suave en los labios.

—Ahora, vamos a limpiarte esta ropa.

La semana pasa y no consigo hablar con Alex. En el trabajo, cada vez que voy a buscarlo para hablar con él tiene gente alrededor, lo que hace imposible que le cuente nada de lo que me ha pasado. Tampoco puedo hacerlo por teléfono. Según va pasando el tiempo incluso me planteo si decirle algo, al fin y al cabo, no va a cambiar nada entre nosotros.

Llega el viernes. La cena. Mi noche es una incógnita. Al final no le he contado nada a Alex porque a pesar de lo que sucedió en el baño, no hemos vuelto a quedar y apenas nos hemos mandado algún mensaje que otro. Por lo que, a día de hoy, no sé si estamos o no estamos, si somos o no somos. No sé en calidad de qué vamos a la cena, algo que

tampoco importa mucho, sobre todo de cara a los demás, pero para mí sí que lo es. Y todo por culpa mía, por haberle mandado a la mierda y luego dejarme llevar de esa forma en el baño. Ahora no sé si vengo o voy.

Capítulo 11

La regla número uno

Ley de Murphy número 1:

Si algo puede salir mal, lo hará. Es más, saldrá mal de la peor manera, en el peor momento y de una manera que cause el mayor daño posible.

Ese tal Murphy o era adivino, muy sabio, o un pájaro de mal agüero. De la forma que sea, tenía más razón que un santo.

18:00. Voy a por las niñas a recogerlas de las clases extra escolares. Es el último día de todo, de colegio, de sus clases y si ya voy justa de tiempo, las despedidas y los buenos deseos para las vacaciones me retrasan más. Después de discutir durante más de quince minutos con David, acordamos que este fin de semana se van con él a la playa. Por mí perfecto, pero nuestra falta de entendimiento es, que si es él el que va a atenderlas, debería ser él también el que se preocupe de ir a buscarlas y preparar todo lo que se tienen que llevar para el fin de semana.

Punto uno que sale mal:

A las seis menos cuarto me llama diciendo que tiene una reunión, que se va a retrasar casi dos horas y que no puede ir a las seis a por ellas, genial, me toca correr. Correr a buscarlas, correr a casa, correr a hacer unas compras de última hora para el fin de semana, correr a preparar la bolsa y porque no puedo correr esperando a que venga, sino, también lo haría corriendo.

Punto dos que sale mal:

David aparece a las ocho y media, y yo había quedado a las ocho. Se lleva a las niñas y yo me despido de ellas hasta el domingo por la noche. David casi ni me dirige la palabra.

Voy a llegar tarde, bastante tarde, porque encima no he podido acabar de

prepararme. A las nueve y cuarto por fin estoy lista. Me debato entre ir en coche o andando. En coche llegaría antes pero entonces o no bebo nada o lo dejo por allí y mañana vuelvo a por él, ¡qué pereza! Si no llevo el coche, retraso mi llegada casi veinticinco minutos más y luego tengo que volver andando y con tacones, ¡más pereza!

Punto tres que sale mal:

Me decido por ir en coche. Puedo pasar la cena sin beber. Qué equivocada estoy.

Voy directa al restaurante, ya no me da tiempo de tomar algo antes de cenar. Qué ganas tengo de matar a David y de paso a Alex porque ni se ha molestado en mandarme un mensaje preguntandome dónde estoy o por qué no he llegado.

Punto cuatro que sale mal:

Cuando entro al comedor la cara que debo poner es un poema. La gente está sentada ya en varias mesas redondas. Me pongo a buscar un sitio libre y lo encuentro entre Natalia y Leo, vaya plan.

Busco a Alex. Si me sacan una foto en este momento, seguro que hasta se ve el humo que echo por las orejas. Sí, está sentado al lado de Carla. Otra de la lista a la que quiero matar. Voy al sitio libre. Saludo a todos los de la mesa mientras doy gracias al cielo porque últimamente Leo y yo tenemos buena relación, sino, ya estaría pensando en darme la vuelta y volver a casa.

Cuando me siento me doy cuenta de que encima, justo delante, tengo la mesa en la que están Alex y Carla y que ambos están de frente a mí. Lo miro para intentar saludarlo, pero él no me ve, está demasiado ocupado hablando con ella.

Leo me sonrío cuando me siento. Miro su copa, la tiene vacía. Va a ser que no sonrío por los efectos del alcohol.

—Hola Eva. Llegas tarde —me dice. Y justo cuando voy a abrir la boca para increparle, cómo si yo no lo supiera, me suelta —pero ha merecido la pena la espera.

Lo miro alucinada.

—Estás muy guapa —dice, como queriendo aclarar el comentario.

—Gracias —respondo nerviosa—. ¿Me sirves una copa de vino, por favor? —le pido señalando la botella de vino blanco.

Me bebo la copa de un trago y sin decir nada, Leo me la vuelve a llenar. Miro de nuevo donde está Alex y lo sigo viendo muy entretenido con Carla. Vuelvo a beberme otra copa.

—Deberías bajar el ritmo, ¿no crees?

—Ya soy mayorcita Leo. Y solo he tomado dos copas.

—Tú verás. ¿Hoy también tienes penas para olvidar?

Le hago una mueva de desprecio y me acerco mi boca a los labios para seguir bebiendo.

Nos empiezan a servir la cena y Natalia que está a mi lado me pone la cabeza loca contándome sus próximas vacaciones.

Veo a Inés que está sentada en la misma mesa que Alex y Carla, por lo menos luego me podré enterar de todo lo que ha pasado ahí, aunque si lo pienso bien, no sé si eso será lo mejor.

Me tomo otra copa. Creo que ya llevo cuatro ¿o cinco?

Cuando Natalia va por la segunda semana de su viaje, Leo nos interrumpe.

—¿Cuándo tienes que volver a Nueva York?

—Todavía no lo sé. Posiblemente a mediados de julio.

—No sé si esta vez iré.

Yo me encojo de hombros.

—Me gustaría poder acompañarte —me dice Leo.

—Me vendría bien tu ayuda —y según acabo la frase me doy cuenta de que acabo de pedirle ¡a Leo! que venga. Tengo que dejar de beber.

En vez de eso, me sirvo una copa más. Nos ponen el segundo plato y yo me levanto al baño.

En el servicio me encuentro con Inés.

—Te he estado guardando sitio a mi lado todo lo que he podido —me dice. —Pero como has llegado tarde, al final han ocupado toda la mesa.

—Se me ha complicado el día.

—Pues te estás perdiendo el flirteo más descarado que he visto desde hace años. A Carla solo le hace falta tirarse encima de Alex.

Me entran ganas de vomitar.

—Estás un poco pálida, ¿estás bien?

—Sí, sí. No sé si estoy comiendo demasiado.

—Ya te contaré cómo acaba, pero esto promete.

—Y Alex, ¿qué hace? ¿Parece interesado en ella?

—Pues la verdad es que me tiene un poco despistada. A ratos creo que sí y otros parece como si no lo estuviera en absoluto.

Pongo una media sonrisa, me lavo las manos y me voy a la puerta. No quiero saber más.

—Ya estaremos luego, voy a ver si se me asienta un poco el estómago.

Al volver a la mesa me pongo otra copa. Esto hay que digerirlo con vino.

Miro a Alex y por fin nuestras miradas se cruzan. Me sonrío y me dice algo con los labios que no consigo adivinar. Le devuelvo la sonrisa pero hasta yo me doy cuenta de que es falsa y fingida. A mi lado Leo empieza a hablar de Nueva York con los compañeros de mesa haciéndome preguntas y comentarios a mí en un intento de meterme en la conversación, pero yo no estoy muy habladora. Al final creo que en el postre y después de otras tres copas de vino, hasta he llegado a reírme con algo.

Con el café la gente empieza a moverse y a cambiarse de mesa. Tengo que aprovechar para acercarme a Alex y hablar un rato con él. Voy a su sitio e intento pensar en cualquier excusa de la que hablar.

Saludo a la gente y me pongo a su derecha.

—Hola, ¿qué tal la cena?

Carla me mira cuando hago la pregunta y asoma la cabeza desde la izquierda de Alex. Veo sus intenciones de meterse en la conversación.

—Bien, pero ya con ganas de movernos e ir a bailar —contesta Alex.

—Sí, a ver si nos vamos ya, que Alex me ha prometido que va a sacarme a bailar, ¿verdad? —dice Carla mientras me mira a mí.

—Mira que bien Carla, ya tienes pareja de baile —le digo yo con sorna mirando a Alex—. Bueno, me vuelvo a mi mesa a tomar el café.

Me voy a mi sitio. Mejor estar sentada, mi cabeza empieza a parecer un tiovivo.

Media hora después la gente se levanta y salimos a la calle para ir a un *pub* a tomar algo. No andamos ni dos minutos y se oye un trueno. Tormenta. Esto sí que es oportuno. Empezamos todos a correr directos al *pub*. Menos mal que tengo coche, claro que o dejo de beber o no va a servirme para nada.

Conseguimos llegar sin mojarnos. Nada más entrar busco a Alex pero no lo veo. Vendrá detrás. Tampoco veo a Carla.

Voy directa a la barra y Leo se pone a mi lado.

—Dime que no vas a pedir tequila —me dice con una sonrisa.

—No será por falta de ganas.

Él hace una mueca. Yo miro a mi alrededor. Sigo sin ver a Alex.

—¿Qué quieres, Eva? Te invito yo.

—No hace falta. Creo que esta vez debería ser yo la que te pague algo. Solo con lo que te gastaste en mis chupitos de tequila, te debo bastante más que una copa.

Leo se ríe y yo lo miro divertida. Sabe reírse.

—Te dejo si bailas conmigo por lo menos una vez.

Asiento con la cabeza. Total, mi pareja de baile no aparece.

Me saca una copa de champán y nos vamos hacia la zona donde están varios compañeros haciendo un círculo y bailando.

Suena música de salsa y Leo se acerca, me coge las manos y deja mi copa en una pequeña barra junto a la pared.

—Uno solo —me dice al oído.

Yo lo sonrío, voy a bailar con él. Me da una mano y me sujeta la cintura. Me acerca a

él. Lo siento pegado a mí. Huele muy bien. Me sonrío. Al momento me aparta y me hace girar. Justo cuando me doy la vuelta veo la puerta abrirse y entra a Alex. Está mojado, casi empapado. Entra con Carla. También está mojada. Él me mira. Yo vuelvo a girar. Miro a Leo que me mueve hacia él. Me pega a su cuerpo y me hace rodar sobre él hasta colocarme en su espalda. Vuelvo a ver a Alex. Está quieto mirando como bailamos. Le sonrío. Él a mí no.

Y sigue sonando la música mientras Leo y yo nos movemos. Veo como Alex sigue quieto, serio y con la vista fija en nosotros y me fijo en que Carla le mira a él, le toca un brazo y le dice algo al oído. Él asiente sin quitarme la vista de encima.

La canción acaba, Leo se separa de mí, coge la copa de champán y me la devuelve.

—No te voy a pedir nada más que no quieras darme —me dice Leo serio.

Lo miro extrañada por el comentario.

—No querías bailar conmigo —me aclara.

—No yo...

—No hace falta que me des ninguna explicación —me corta.

Se gira y se pone a hablar con un compañero de la oficina. En ese momento alguien me toca en el brazo.

—Pues sí que os habéis hecho buenos amigos —me dice Alex.

—La verdad es, que ahora no nos llevamos mal.

—Yo diría que os lleváis más que bien.

—Por lo menos me hace más caso que quien debe hacérmelo.

—¿Qué insinúas?

No, no. Bronca ahora no. No tengo fuerzas, estoy mareada y puedo soltarle cualquier burrada.

Decido callarme. Miro a Carla que se acerca con un *gin tonic* y se lo da a Alex.

—Parece que ya tienes quién te cuide —le digo en voz baja para que ella no me oiga.

—No digas tonterías. Sabes que no me interesa.

—¿En serio? ¿No te interesa? Pues no veas lo bien que lo disimulas.

Alex niega con la cabeza.

—¿Bailas conmigo Alex? —pregunta Carla —¿o te tengo que arrastrar a la pista?

Me quedo mirándole seria. No se atreverá.

Pero sí, se atreve. Deja su copa y la agarra para bailar. Qué furiosa estoy.

Respuesta incorrecta. Demasiado incorrecta.

Me doy la vuelta. No quiero verlos. Me alejo con mi copa de champán y viene Inés a hablar conmigo.

—Va a por todas, ¿eh? Esta chica no va a parar hasta que lo consiga —me dice señalando a Alex y a Carla.

Esto no ayuda nada, nada de nada, me encuentro fatal. Creo que voy a vomitar.

Salgo corriendo al baño. Hay cola. Mierda. Me sube la bilis por la garganta. Miro a mi alrededor. Lavabo o calle. Calle. Salgo disparada, sorteo gente, piso a Natalia, me choco contra Leo, empujo a Jaime y llego a la puerta. Respiro hondo. Vuelvo a pensar en el comentario de Inés.

Me pego a la pared. Una náusea. Está lloviendo fuerte y me estoy empapando, donde estoy apoyada no hay techo, qué casualidad. Se abre la puerta del *pub*. Sale Leo. Me mira. Otra náusea. Mierda, no aguanto más. Leo se acerca a mí. La puerta se abre otra vez y ahora el que sale es Alex. Ale, ya estamos todos. Me apoyo y vomito. Vomito todo el vino y parte del champán. Esto no me puede estar pasando. ¡Qué horror!

Cuando acabo veo a los dos mirándome. Alex con cara de preocupación y Leo, no lo sé, no consigo averiguar qué puede estar pensando.

Miro mi ropa. Estoy toda mojada, pero por lo menos no me he manchado. Leo se acerca y me pone una chaqueta.

—Gracias —le digo con una media sonrisa.

—Empiezo a acostumbrarme —me dice.

Alex lo mira extrañado. Luego me mira a mí.

—Eva, vamos dentro. Te vas poner enferma.

—Creo que debería irme a casa.

—Toma primero algo, entra en calor y luego te vas.

—¿Me vas a dar calor tú, Alex? —le pregunto.

—Eva, no te pases —me responde Alex.

—Claro, tú ahora el calor se lo das a Carla.

—Eva...

—Ella no te pide tanto como yo, ¿verdad? Solo busca rollo de una noche, no busca una vida contigo. Seguro que ya le has dicho que no vas a dejar a tu mujer nunca y que no se enamore de ti. Ojalá sea más lista que yo y te haga caso.

Justo en ese momento me doy cuenta de que lo he dicho en alto y que Leo nos está mirando a los dos. Ha escuchado toda la conversación. Otra náusea. Vuelvo a vomitar.

Veo a Alex cómo se da la vuelta y entra en el *pub*.

Otro punto que sale mal.

Estoy tan mojada, con el estómago hecho polvo, furiosa y triste, que no se me ocurre qué hacer.

¿Entro y hablo con Alex? Ahora mismo no sabría qué decirle y creo que él también debería disculparse por su actitud. Parece que le importa bastante poco cómo estoy yo y parece que no se ha dado cuenta de que lleva pasando de mí toda la noche.

Leo sigue a mi lado sin decir ni una palabra. Normal, vaya situación. Espero que en el fondo resulte alguien discreto porque como se ponga a hablar, esto puede ponerse muy feo. La que he liado.

Empiezo a andar hacia la puerta buscando una zona donde haya techo y no me moje. Noto a Leo que me sigue. Por fin, se decide a decirme algo.

—Te puedo llevar a casa. Tengo el coche cerca y no he bebido nada.

—Voy a entrar un poco. Creo que debo al menos disculparme con alguien.

Leo pone cara de resignación pero asiente con la cabeza.

—Si necesitas algo, me dices.

Me abre la puerta del *pub* y entramos. Busco a Alex entre la gente y lo veo hablando con Jaime. Voy directa hacia él pero por el camino me para Inés.

—Tu copa. Llevo con ella en la mano desde que has desaparecido. ¿Dónde estabas? —y según me hace la pregunta dice ella misma la respuesta —si estás toda mojada. ¿Qué hacías en la calle?

—He salido a tomar aire. Demasiado vino.

Le cojo la copa de la mano, más por educación que por otra cosa. Solo con ver el champán tengo de nuevo ganas de vomitar.

—Enseguida vengo —le digo yendo hacia Alex.

Pero al momento me paro en seco. Carla se ha acercado a él. La veo ponerse en frente suyo y decirle algo al oído. Ella lo coge de la mano derecha. Mi estómago hace una vuelta de campana.

La veo que tira de su mano como llevándole a la puerta. No, por favor. Esto no está pasando. ¿Se va a ir con ella? Miro a Alex. «Mírame, por favor, mírame» pienso. Pero él no me ve. Pienso en ir, en hacer algo, pero estoy paralizada. Tengo miedo. Miedo a que se vaya con ella, al rechazo, miedo a que me olvide.

De pronto ella va a la puerta del bar y sí, él se va detrás. Se me rompe la copa de champán y se cae al suelo. Estoy tan quieta mirándoles cómo salen que no me doy cuenta de que tengo un trozo de la copa en la mano y de que se me ha clavado un cristal.

—Eva, estás sangrando —me dice Inés.

Pero yo no la escucho.

—Eva, tu mano. ¿No te duele?

Me duele el corazón. Mucho. El alma. Tengo millones de cristales rotos dentro.

Me sale una lágrima del ojo derecho. Inés me agarra del brazo y me lleva hacia el baño.

—Estás fatal. ¿Qué te ha pasado? Dame tu mano.

Me apoya la mano en el lavabo, abre el grifo y empieza a limpiarme toda la sangre. Ahora sí que me he manchado el vestido.

—¿Cómo se te ha roto la copa? ¿Estaba rajada? Esto es para denunciar al bar. Déjame ver. No parece nada grave. El cristal ya no está.

Inés no para de hablar y yo solo puedo llorar en silencio.

—No te preocupes, no es grave. Vaya noche. Primero mojada y ahora esto. Espérame aquí, voy a por el bolso. Creo que tengo tiritas.

Ni me muevo. No tengo ni fuerzas ni ganas para hacerlo. Menos mal que no hay nadie en el baño.

Ya he perdido la cuenta del punto que sale mal.

Me quedo como hipnotizada mirando el lavabo y la sangre que cae de mi mano y se mezcla con el agua. Oigo la puerta abrirse y ni me molesto en mirar quién es.

—No llores más. Nadie merece que lo hagas.

Levanto la cabeza y veo a Leo detrás de mí mirándome a través del espejo. Tiene un pañuelo en una mano y una caja de tiritas en la otra.

Me giro y me pasa la mano llevándose mis lágrimas con sus dedos.

Me tiende las tiritas.

—Me ha asaltado Inés y me ha pedido que venga.

—¿Por qué no ha venido ella? Esto es el baño de mujeres.

Se encoge de hombros.

—Lo mismo es aprensiva con la sangre.

Me empiezo a reír y veo a Leo que sonrío.

—Dame la mano. Voy a intentar curarte.

Le tiendo la mano y él me la sujeta suave, como si tuviera miedo de hacerme daño.

Saca un pañuelo de papel y me va limpiando poco a poco. Luego mira fijamente la palma.

—Parece que no tienes cristales. ¿Te duele?

Me duele todo, pero la mano no. Niego con la cabeza.

Quiero decirle algo, preguntarle, explicarle, pero soy incapaz. Estoy muda, siento como si me hubieran arrancado la capacidad de pensar.

—No es asunto mío —me dice Leo como si supiera lo que estoy pensando —, puedes estar tranquila, no voy a decir nada.

Asiento con la cabeza como signo de agradecimiento.

—¿Quieres que te lleve a casa? o ¿prefieres quedarte?

—Por hoy ya he tenido suficiente. Te lo agradezco mucho si me llevas. He traído el coche, pero no estoy en condiciones de cogerlo.

Saca una tirita de la caja. Una tirita de las princesas Disney.

—Muy apropiado —dice Leo —. Para una princesa.

—Gracias por el cumplido, pero no creo que ninguna princesa tenga el aspecto patético que tengo yo ahora.

—El rojo te favorece —me dice guiñándome un ojo.

Me da un beso en la mejilla, me coge las manos y sonrío.

—Vámonos.

Al salir del baño me para Inés.

—He pedido a Leo que te ayude. Espero que no te importe. No me mates. Es que me he encontrado con un amigo al que no veía desde hace tiempo y no quería dejarte sola esperándome.

—No pasa nada. Me ha curado bien —miro a Leo y lo sonrío —me voy a casa.

—¿Te acompaño?

—No hace falta. Leo tiene coche y me va a acercar.

—Descansa. Ya te llamaré.

Voy a por mi bolso que me he dado cuenta de que lo he dejado colgado por algún lado del pub y salgo. Leo ya está fuera esperándome.

—Algún día conseguiré que me veas en óptimas condiciones.

—Todos tenemos malos días.

—Ya y tú estás sufriendo todos los míos.

—Yo también los he tenido, solo que yo los pasé solo.

Lo miro con tristeza. Nadie debe pasar por malos momentos solo. Nadie. Y yo, ahora por lo menos, lo tengo a él.

—Gracias —le digo sincera.

—No me las des. Debería dártelas yo a ti.

Lo miro sin entender.

—Por darme la oportunidad de ayudarte.

Llegamos al coche y me abre la puerta. Sonríe ante ese gesto que tiene conmigo.

—Voy a tener que pagarte por todas las veces que me llevas y me rescatas.
Borracheras, chófer...

Leo se ríe.

—No tendrías vida suficiente para pagarme.

Me mira serio y yo hago lo mismo. Tengo que llegar pronto a casa. Esto se me va de las manos.

Cuando llegamos al portal al ir a llevar la mano a la manilla de la puerta, me pone su mano encima de la mía.

—Te abro yo.

Sale del coche, lo rodea y me abre desde fuera.

Cuando salgo, él está quieto delante de mí. Tan cerca, que si levanto la cabeza, sus labios quedarán a la altura de mis ojos.

—Buenas noches, Eva.

Miro sus ojos y veo que mira tan profundamente los míos que siento que puede llegar hasta el fondo de mi alma.

—Buenas noches, Leo.

Vuelvo a mirarle y me voy rápida al portal. A casa, tengo que irme a casa.

Al meter la llave en la cerradura oigo un pitido en mi móvil. Vaya horas de mandar mensajes.

Miro la pantalla. Es de Alex. Dudo si verlo o no, pero soy incapaz de no leerlo. Abro el mensaje.

«¿Dónde estás? ¿Podemos hablar?»

¿Ahora? ¿Quiere hablar ahora? A saber qué quiere.

« Estoy en mi casa. Si quieres ven, podemos hablar aquí. Estoy sola». Le contesto.

Cuando subo a casa y me veo en el espejo me entra el pánico. Por dios, que pintas tengo. Voy al baño a lavarme la cara, a quitarme el rímel que tengo corrido por todo el rostro, a peinar mi melena alborotada y a darme una ducha caliente. Salgo de la ducha, busco ropa interior limpia y una camiseta para ponerme.

Pasan veinte minutos y suena el timbre. Voy a la puerta a abrir. Alex está en el descansillo esperando. Abro y lo dejo pasar. Pienso en Murphy y en su regla número uno. Hoy todo tiene que seguir saliendo mal. Maldito Murphy.

Capítulo 12

El mundo que ya no es

—Has desaparecido —empieza diciéndome Alex.

Venga, este chico está de broma. Ahora soy yo la que me he ido.

—Me parece que eres tú el que se ha marchado primero. Y además bien acompañado por lo que he visto.

—Eva no empieces...

—¿A qué has venido, Alex? ¿De qué quieres hablar?

—Si te parece que no tenemos de qué hablar después de lo que me has dicho delante de Leo.

—Leo no va a decir nada, tranquilo.

—¿Desde cuándo confías tanto en él?

—Desde que me demuestra que puedo hacerlo.

—¿Insinúas algo?

—No lo insinúo porque siempre te digo las cosas que pienso y siento, a la cara.

—Y ahora, ¿qué quieres decirme?

—No sabría por dónde empezar.

—Por el principio, siempre por el principio.

Quiero pensar que no tiene ganas de bromear. Ahora no, no es momento y yo estoy agotada, muy triste y enfadada.

—¿Te pregunto por qué o a dónde te has ido con Carla? El caso es que, si lo hago, tendré que oír una respuesta que seguramente prefiera no escuchar.

—No he ido a ningún sitio. —Respiro aliviada en cuanto lo dice—. Aunque he pensado

hacerlo—. El estómago se me contrae y el corazón me va a mil. Esto no pinta nada bien.

—Me confundes Eva y no sabía qué hacer.

—Explícate.

—No sé cómo acertar contigo. Siento que todo es poco para ti.

—Y tú te quedas tan tranquilo y no haces nada para averiguarlo.

—Es que no sé qué más hacer. No sé cómo hacer que estés contenta.

—Te lo he dicho tantas veces... Y ¿sigues preguntándome? ¿En serio?

Alex se encoge de hombros y se queda callado.

—Tengo la sensación de que en todo este tiempo que has estado conmigo, jamás me has demostrado que te importo, que quieres estar conmigo. Dudo cada día de si me quieres.

—Siempre me dices lo mismo.

—Ahí lo tienes. Tu respuesta. No puedo vivir así. No puedo pasarme la vida esperando algo que no quieres o no puedes darme.

—Yo solo quiero que seas feliz.

—¿Que sea feliz haciéndome tú feliz a mí? O ¿que me busque yo la forma de serlo? Esto no funciona así, Alex. Para hacer feliz a alguien hay que luchar por ello. Mirar a la persona que tienes al lado y buscar y pensar en la forma de lograrlo. Es bueno que me desees ser feliz, pero es mejor que quieras que lo sea contigo.

—Te estoy haciendo daño.

—Pues claro que me lo haces contestándome así. Y lo que es peor, no me atrevo a preguntar porque me da miedo oír lo que ya sé. Oírte decir que esto es lo que hay, que no puedes darme lo que yo necesito, que no puedes darme tiempo. Cuando estás conmigo siento que mendigo minutos o que te los robo y no debería ser así. Debería pensar que es un regalo para ti, un sueño que por lo menos puede ser real.

—Te doy todo el tiempo que tengo.

Cada vez que abre la boca, me pone más furiosa. Ahora solo tengo rabia. No va a decirme nada bueno. No quiere más. No va a luchar por mí.

—Prometiste que ibas a quererme siempre.

—Y lo haré. Ese es el problema. Dentro de dos días, de tres semanas o de cinco meses, seguiré mirando alrededor cada vez que salga a la calle por si te encuentro. Pensaré en ti antes de dormir buscando la manera de tenerte, aunque sea en mis sueños. Oiré una canción y recordaré cada sonido que he escuchado a tu lado. Cuando lea un libro o vea una película, sufriré por no poder compartirlo contigo. Y lloraré cada vez que imagine que no soy yo la que puede besarte cuando amanece, la que puede darte un abrazo cuando estás triste, ni la que puede mirarte a los ojos y hacerte sonreír.

Tengo un dolor en la garganta que me aprieta tanto que no puedo seguir. Si no paro empezaré a llorar.

—No soy idiota y lo sé. Sé que no puedes darme nada más. En realidad es porque no me quieres lo suficiente para dármelo. Si me quisieras tanto, apostarías por ello y harías lo que fuera. Pero has apostado por ella. Tendría que entenderlo, debería hacerlo. Es tu mujer. Es con ella con la que tienes un compromiso, con la que te casaste, con la que has formado una familia y con la que parece que eres feliz. No sé en qué estoy pensando yo para creer que alguna vez tuve una oportunidad. Me lo advertiste. Al principio del todo. Antes siquiera de que tuviéramos nuestra primera cita. Que nunca la ibas a dejar. Que no querías hacer daño a nadie. Fui una estúpida al pensar que lo controlaría, que no me iba a enamorar de ti.

Me doy cuenta de que tengo razón en todo lo que estoy diciendo y me voy hundiendo más en mi tristeza. Siento que voy a caer al abismo y lo que es peor, no sé cómo ni cuándo podré salir de él.

—No sé qué decirte.

—Sí lo sabes. Que no me quieres como yo a ti. Que no quieres o no puedes pensar en un nosotros. Yo he luchado por ello, cada día, cada momento contigo. He intentado buscar un futuro, verte a mi lado al despertar. Tú no.

—Me da la sensación de no haberte dado nada.

—Sí lo has hecho. He vuelto a mirar la luna y a disfrutar con los colores del otoño. Ahora busco la luz reflejada en el mar y las formas de las nubes. Has hecho que un beso, no solo sea un beso y que cada caricia haga vibrar mi piel. Me has hecho soñar.

Veo a Alex mirarme con esa expresión que tan bien conozco. Una mezcla de pena y

resignación.

—¿Qué quieres, Eva?

—Nuestro universo.

Alex me da un suave beso en los labios.

—Tengo que irme —me dice. Llega a la puerta, me mira y se va.

Decir que paso un mal fin de semana es una descripción demasiado banal. El diccionario aún no tiene el adjetivo para definir cómo me siento.

El sábado a mi profunda tristeza y vacío, se une la resaca y la fiebre. A las once de la mañana no sé qué más hacer en la cama para intentar dormir. Llevo horas tumbada y ni una dormida. Decido levantarme, tomar un ibuprofeno y una ducha. Quiero pensar que el agua se llevará algo de mi pena. Me equivoco y la ducha caliente solo consigue bajarme aún más la tensión y hacerme sentir peor. Me tiro en el sofá y miro el teléfono. Tengo varios mensajes y llamadas. Uno de Inés preguntándome por mi mano. No tengo ganas de contestar. Otro de Leo preocupándose también por mi salud física, aunque éste también me pregunta mi estado mental. A eso, aún tengo menos ganas de contestar. Veo una llamada perdida de David. Si no fuera porque están mis hijas con él, la ignoraría. Hago acopio de fuerzas y llamo para poder hablar con ellas. Consiguen sacarme una sonrisa contándome su noche de pizza y de paseo por la playa. Les deseo un buen fin de semana y me despido. No tengo ninguno de Alex.

Miro la pantalla y me decido a llamar a Paula. Necesito una amiga.

—¡Pero si estás viva! —me grita Paula al descolgar.

Cuando la oigo me pongo a llorar y no puedo decir nada.

—¿Eva, estás ahí? —yo sigo callada —¿Eva? Me estás preocupando.

—Estoy aquí —digo en voz muy baja para evitar que me oiga llorar.

—¿Qué te pasa, niña?

Me vuelvo a quedar callada.

—¿Eva? ¿Dónde estás? ¿Te ha pasado algo?

—En casa. Estoy bien.

—Se nota, sí. Dame una hora.

Y cuelga. Porque como me ha dicho, en una hora, el timbre de mi casa suena y Paula aparece ante la puerta de mi casa con una bolsa llena de pañuelos de papel, patatas fritas, una tableta de chocolate y dos cafés para llevar. Admiro su habilidad para sujetar tantas cosas en dos manos, al igual que admiro su disponibilidad para mí.

Me da un beso y un abrazo y deja todo apoyado en la mesa que tengo junto al sofá.

—Tengo todo el tiempo del mundo para ti, empieza a hablar. Y como se te ocurra decirme una sola vez que estás bien, cojo esa puerta y me voy. Así que no desperdicies la oportunidad.

«Todo el tiempo del mundo para mí. Ya no me acuerdo qué significa eso. Me cuesta hasta creerme que alguien pueda dármelo».

Siento como van cayendo las lágrimas por mis mejillas y empiezo a contarle a Paula toda mi noche de terror. Procuero no dejarme nada, incluso los detalles más tiernos con Leo y los más escabrosos con Alex. Cuando termino, Paula me abraza y me tiende uno de los cafés que me ha traído.

—De avellana —me dice sonriendo—. Pero hay que echarle un trozo de chocolate que a la petarda de la cafetería se lo he pedido y ha pasado de mí como de la peste.

Abre la tableta de chocolate, coge una onza, quita la tapa al café y lo echa dentro.

—Perfecto. Ahora ya tu pena, es menos pena.

Y vuelve a abrazarme.

Espero callada a que Paula me diga algo de todo lo que le he contado. Una opinión, un consejo, algo que me haga dejar de oír por un rato mi propia voz.

—Habla conmigo —le pido.

—Estoy tan triste por ti, que yo me voy a tomar el café como tú.

Veo como hace el mismo proceso con su café y sigo esperando a que hable.

—Eva, aunque te recuerde a algo lo que voy a decirte, tengo que hacerlo. Solo quiero verte feliz. El problema es que yo no soy Alex y no puedo hacerlo como podría hacerlo él.

—Ahora no soy feliz.

—Lo sé. Por eso estoy aquí, para ayudarte a que lo seas. Mi opinión no sirve de nada. No sé qué siente ese chico. Omito mi opinión sobre el que ya es tu amigo Leo. Si seguís así, acabareis el uno en brazos del otro.

—Paula...

—Eva... Venga, me dirás que no te has dado cuenta. No te hagas la inocente a estas alturas de la vida.

—No me lo voy a hacer.

—Pues eso, tú verás si quieres o no algo con él, pero ese no es el problema de hoy, ¿verdad?

Niego con la cabeza. Ojalá lo fuera.

—Sinceramente me tiene desconcertada su actitud. Yo no dudo que te quiera, seguramente lo haga. A su manera y en su medida. En todas las relaciones, uno da más que el otro y en esta te ha tocado a ti. El problema es cuánto más, pues parece que aquí el desequilibrio es enorme. Tú quieres mucho y él lo justo. Tú quieres tanto que serías capaz de dejarlo todo por él, ¿verdad?

Yo asiento con la cabeza. Doy un sorbo al café y una lágrima cae por mi mejilla derecha. Es tan duro oír de alguien lo que yo ya sé y he sabido desde hace meses.

—Él no va a dejar nada —sigue diciendo Paula.

—Lo sé. Eso es lo malo. Que no hay posibilidad.

—Si esperas que te diga te lo advertí o que el tiempo lo cura todo, deja de hacerlo. Me pone mala que la gente diga eso. Me dolería en el alma decirte algo que hoy no va a curarte el dolor. El tiempo hay que pasarlo y vivirlo. Y cada día que te levantes vas a tener que sufrirlo sin él. Pero por lo menos tienes algo maravilloso.

La miro alucinada. Ahora va a resultar que tengo un boleto de la lotería premiado escondido en algún sitio y yo no lo sé.

—Tú. Tú eres maravillosa. Eres fuerte, aunque ahora mismo creas que te vas a hundir y caer. Eres sabia y vas a saber cómo vivir. No le vas a olvidar y seguramente no le vas a dejar de querer. Pero vivirás y recuperarás la sonrisa. Esa tan bonita que gusta

a los hombres.

Yo empiezo a reírme.

—Y tienes un trabajo que te gusta y en el que eres buena. Además tienes en Nueva York, ni más ni menos, uno de los mayores retos de tu carrera y en el que vas a triunfar.

—Gracias.

—No, no. De gracias nada, solo he dicho en alto verdades como puños. Te repito, con esto no voy a decirte ni que va a ser fácil, ni que ya se pasará, ni nada por el estilo. Pero por lo menos, que sepas que puedes seguir y que yo estoy aquí para ayudarte. Para escuchar, para hablar y para todo lo que necesites.

Doy un abrazo a Paula y me pongo a llorar tan fuerte que creo que no voy a poder parar nunca. Llevo tantas horas callada, conteniendo las lágrimas que parece que ahora todas quieren salir de golpe.

Cuando mis ojos ya no tienen más para sacar, me tumbo en el sofá junto a mi amiga y me quedo dormida.

Paula me despierta a las dos y media. Ha pedido una pizza para comer. A mí me da asco solo el olor.

—Tienes que comer algo. Ya sea solo, por recuperarte de los excesos de la resaca. Y después de comer, vas a contestar a esos mensajes que tienes. Al de tu compañera Inés, que por lo menos sepa que no se te ha caído la mano, y a Leo. El chico se ha portado muy bien contigo. Demasiado bien si no supiéramos que lo hace porque está colado por ti. Se merece que le digas algo.

La pizza al final, me entra mejor de lo que esperaba. Seguramente mi estómago necesitaba algo sólido para revivir, aunque fuera este tipo de comida. Y después de comer, mientras ella va a recoger el coche que ayer dejé al lado del restaurante, yo haciendo caso a Paula, contesto a los mensajes del móvil.

Primero envió uno a Inés:

«Mi mano bien. Mi salud peor. Estoy en casa con fiebre. Ya veré si estoy bien para ir a trabajar. Espero que ayer lo pasaras muy bien. Hablamos el lunes».

Seguido envió otro a Leo.

«Si te digo que estoy bien te miento. Resaca, fiebre y bajón. Gracias por estar ahí y ayudarme. Pareces mi ángel de la guarda ».

Casi sin acabar de escribirle recibo una respuesta.

« No fui yo. Fueron las tiritas mágicas las que te ayudaron. Aunque viendo el estado en el que estás, puede que las princesas deban dejar los cuentos de hadas y dedicarse a otra cosa ».

Me río con su comentario tan ingenioso y Paula me mira curiosa. Le enseño el mensaje y ella me guiña un ojo.

—Al final la gente nos sorprende cuando menos lo esperamos.

Pasamos la tarde en el sofá viendo películas. Paula hace varios intentos por sacarme de casa pero no lo logra. Mi mente no me sigue, pero mi cuerpo tampoco. A media tarde vuelvo a tener fiebre y el dolor de cabeza no se me ha ido en todo el día.

—Mi familia me reclama —me dice a las nueve.

—Claro, demasiado has estado aquí.

—Nunca es demasiado. Llámame cuando lo necesites. Intenta descansar y tómate algo para la fiebre. Mañana hablamos.

Me da un fuerte abrazo.

—No sabes lo que agradezco que hayas venido.

—Sí lo sé, porque tú otras veces has hecho lo mismo y sé lo que es sentirse acompañada cuando una está mal.

Y lo dice de verdad. Si algo hemos hecho en la vida Paula y yo es ser una hermana para la otra. Cuando la dejó su primer novio, allí que fui yo a su casa y estuvimos pensando cien formas distintas de vengarnos por haberle roto el corazón a mi amiga.

El domingo es aún peor que el sábado porque ya no solo es que no se me ha quitado la pena, sino que además me sube más la fiebre, tengo tos de perro y paso todo el día sola. ¿Dejaré alguna vez de odiar los domingos?

Por la mañana llamo a David, tengo que ver qué hacer con las niñas. No estoy para atenderlas y no quiero contagiarles nada. Tengo la suerte de que sus padres se ofrecen a quedarse con ellas en la casa de la playa. Esta tarde vienen, preparan las maletas y

mañana se las llevan los abuelos de vacaciones. Perfecto.

La noche del domingo es un horror. Escalofríos, tiritonas, dolor de cabeza, de espalda, de garganta. Decido que en cuanto me levante me voy al médico, no puedo ir a trabajar en este estado.

Miro la baja que me ha dado mi médico de cabecera como si me acabara de dar una foto de un cuadro que no entiendo.

—Reposo y mucho líquido. Cuando se te quite la fiebre vuelves y te doy el alta. Hasta entonces, en casa.

No sé si ponerme a saltar de alegría porque voy a evitar ver a Alex o ponerme a llorar. Me va a matar estar sola. Demasiado tiempo para pensar.

Siento que la casa se me cae encima. No sé cómo distraerme. Cojo el libro que estoy leyendo, pero lo dejo a los quince minutos, no me concentro. Pongo música, pero cada canción que oigo me recuerda a él, acabo por apagarla. Enciendo la tele y pongo una de las series que sigo, pero no me entero de nada porque no le hago ni caso. Trabajar, necesito trabajar. Busco la lista de empresas de cáterin que me dio Leo y consigo por lo menos estar entretenida durante dos horas, pero a media tarde mi cuerpo no me da tregua. Me duelen todos los músculos y vuelvo a tener fiebre. Me voy a la cama a esperar que la noche pase y mañana sea otro día. Otro día de mierda.

Hasta el viernes no consigo volver al médico para que me dé el alta. La he pillado fuerte. Maldigo el viernes, la cena, las copas, la lluvia y a Alex. El orden en el que lo hago va variando de día en día y de hora en hora, pero por lo general Alex ocupa el primer lugar. El lunes puedo volver al trabajo y ahora no me queda otra que sufrir otro fin de semana sola.

Ha pasado toda la semana y Alex no me ha llamado ni me ha mandado ningún mensaje. Yo tampoco a él, pero creo que después de irse de mi casa casi sin mirarme, debería ser él, el que dé alguna señal de interés. Aunque eso en realidad son formas de auto convencerme para no coger el móvil y hacerlo yo. Tentada he estado cada minuto de cada día, pero cuando me iba a poner a escribir me quedaba paralizada sin saber qué decirle. ¿Hola, qué tal estás? ¿Y si me dice que está bien? Me hundiría todavía más. Pensar que puede vivir tranquilamente sin mí, me mata, y más encontrándome yo como estoy. Para el arrastre. ¿Qué le voy a decir? ¿Que le echo de menos? Eso es casi hasta mentira. Decir que le echo de menos se queda ¡tan corto! ¿Que lo necesito,

que no quiero estar sin él? ¿Que le quiero? Si ya lo sabe. Lo sabe y no ha hecho nada. Ni lo va a hacer. A quién pretendo engañar. No vivo en una película ni en un libro. Para mí, no existe el cuento de hadas.

Capítulo 13

La oportunidad

Nueva York, 22 de julio.

Los tacones me están matando y llevo la falda roja arrugada. No estoy muy presentable para la reunión, pero, con este calor poco más puedo hacer. La blusa color crudo, se pega a mi cuerpo como si fuera una segunda piel. Me cuesta respirar. Miro el reloj. Las 17:50. Voy a llegar tarde y no puedo correr más. Tenía que haber cogido un taxi, aunque sea solo para recorrer una manzana, por lo menos me hubiera evitado la sudada. Intento pensar en la presentación. Me va a salir bien, tiene que salirme bien. No he invertido todas mis energías, fuerzas, tiempo y pensamientos en esto para que me salga mal. He intentado aparcar a Alex de mi cabeza durante este tiempo para algo, además de para dejar de llorar cada noche. Les va a gustar, no, mejor dicho, les va a encantar.

Llego a la puerta del edificio. Está todo como lo recordaba. La luz, el cristal, los colores, el agua. Respiro hondo.

Entro en el ascensor y doy al botón. Sube rápido, tanto, que casi no me da tiempo a mirarme en el espejo y a arreglarme la ropa. Ni siquiera he podido despegarme un poco la blusa. Ya es tarde para arrepentirme del modelito de hoy.

El ascensor se abre y voy directa a la sala de reuniones. Rezo para que no hayan empezado.

Abro la puerta de cristal templado y ahí están, todos rodeando una mesa también de cristal, esperándome a mí.

Mark está en la cabecera, impecable con un traje gris, una camisa blanca y una corbata gris oscura. A cada lado están sus dos socios y tres personas del estudio de arquitectura. Cerrando la mesa está Leo, con un traje azul oscuro y una camisa azul clara. Me mira fijamente cuando entro y yo intentando evitarlo, voy directa a saludar a Mark.

—Me alegro de verte, Eva. Estoy ansioso por ver lo que has preparado.

—Estoy encantada de volver a estar aquí. Espero que os guste.

Me dirijo al otro extremo de la mesa, enciendo mi Ipad y envío la presentación a una enorme pantalla de televisión que hay en la sala. Primero aparece un video con una simulación de los exteriores. De la zona por la que entrarán los invitados a la fiesta acompañados de música y luces y lo que irán encontrándose según accedan al edificio.

El video sigue con un *tour* de 360 grados por el *hall* y las salas que decoraremos para la inauguración. Termina la presentación con fotos de lo que será el menu del cáterin.

El video termina y todo está en silencio. Nadie dice nada. Dirijo mi vista hacia Leo porque es la única persona a la que me atrevo a mirar. Me sonrío y yo respiro un poco. Pero todo el mundo sigue callado. Esto no es buena señal.

Tengo mucho calor. No quiero ni pensar lo que tienen que estar viendo todos a través de mi blusa.

—Fantástico, Eva. Estoy deseando que llegue el día de la inauguración —me dice Mark.

Creo que me acaban de quitar los veinte kilos de piedras que sentía encima.

—Ponte con ello cuanto antes. Cualquier cosa que necesites, por favor, pídelo. Estaremos encantados de ayudarte.

—Gracias —le digo ya más tranquila.

Respiro por fin aliviada.

Mark se levanta de la mesa y le sigue el resto de gente. Se da por finalizada la reunión. Yo me pongo a recoger mis cosas, tengo que salir cuanto antes o moriré aquí asfixiada.

—Has hecho un trabajo increíble —se acerca a decirme Leo.

—Tú has tenido mucho que ver.

—No. Yo te ayudé a buscar contactos, pero las ideas son tuyas y el diseño también. Esta vez, el mérito, tengo que reconocerlo, es todo tuyo.

Sonríó orgullosa por lo que me dice. Es todo un cumplido viniendo de Leo que me diga esas cosas.

—Si la fiesta sale por lo menos igual que como la has presentado va a ser un éxito, y si sale mejor, vas a causar sensación en esta ciudad.

—Demasiadas expectativas, ¿no crees?

—Las acabas de crear tú. A Mark le ha encantado. Y a mí también.

—Gracias —contesto algo cohibida por su comentario.

—Luego vamos a celebrarlo. Pero te prohíbo tocar el tequila y las copas. Ya veré si para ti, las pido de plástico.

Me río con él y salimos de la sala.

Cuando llego al hotel cojo el teléfono y llamo a Paula para contarle cómo ha ido la reunión. Después conecto Skype y paso casi media hora de videollamada con mis hijas contándonos lo que hemos hecho en el día. Yo a ellas mi viaje y la reunión, ellas a mí, sus aventuras en la playa.

A las ocho, suena la puerta de mi habitación.

Abro la puerta y aparece Leo con unos vaqueros, una camisa azul que hace juego con sus ojos y con una botella de vino en la mano.

—No es tequila. Es mejor. Blanco, suave, afrutado. Te va a encantar.

Lo miro extrañada. No sé qué hacer.

—Pensaba que cuando me has propuesto celebrarlo, sería fuera de aquí —digo señalando mi habitación.

A Leo le cambia la cara y empieza a dar media vuelta.

—Espera. Voy a ver si hay algo en este sitio que nos sirva de copa.

Le hago un gesto para que entre y su sonrisa ilumina toda su cara. Tiene los ojos azules muy oscuros, está perfectamente afeitado y peinado. Parece que se acabara de dar una ducha y de llevar doce horas durmiendo.

Yo en cambio debo de tener aspecto de haber estado toda la noche de fiesta. Aún siento la blusa pegada a mi piel por el calor, la falda la tengo arrugada y desisto de

mirar mi pelo y mi cara en el espejo. Tengo que parecer un espanto. Miro mis pies, estoy descalza. Al lado de Leo parezco muy pequeña.

—Creo que debería arréglame un poco —comento mientras busco junto al mini bar unos vasos o unas copas.

—¿Para qué?

—Para estar presentable.

—Estás perfecta.

Le sonrío tímidamente por el piropo mientras veo como mira la blusa pegada a mí.

—Gracias, pero voy a cambiarme. Sigue tú buscando algo donde servir el vino.

Paso a la zona del dormitorio y abro la maleta. Ni siquiera me ha dado tiempo a deshacerla desde que llegué. Busco algo que no me haga pasar calor, ya he sudado demasiado por hoy. Encuentro un vestido vaporoso de color coral. A este no se le notan las arrugas, bien. Oigo a Leo decir algo, pero creo que no es a mí y que está hablando por teléfono.

Entro al baño con el vestido en la mano. Me lavo, me doy algo de maquillaje y pongo como puedo en orden mi melena. Me miro al espejo, se me ven los ojos más oscuros de lo normal y los labios demasiado rojos. Parece que me los he pintado.

Así me quedo, no voy a arreglarme más. Me pongo el vestido y maldigo mi idea de elegirlo, tiene cinco botones en la espalda. Pienso en cambiar de modelo pero no es cuestión de pasarme quince minutos decidiendo qué ponerme. Ya me lo abrochará Leo, no creo que sea mucho esfuerzo para él.

Cuando salgo a la salita, lo encuentro con dos copas en la mano y lo oigo despedirse de quien estaba al otro lado del teléfono.

Me mira y levanta las copas de manera triunfal.

—Ya tenemos con que brindar. Y lo vamos a hacer, por tu presentación y por una cosa más que quiero añadir.

Me deja intrigada.

—Antes del brindis y a riesgo de hacer el ridículo mientras juntamos las copas, ¿te importaría atarme el vestido?

Lo veo sonreír y yo me giro para mostrarle los botones.

—¿Sueles ponerte ropa que luego tú sola no puedes abrocharte?

Vaya, ha vuelto el Leo mordaz. Deja las copas apoyadas en la mesa y me indica que me dé la vuelta para ayudarme.

—Hice la maleta demasiado rápido.

—No lo he dicho como crítica. En realidad, es para mí un placer.

Me quedo quieta de espaldas a él esperando a que empiece con los botones.

Comienza con el botón de más abajo, el que tengo a media espalda. Lo noto sujetar la tela con una mano y con la otra el botón. Uno.

Pasa al siguiente y lo oigo suspirar mientras vuelve a agarrar el ojal y el otro botón. Dos.

En el tercer botón, su dedo derecho roza mi piel al ir a agarrar el vestido. Me da un escalofrío. Tres.

Coge otro botón y me lanza un soplido suave en la oreja.

—Ya casi está —me susurra.

Cuatro.

Se queda parado y yo doy media vuelta.

—Falta uno —le recuerdo.

Asiente con la cabeza y me hace un gesto con los dedos para que vuelva a girarme.

Lo oigo respirar profundamente, sujeta la tela, el botón, se para otra vez, vuelve a respirar y lo ata.

Cinco.

—Ya podemos brindar —me dice.

Coge las copas y el vino, lo veo servirlo y llega hasta mí el frío y el aroma del líquido amarillo que cae suave por la copa.

Me la da y toca mis dedos. Me mira serio, directo, profundo. Sus ojos claros ahora

son oscuros, demasiado.

—Por lo bien que lo has hecho—me dice levantando la copa.

Choco la mía con la suya y doy un trago al vino. Delicioso.

—Y por...

Llaman a la puerta. Miro a Leo y se encoge de hombros.

Voy a la entrada y abro. Aparece Mark con uno de sus socios y dos chicas. Me quedo paralizada. ¿Qué narices hacen estos aquí? Mi cara de sorpresa debe decir de todo porque enseguida Mark me explica su visita.

—No pensarás que te ibas a quedar aquí esta noche, ¿no?

Sigo sin entender nada y lo miro alucinada. Parece que se han puesto todos de acuerdo. Qué ganas tienen de no dejarme descansar.

—Vamos a celebrar el éxito de hoy y de la que va a ser la fiesta del año en esta ciudad.

—Eso es tener demasiadas expectativas, Mark. Espero no defraudarte.

—Y no lo harás. Venga, que nos vamos a cenar.

Abro más la puerta para que vean que no estoy sola.

—Leo, tú también te vienes —le dice Mark sin sorprenderse de verlo dentro.

Leo saca una media sonrisa.

Antes de salir, Mark nos presenta a sus acompañantes. Su mujer Olga, morena, alta y de ojos verdes que parece que la haya sacado de un catálogo de modelos. Su socio Frederik viene con su novia Shelly, otra chica de anuncio. Rubia, de ojos marrones oscuros, delgada y vestida como si fuera a la gala del MET. Dios, me siento tan insignificante al lado de semejante grupo que me dan ganas de fingir una enfermedad contagiosa y quedarme en el hotel.

—Vamos que ya tengo la reserva hecha y no me gusta llegar tarde.

Miro a Leo y veo como sin quitarme la vista de encima deja las copas encima de la mesa.

—Esperamos abajo —nos dice Mark.

Cierro la puerta y me quedo parada delante de Leo. Lo veo encogerse de hombros como si él tampoco entendiera nada.

—No ha sido cosa mía —me dice queriendo justificarse.

—Ya lo imagino. Voy a por el bolso —me miro los pies —y a ponerme unos zapatos. Se nos ha quedado un brindis a medias.

—Habrá que retomarlo cuando se pueda.

—Habrá que hacerlo.

Nos miramos los dos, pero ninguno dice nada. Ninguno hace nada. El ambiente está tan cargado que yo empiezo a sudar. Calor, tengo demasiado calor. Otra vez.

Leo empieza a moverse. Da un paso hacia mí. Su cuerpo está muy cerca del mío. Da otro paso. Puedo sentir su respiración casi en mi boca. Es agitada. Como la mía.

Miro la puerta para ayudarme a huir de aquí y en cambio no consigo moverme. Él sigue quieto y callado, yo no sé qué hacer.

Mi teléfono pita dentro de mi bolso. Respiro y veo como Leo avanza ya a la puerta para salir. Por el pasillo me agarro al móvil como si fuera un escondite. Leo el mensaje que me ha mandado Paula y me paro delante del ascensor. Ninguno dice nada cuando nos detenemos los dos delante de la puerta hasta que se abra para entrar. Rezo para que haya alguien dentro.

Suena el timbre del ascensor. Está vacío. El mundo al revés. Entramos dentro y Leo me mira.

—¿No querías salir?

Interesante pregunta. Ni yo misma lo sé.

—Estoy cansada —contesto de manera evasiva.

—Quédate y vete a descansar.

—No, sería hacerle un feo a Mark. Me quedaré por lo menos a la cena.

De pronto Leo hace un movimiento y veo como estira su mano hacia mi cara. Me toca la mejilla con un dedo y yo empiezo a temblar.

—Una pestaña —me dice enseñándomela —pide un deseo.

Yo cierro los ojos y mientras pienso en qué pedir, los labios de Leo me rozan la mejilla.

Abro los ojos y lo miro. Nuestros ojos se encuentran, se buscan. Vuelve a sonar el timbre del ascensor. Se abre la puerta y ante nosotros aparece el vestíbulo del hotel y el grupo que nos está esperando.

Salgo como si alguien me hubiera colocado sobre una nube y hubiera empezado a soplar para que me moviera. Mis piernas parecen de gelatina, tengo las manos frías y el corazón me late rápido, demasiado rápido. Hacía tiempo que no lo hacía así.

Mark nos lleva a todos en una limusina a un restaurante no muy lejos de nuestro hotel.

Nos sientan en un reservado y enseguida llenan nuestras copas con vino tinto y champán francés. La comida está deliciosa y la compañía resulta ser divertida. Mark y su socio se llevan muy bien y lo transmiten a todo el grupo. Durante la cena hablamos de algunas ideas que tienen ellos para la inauguración y sus parejas me ponen al día de los invitados que asistirán al evento. Quieren a lo más importante de la sociedad neoyorquina. Ellas están emocionadas y planifican conmigo un día de la semana que viene para organizar la lista de invitados, las invitaciones, comer y hasta para ir de compras. Consiguen que me olvide de mi cansancio contándome cotilleos de gente de la ciudad y sobre todo, de los que vendrán a la inauguración. Así que cuando proponen ir al club al que Mark nos llevó la primera vez que estuve aquí, yo no lo dudo y me apunto a ir a bailar.

El sitio está lleno de gente y en esta ocasión las mesas están vacías, todo el mundo está alrededor de las mesas altas y en la pista de baile. Oigo la música, alta, alegre y siento que necesito moverme, descargar la tensión y el cansancio del día. Las chicas del grupo me siguen mientras ellos van a la barra a por unas cervezas para todos. Cuando vuelven, Leo se acerca a hablar conmigo.

—Parece que al final, sí que te apetecía salir.

—Pues no te creas, pero me he animado.

—Eres otra cuando sonrías, lo sabes, ¿verdad?

—Todo el mundo mejora con una sonrisa en la cara.

—Tú desprendes luz —me susurra.

Sonrío. No puedo hacer otra cosa con uno de los comentarios más bonitos que me han hecho desde hace mucho tiempo.

Miro alrededor. Veo un grupo de chicas que hay cerca nuestro. De pronto recuerdo a aquella morena y guapa con la que Leo estuvo hablando el día que estuvimos aquí. Es ella. Menuda casualidad. En ese momento la chica se gira y nos ve. Mira a Leo. Yo miro a Leo, pero él no la está mirando a ella, me mira a mí.

La chica se mueve y viene hacia nosotros.

—Creo que alguien se quedó con las ganas la última vez —le digo a Leo.

Me mira extrañado.

—La chica, con la que hablaste cuando vinimos aquí. Viene a por ti.

—¿Cómo?

Pero antes de que le pueda responder, ella se pega a Leo y como lo hizo la primera vez, le dice algo al oído.

Yo me aparto de ellos y me acerco a hablar con la mujer de Mark. Veo a la chica reírse. Creo que yo no me he reído nunca con Leo. ¿O sí? Ni me acuerdo. La chica está de suerte. La camisa azul de Leo le hace brillar los ojos de una forma especial y los vaqueros, ¡caray le sientan de maravilla! El hombre tiene un cuerpo que quita el sentido.

Veo como ella le pone la mano en el hombro y que tiene pegada su boca al oído de él, a saber qué le estará diciendo.

Tengo que dejar de mirar, no es asunto mío. Pero no puedo evitarlo, la escena es como un imán para mí. Ella hace un gesto invitándolo a bailar pero Leo niega con la cabeza. Vaya, va a resultar que el chico no es nada fácil.

—No lo va a conseguir —me dice Olga en voz baja.

—¿Qué?

—La chica —me dice haciendo un gesto con la cabeza señalándola —no va a meterse a Leo en la cama.

Me echo a reír a carcajadas. Me encanta el descarado de esta mujer.

—Yo no estaría tan segura.

—Pues deberías. No, estando tú aquí.

La miro con asombro.

—Eva, no me digas que no te has dado cuenta.

—No creo...

—Sí. Sí crees —me dice interrumpiéndome —y lo sabes. Si haces tú lo mismo que esa chica, tú sí lo conseguirías. Pero no sé por qué razón no se lo estás poniendo nada fácil.

Yo sí lo sé pero no puedo decirle nada a Olga. Tampoco sabría qué contarle. No después de casi dos meses de... nada.

Y realmente Olga acierta porque la chica se va por el mismo sitio por el que ha venido. Mi demonio interior está regodeándose y sacudo la cabeza intentando negarme la alegría que me ha provocado su fracaso. Pero por más que lo intento, no me da pena ninguna.

Leo vuelve a nosotros.

—Baila conmigo —me dice.

—¿La chica no sabía bailar?

—No lo sé. Sí sé, que tú lo haces muy bien y quiero bailar contigo.

Le doy la mano y bailo con él. Huele muy bien y se mueve mejor. Sonríe y casi al final de la canción me pega demasiado a su pecho y le veo como mira mis labios.

Sus ojos azules están oscuros y me recorre un escalofrío. He visto antes esa mirada. Pero no a él. El corazón se me dispara. Leo sigue mirándome, esperando a que un gesto, una palabra o mis ojos le digan que puede hacerlo. Que quiero que me bese. Pero en un segundo, en un nano segundo todo cambia. La música, el poder de una canción. De repente empieza a sonar la canción que Alex ponía solo para mí cuando estábamos juntos en el coche. Y en ese instante, empiezo a notar como caigo. Me cambia el gesto, la cara, empiezo a sudar, suelto las manos de Leo, lo miro intentando disculparme y salgo corriendo buscando el baño.

Entro y hay uno libre. Cierro de un portazo y lloro tan fuerte que oigo como alguien

llama con los nudillos. Que le den, necesito desahogarme. Y sigo llorando, a mares, hasta que me duele la cabeza y empiezo a hipar. Cojo el móvil, tengo que llamar, ya sé que no son horas, pero o hablo o reviento.

Salta el contestador. Dejo un mensaje.

«Hola, soy yo. Menos mal que tu teléfono está apagado, no creo que te haga gracia que te llame a estas horas, pero necesitaba hablar. Pensaba que aquí todo sería mejor, tan lejos, con el océano en medio. Como si el mar pudiera absorber penas y dudas y todo se fuera al fondo según lo cruzara. Hasta he llegado a creer que estaba empezando a pasar página. Casi me beso con Leo, sí, con Leo. No pongas esa cara que te conozco. Pero ha sido imposible. Las casualidades que tiene la vida. Ha empezado a sonar la canción del coche y me he derrumbado. Lo echo de menos, Paula. Me duele el pecho de tanto echarle de menos. No me mates. Sé que no lo merece, lo sé de verdad. No ha hecho nada para merecerlo. Desde el día que salió por la puerta de mi casa no ha dado señales de vida. Y sí, tengo que superarlo. Pero cuánto duele... Ya hablaremos. A ti también te echo de menos. Un beso».

Cuando cuelgo, noto que estoy más tranquila y entonces es cuando empiezo a preocuparme del estado tan lamentable que debo mostrar. Me miro al espejo del lavabo y veo a una chica que me mira. Busca algo en el bolso y lo saca. Un neceser. Me dice algo en inglés, pero mi cabeza no reacciona al idioma. Lo abre y empieza a sacar maquillaje, rímel, barra de labios y pañuelos de papel. Doy gracias al cielo porque en el mundo haya gente así. La sonrío y ella me tiende todo en su mano. Le doy las gracias y empiezo a retocarme la cara lo mejor que puedo. Cuando acabo me doy cuenta de que aún se notan mis ojos hinchados y mis mejillas coloradas por el disgusto, pero sin duda, tengo mejor aspecto.

Al volver al grupo no veo a Leo. Miro a Olga.

—Se ha ido —me dice.

—¿Por qué?

Ella se encoge de hombros. Decido irme yo también. Suficiente por hoy.

Me despido del grupo y llamo a un taxi. Por el camino me debato entre llamar a Leo o no hacerlo, ir a su habitación a hablar con él o no. Pero a todo lo que me pregunto la respuesta es la misma. ¿Para decirle, qué? Y como no llego a encontrar una respuesta, acabo en mi cama una hora después, cansada y desvelada.

Abro los ojos. Las siete y media y no puedo dormir más. El *jet lag*, la noche, el vino. Me levanto, me ducho y decido bajar a la cafetería del hotel a desayunar. Está llena de gente. En un rincón sentado en una mesa veo a Leo con un café. El corazón me empieza a latir muy rápido. Tengo que ir y hablar con él. Aún me queda más de un mes en la ciudad y tengo que estar y trabajar con él, no puedo evitarle y él no puede evitarme a mí.

Me acerco con el café y me quedo parada frente a él.

—Buenos días —le digo —¿puedo sentarme contigo?

—Desde luego —me señala la silla de enfrente suyo para que me siente.

—Ayer —empiezo diciendo.

—Ayer, nada. No pasó nada —me corta mi explicación.

—Sí, sí que pasó. ¿No quieres hablar conmigo?

—Eva, no pasó nada. No tenemos nada de qué hablar.

—Te marchaste del club.

—Y tú escapaste de mis brazos como si te hubiera hecho daño.

—No fue culpa tuya. No fue por nada que tú hicieras.

—No pretendía molestarte sacándote a bailar.

—No lo hiciste. Además, bailas muy bien. Me gusta bailar contigo.

—Al final vas a conseguir que hablemos.

Sonrío.

—Tienes una sonrisa preciosa.

Y vuelvo a sonreír. Este chico hace que me olvide de mis problemas. ¿Cómo lo hará?

—¿Qué vas a hacer hoy? ¿Tienes algo de trabajo en la agenda? —me pregunta.

—No. Todo lo que tengo es a partir del lunes. Podré dedicar el fin de semana a conocer bien esta ciudad.

—Y si me dejas, yo puedo hacerlo contigo.

—Me encantará.

Quedamos una hora después en el *hall* del hotel. Nos vamos de turismo.

—He llamado a Mark y me ha dado varias ideas que podemos hacer. Espero que te guste el plan.

—Cúntame lo qué tienes pensado.

—Es una sorpresa. No quiero decírtelo.

—Me gustan las sorpresas. Solo te pido una cosa. Hace mucho calor y no quiero morir asfixiada por la ciudad.

—Y yo no quiero que te mueras. Vámonos.

Al salir a la calle, Leo para un taxi y nos lleva hasta la zona de Wall Street. Nos acercamos a uno de los muelles.

—¿Te gusta volar? —me pregunta.

—Soy más de tierra.

—Espero que esto no te de miedo.

Y al cabo de un rato me encuentro poniéndome unos cascos y un cinturón de seguridad dentro de un helicóptero.

—Nueva York desde el cielo —me dice.

Cuando el helicóptero empieza a subir siento cómo se me encoge el estómago y el corazón me palpita a cien por hora.

—Tranquila —me calma Leo cogiéndome la mano—, te va a gustar.

Y realmente es así. El paseo por el aire es increíble. Estamos media hora viendo la ciudad, los edificios, el río, las calles y los parques. Es precioso.

Después de volar vamos al puente de Brooklyn para llegar dando un paseo hasta el jardín botánico. Es de estilo japonés y resulta ser, un remanso de paz y frescor entre el lago y las flores.

Paseamos un buen rato por allí y se nos hace la hora de comer.

Leo me lleva a The River Cafe, un restaurante junto al río con unas vistas

espectaculares de Manhattan. Nos dan una mesa junto a la ventana.

—El sitio es precioso, Leo. Esto por la noche tiene que ser impresionante.

—Seguro. Pero por la noche estaremos en la otra punta de la ciudad, así que nos ha tocado venir de día.

—Da igual, merece mucho la pena.

Durante la comida hablamos de Nueva York, del verano y de trabajo.

—¿Se te hace muy duro estar lejos de tu familia? —me pregunta.

—Echo mucho de menos a mis hijas. Sobre todo ahora en verano. Me gusta ir con ellas a la playa.

—¿Están con tu marido?

—Con el que ya no es mi marido, dices, sí, están con él.

Leo hace un gesto de extrañeza con la cara.

—Nos separamos y parece que no tiene solución.

—Lo siento.

—No pasa nada. No nos hacíamos felices. Y yo cuando abro la puerta de mi casa, quiero ser feliz.

—Desde luego. ¿Cómo lo llevan tus hijas?

—Poco a poco. No es fácil. Aunque en realidad, para ellas lo importante es que a pesar de que nosotros no estemos juntos, sientan que las seguimos queriendo igual y que no están solas.

Leo asiente con la cabeza. Él ya pasó por eso e imagino que sabe lo que estoy viviendo y entiende lo que le digo.

—Tardaremos en conseguirlo. Aún son pequeñas. Pero sé, que con amor, de una forma u otra, todo se consigue.

Mientras hablo mi cabeza vuelve a Alex, como cada minuto de mi vida. Con amor todo se logra. Sí, si se quiere.

Después de la comida volvemos a Manhattan, directos a Central Park.

—¿Otro paseo por el parque? ¿Tengo que descalzarme? —le pregunto guiñándole un ojo.

—Ojalá fuera Robert Redford, aunque demos un paseo, esa no es la idea principal de la tarde.

—Dime que no vamos a patinar. No quiero coger la baja ahora.

—Tranquila, yo también aprecio mis piernas.

Me echo a reír. Me gusta el lado ingenioso de Leo.

—Ya sé que hace mucho calor, pero teníamos que venir pronto. ¿Te apetece un helado? —me dice.

No entiendo muy bien su justificación.

—Me parece muy buena idea.

Al entrar en Central Park, encontramos un puesto de *Frozen Yogurth*. Yo pido uno de fresa y Leo de chocolate.

—Como te he prometido que iba a intentar que no te derritas, vamos a buscar un árbol mientras esperamos.

—¿A qué tenemos que esperar?

Su cara se ilumina con esa sonrisa tan bonita que tiene y que le cuesta enseñar.

—¿Te gusta Adele?

—¿La cantante?

—Sí, claro.

—Mucho.

—Pues tenemos que coger sitio. Así que nos toca esperar un buen rato para verla.

Yo abro mucho los ojos.

—El *summer stage*.

Yo sigo alucinada y sin entender de qué habla.

—En verano, aquí en Central Park y en otras zonas de la ciudad hay conciertos

gratuitos. Algunos como el de hoy, son de artistas muy reconocidos. Este año se celebra una edición especial y hay conciertos de primer nivel.

—¡Menuda suerte! Qué plan tan genial.

—Me alegro de que guste. Vamos a buscar un sitio y a esperar. Todavía falta hora y media para que empiece.

Encontramos un hueco entre la multitud después de haber pasado por el control de seguridad y nos sentamos en la hierba. No hay ningún árbol, así que nos aprovisionamos de agua y una gorra cada uno.

—Hasta con una gorra de publicidad estás guapa —me dice Leo.

—Gracias, pero permíteme que lo dude. Y más con los pelos que debo tener. Entre el calor y la humedad que hay aquí...

Me aparta un mechón de la cara y se acerca tanto a mí que mi corazón empieza a latir tan rápido que tengo miedo de que lo oiga.

Me mira a los ojos, tiene las pupilas dilatadas y de un azul tan intenso como el mar en zona de aguas profundas. Me va a hacer caer.

El móvil emite un pitido en mi bolso. Yo doy un respingo y por primera vez en mucho tiempo, maldigo la interrupción.

Leo no me quita ojo y el móvil vuelve a pitar.

—Alguien insiste con tanto mensaje —me dice serio —Cógelo.

Pongo cara de fastidio y saco el teléfono del bolso, decidida a apagarlo. Si alguien quisiera algo importante llamaría por teléfono.

Miro por si acaso la pantalla. No me lo puedo creer. Son mensajes de Alex.

Capítulo 14

Los preparativos

« Te echo mucho de menos. Yo también quiero nuestro universo ».

« Pero no puedo ».

Me duele la garganta, tengo el corazón disparado y me pican los ojos.

—¿Es importante? —me pregunta Leo.

¿Importante? Es mi vida.

—No, una tontería —contesto intentando contener las lágrimas.

—Tu cara dice todo lo contrario.

—No tiene importancia, te lo aseguro.

En ese momento sale Adele al escenario. Todo el mundo se pone de pie y empieza a aplaudir y a gritar. Intento unirme a la euforia, pero tengo el corazón hecho añicos. Mi cabeza solo hace una cosa, pensar en Alex y en si contestar o no a sus mensajes. Decido escribirle cuando llegue al hotel.

Disfruto lo que puedo del concierto, pero mi mente ya no está en Nueva York sino a miles de kilómetros de aquí. Y cuando en una canción Leo me agarra de la cintura y me mueve para bailar con él yo lo hago sin ganas y casi sin seguir su movimiento. Hasta creo que se da cuenta pues acaba por soltarme antes de que finalice la canción.

Al terminar el concierto salimos con toda la multitud del parque y Leo me dice si quiero ir dando un paseo o en taxi. Prefiero lo último, sé que no voy a disfrutar como se merece de ir andando hasta el hotel.

En el taxi yo no digo nada y Leo tampoco. Cuando llegamos y entramos en el ascensor al final él habla conmigo.

—Lo he pasado muy bien —me dice.

—Yo también.

—Mentirosa.

Niego con la cabeza.

—Es verdad. Ha sido un día fantástico y unos planes increíbles. Me ha gustado mucho. Gracias.

Leo sonrío. Se abren las puertas y vamos hasta nuestras habitaciones. Me pongo frente a mi puerta, busco la llave y casi sin mirarle meto la tarjeta.

Siento su mano en la cintura y en un segundo me gira, me pone frente a él y me da un beso suave, lento y cálido en los labios.

Me dejo llevar por su dulzura y cuando se separa de mí veo como sus ojos azules siguen mirándome los labios cómo si quisiera devorarme.

—Ven conmigo —me dice.

Estoy a punto de decirle que sí, pero me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Si lo hiciera sé que volvería a hacer lo que tantas veces hice con David. Cerrar los ojos y soñar con que sus besos, su piel, sus caricias, su cuerpo, no son los suyos. Buscaría en cada uno de sus movimientos algo que solo Alex me daba y me hacía sentir.

—No puedo.

Me mira con ojos interrogatorios, como si no entendiera mi actitud.

Pero yo ni quiero ni tengo ánimo para contarle nada.

—Buenas noches, Leo.

Abro la puerta.

—Eva.

Me giro otra vez hacia él.

—Me ha gustado.

Le hago una sonrisa triste.

—A mí también. Hasta mañana —le digo.

Entro, cojo el móvil, lo apago y me voy a la cama.

A las siete de la mañana ya estoy harta de dar vueltas y me levanto, me doy una ducha, voy a mi maleta y saco el único vestido que me queda y que no está arrugado. Me preparo y me siento en la cama. Voy a contestar a Alex. He pasado toda la noche pensando qué decirle.

« Te dije lo que quiero. A ti. Pero a ti, con todo lo que eso supone. Pero no quieres porque poder, sí puedes. Siempre se puede, Alex. Te costará más o menos. Supondrá más o menos esfuerzo, pero si quieres, claro que puedes. Así que no vuelvas a buscarme. No lo hagas si no vas a querer vivir conmigo nuestro universo. Si no vas a crear conmigo un mundo para nosotros. Te echo de menos demasiado y te quiero más. No puedo seguir viviendo así ». Le doy a enviar. Cierro los ojos y siento como una lágrima recorre toda mi mejilla derecha hasta mis labios.

Saco la tarjeta de la ranura y abro la puerta para bajar a desayunar. Mi móvil empieza a sonar.

Me está llamando Alex. Por un momento dudo en contestar, pero mis dedos reaccionan antes y acepto la llamada.

Me quedo callada pegada al auricular.

—Hola Pequeña.

Y en ese instante empiezo a llorar. Su voz, su tono al oírle llamarme así...

—Eva.

—Hola —le digo en voz muy baja cuando consigo que mis ojos vuelvan a estar secos.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Y ahora es cuando me entra la misma duda de siempre. Le digo la verdad o le miento como tantas veces hice. Decido que ya no tengo nada que perder pues ya lo he perdido todo con él.

—Mal.

—Yo tampoco estoy bien.

Creo que hasta yo estoy sorprendida. Es la primera vez que me dice algo así.

—Nunca hubiera imaginado que me iba a doler tanto no tenerte —me dice.

—¿Para qué me has llamado, Alex? —le pregunto como si no hubiera tenido efecto alguno en mí lo que acaba de decirme.

—Ya no aguantaba más. Solo puedo pensar en ti.

—No me has contestado. ¿Qué quieres?

—¿Estás enfadada?

—¿Enfadada? ¿En serio? ¿No has leído mi mensaje? Alex, no estoy enfadada. Solo triste, desolada, dolida. No tenerte me mata.

Silencio. Nos quedamos los dos callados unos segundos que se hacen infinitos. Al final, soy yo la que vuelve a hablar.

—Sigues sin contestarme. Como siempre.

—Te he contestado. Te necesito.

—No lo suficiente.

—Eva...

No sé a dónde se dirige esta conversación. Mi cabeza gira y gira en un torbellino de pensamientos y emociones.

Ni yo misma entiendo mi reacción al teléfono. Estoy feliz por oírle, por todo lo que me dice, y en cambio de mi boca solo salen frases cortantes y de reproche.

—No quiero hacerte daño —dice —no puedo darte lo que me pides.

—¿Entonces qué quieres? Alex no entiendo nada. Te lo dije y te lo he dicho hoy. Sufro por no tener una vida contigo. No quiero un rato, no quiero dos horas de un café o un paseo los domingos por la mañana. Quiero levantarme contigo cada día y darte un beso todas las noches. Quiero ir al cine, salir a cenar y a bailar. Tumbarme en el sofá después de comer y ver una película. Quiero cocinar para ti. Quiero ver ciudades, playas y el mar. Quiero que mi vida sea hacer planes de futuro. Contigo Alex. Solo contigo.

Lo oigo suspirar al otro lado del teléfono.

—Vas a colgar sin decir ni una palabra. Como la última vez que saliste por la puerta.

—Eva, te lo dije. No quiero hacer daño a nadie. Tengo dos hijos y...

—No me vengas con esas —le corto —Para hacer daño ya es tarde. Me lo has hecho a mí y en el fondo, quiero creer que algo a ti mismo, también. Dime que no quieres dejar a tu mujer, no que no puedes. Yo lo he hecho y el mundo no se ha acabado. No es fácil, claro que no, pero aquí estoy, intentando que mi vida y mi familia no se vengan abajo. Por lo menos se valiente y di las cosas como las sientes. La quieres y eres feliz con ella. A mí no me quieres lo suficiente como para dejar eso. En mi caso no ha sido así. Yo sí te he querido y te quiero tanto como para hacerlo. Es lo que tiene. No todos amamos igual. Me ha tocado perder a mí.

—Te quiero, Eva. Ni te imaginas cuánto.

—No. No me lo imagino porque nunca me has mirado a los ojos y me lo has dicho.

Me quedo callada.

—Tenía que haberlo hecho.

—Tenias que habérmelo demostrado —replico —aún así, ¿hubiera cambiado algo?

—Por lo menos, me creerías cuando te digo lo que significas para mí.

—Tenemos que parar. A ver cómo justificas el gasto de esta llamada.

—Me da igual.

—Eres un mentiroso. Sí que te importa. Siempre te ha importado. Que te vean, que nos pillen, que te pregunten. Y cuando algo te preocupa ya sabes porqué es. Porque todo se te puede venir abajo y no quieres que tu vida cambie.

—No sé cómo hacerlo.

Cuando oigo su contestación me quedo helada y de mi boca sale una pregunta que nunca me he atrevido hacer.

—¿Quieres hacerlo?

—Le he dado tantas vueltas.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

Mi imaginación hace el gesto de taparse los oídos. Me da pavor su respuesta.

—Quiero estar contigo, pero...

—Ya. Vale —interrumpo —sé lo que va detrás de ese pero. Es darle vueltas a lo que llevamos hablando desde que has llamado.

—Quiero que seas feliz.

—Pues haz que lo sea.

—No hay nada que quiera más.

—Está en tu mano, Alex.

—Espérame —dice.

—No puedes pedirme eso.

—Necesito que lo hagas.

—Eres un egoísta. Quieres todo. A tu mujer en casa y a mí cuando ¿qué? ¿Cuándo tienes ganas? ¿Cuándo no sabes qué hacer con tu mini tiempo libre? ¿Cuándo a tu vida le falta emoción?

—Eso no es así y lo sabes. Tú no eres nada de eso para mí. Te lo he dicho. Lo eres todo.

—Esto es absurdo.

—Necesito saber que me vas a querer siempre.

—¿Para qué? Acaso, ¿vas a cambiar de idea?

—No lo sé.

—Permíteme que lo dude. Si no lo has hecho ya...

—Nunca se sabe.

—Es la primera vez que te oigo dudar en eso. Bueno, el chico de ideas fijas veo que por lo menos alguna vez, se permite cambiar de opinión.

—Lo hago a menudo y más desde que estoy contigo.

—Ya no lo estás.

—No me digas eso.

—Es la verdad.

—Eva, no me olvides. Yo no lo voy a hacer. No puedo hacerlo.

—Adiós, Alex.

Más de dos semanas después empiezo a sentir que soy persona. He estado trabajando como un robot, mañana, tarde y noche. Visitaba proveedores, tiendas de decoración, flores e iluminación. Acudía a las reuniones con Mark y sus socios para informarles de los avances y decisiones sobre la fiesta. Incluso un día salí a tomar una cerveza con Leo. Pero a él le bastó poco para darse cuenta de que yo no estaba dónde tenía que estar, que apenas hacía caso a las conversaciones y que no tenía ganas de nada. Así que la cerveza se quedó en una hora y media de estar en un *pub*, tomar unos nachos, comentar alguna cosa del trabajo e intentar esquivar cómo podía los cumplidos de Leo. Que por otra parte eran preciosos y halagadores pero que en esos momentos no podían conseguir gran cosa.

El martes dieciséis antes de acudir a comer con Olga y Shelly, llamo a Rosana. Tengo que informarle de todo lo que falta por atar para la fiesta y de lo que ya está organizado. Estamos hablando casi una hora.

—Veo que lo tienes todo muy controlado —me dice después de explicarle todo el trabajo que hemos hecho.

—Casi. Ya sabes que siempre quedan temas sueltos.

—¿Has encontrado gente para ayudarte a montar todo?

—Mark me ha pasado algunos contactos y ya he estado con una persona que tiene un equipo. Espero que sean buenos. El jueves he quedado con ellos y empiezan a trabajar el lunes. Ya te contaré.

—¿Necesitas que te mande a alguien?

Y claro, solo se me ocurre pensar en Alex. Podría decirle que sí, que necesito que venga alguien porque sé que le mandaré a él. Es el mejor y para este evento, necesitamos a los mejores.

Me quedo callada intentando tranquilizar a mi corazón y tragar saliva.

—No te preocupes. No creo que vaya haber ningún problema.

—Demasiado has tardado en contestar. No sé yo si estás muy segura de eso.

Me vuelvo a quedar en silencio. Me cuesta mentir en cosas del trabajo. Sé cómo saldrían las cosas de tener a mi equipo aquí, pero no cómo va a ser con gente que desconozco su forma de trabajar.

—Espero que no haya ningún problema.

—Aún estamos a tiempo, Eva —insiste ella —sabes que esto tiene que salir bien. Es muy importante para la empresa y también para ti.

—Lo sé.

—Lo dejas en tus manos. Cualquier cosa que necesites, dime.

—Gracias Rosana, lo haré. Te informaré la semana que viene de cómo está todo.

Nos despedimos y me voy al restaurante donde he quedado con Olga y Shelly para comer. No sin antes volver a darle cien vueltas a la conversación con Rosana. Si viniera Alex a ayudarme... pero las mismas veces que pienso en llamar y pedirle que venga, las pienso en descartar la idea. Tengo que sacar yo sola adelante todo esto, el trabajo y mi vida.

Ellas ya están sentadas a la mesa cuando llego. Ambas se levantan, me abrazan y vuelven a sus sitios. Me dan una carta de *cocktails* y otra de comida.

—Aquí si no pides un *cocktail* no te dan de comer —me dice Shelly.

—No quería beber alcohol —replico.

—Pues hoy, no te va a quedar otra. ¿No te fías de nosotras?

Me echo a reír.

—Más bien, de mí misma.

Al final me decido por un *bloody mary* y ellas uno de champán. Pedimos también una ensalada cada una y un filete.

Durante la comida repasamos detalles de la fiesta sobre cómo quieren que se reciba a los invitados, cómo vamos a distribuir a la gente y les explico la decoración y la iluminación. Las dos se muestran emocionadas con cada aspecto que les cuento, solo

tienen ganas de que llegue ya el día, me dicen todo el tiempo.

Con el postre de *mousse* de naranja y limón, cambiamos todas las bebidas por unos *cocktails* más ligeros y refrescantes.

—Esto lleva tequila —les digo al probar el mío.

—¿No te gusta?

—Mucho. Eso es lo malo.

Cuando ya llevamos dos cada una y hemos decidido todo lo del evento, Olga decide que ya es momento de cambiar de tema.

—¿Cómo vas a ir vestida a la inauguración, Eva?

—No lo tengo muy claro. Me traje un vestido, pero no sé si es lo que más me apetece ponerme.

—La verdad, que no sé para qué te pregunto porque, de cualquier forma, este viernes nos vamos de compras. Elegiremos juntas algo. Quiero llevarte a un sitio en el que tienen unos vestidos de ensueño.

Niego con la cabeza. Me da terror el presupuesto de estas mujeres para la ropa. El vestido negro que traje me empieza a parecer una opción fantástica.

—Será mi forma de pagarte todo lo que has dedicado a esto —continúa diciendo Olga.

—Es mi trabajo, además no puedo...

Sin dejarme acabar de hablar ella hace un gesto para callarme.

—El viernes. Queremos impresionar a Leo, ¿no? —me pregunta.

Pero mi cara muestra una expresión no sé si de indiferencia o de negación.

—Vaya, parece que el chico lo tiene difícil contigo o ¿más bien, imposible?

Me encojo de hombros.

—Empieza a contar —me dice Shelly.

—Déjala —le pide Olga —¿te crees que tiene ganas la chica de explicarnos a nosotras algo?

Mientras ellas discuten sobre mi vida amorosa, yo me doy cuenta de lo bien que me vendría alguien con quién hablar a este lado del mundo.

Pero pienso en Alex y en si de alguna forma pudiera estropear su vida si yo hablo de él. Lo dudo, no lo conocen y no creo que le vayan a decir nada a Leo.

—No me importa —les digo —en realidad, me vendría hasta bien.

—Pues cuéntanos quién es ese hombre para quien te pondrías el vestido más bonito del mundo.

Yo sonrío con pena porque Alex nunca va a verme con ese vestido.

—Se llama Alex y estoy enamorada de él.

Veo como Olga y Shelly me miran embobadas.

—Pero no puede ser —hago un gesto de resignación con los hombros y las manos.

—¿Él no lo está de ti?

—Sinceramente, no lo sé. Sí que me quiere, pero ¿enamorado? No creo. Si lo estuviera, dejaría todo por mí, ¿no?

Ellas me miran como esperando algo más de información.

—Está casado y tiene dos hijos.

La cara de ellas se transforma en un gesto de pena absoluta. Pensaba que se extrañarían o les molestaría, pero solo transmiten tristeza por mí.

Entonces el diálogo se convierte en un interrogatorio sobre nuestra historia, nuestros encuentros y desencuentros hasta llegar a la conversación telefónica de dos semanas antes.

—Qué dura eres —me dice Shelly.

—¿Dura? Ja, ja.

—Yo creo que sería incapaz de rechazar a alguien a quien quiero tanto.

—Y ¿qué opción me queda? ¿seguir con él durante, cuánto ¿años? para...nada? No tenemos futuro.

—Nunca se sabe.

—Yo sí lo sé y pensar otra cosa es engañarme a mí misma y alimentar una esperanza de algo que nunca va a ser.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque me lo ha dicho varias veces. Nunca dejaría a su familia, no quiere que nadie sufra. Y porque obviamente, es feliz con su mujer, sino yo creo que aún no queriendo hacerle daño, se separaría.

Una lágrima me empieza a caer por la mejilla derecha y la garganta me duele al sentir el llanto dentro de mí.

—Después de todo lo que te dijo por teléfono, yo veo esperanza —dice Olga.

—Después de todo lo que me dijo por teléfono no he vuelto a saber nada de él —contesto yo.

—No sé qué más puede necesitar ese hombre para dar el salto.

—Nada Shelly. Le dejé, he hablado con él, sabe lo que yo quiero. Si no lo ha hecho ya, no lo va a hacer. Tengo que aprender a vivir. Encontré al amor de mi vida demasiado tarde.

Olga niega con la cabeza.

Nos vamos del restaurante despidiéndonos hasta el viernes a las nueve para ir a desayunar y a la búsqueda de ese vestido que él no va a ver.

Pasamos el viernes entre tiendas, restaurantes, *cocktails* y risas. Olga y Shelly tienen la habilidad de hacerme sentir bien y de hacerme reír. Han conseguido convertirse en dos grandes amigas y apoyos en esta ciudad.

—Le he dicho a mi peluquera que el viernes esté en tu hotel a las seis.

Antes de que me de tiempo de abrir la boca ella continúa hablando.

—También irá una maquilladora. Ellas te ayudarán a prepararte para la fiesta. Te van a dejar increíble, ya lo verás.

—No sé por qué os estáis molestando tanto.

—La organizadora del evento tiene que estar a la altura de la fiesta.

—No pensaba ir en vaqueros.

Olga empieza a reírse.

—No lo pongo en duda, Eva, pero después de todo lo que has trabajado para esto, creo que te mereces que, en la medida de lo posible, puedas disfrutar de la noche y para eso vas a tener que estar preparada.

—Gracias, aún así, creo que os estáis tomando demasiadas molestias.

Ellas se levantan de la mesa.

—Hora de elegir vestido —me dice Olga con una gran sonrisa.

Nuestro coche para frente a un rascacielos que parece un hotel y en el que los bajos no son tiendas de ropa.

Sigo a las dos mujeres y entramos a una sala en la que nos están esperando tres mujeres espectaculares. Cuanto más tiempo paso en esta ciudad más fuera de lugar me encuentro. Parece que aquí las sacan a todas de Vogue o Vanity Fair.

Una de ellas tras saludar a Shelly y a Olga, me agarra de un brazo, se presenta y me lleva a una zona en la que hay vestidos largos en perchas, un sillón y un probador.

—Elige los que más te gusten. Yo te ayudaré a probártelos.

Busco con la mirada a mis acompañantes, pero ellas están hablando con las chicas de la tienda y mirando zapatos.

Los vestidos, de los mejores diseñadores, se presentan ante mis ojos como preciosos diamantes. Rojos, azules, plateados, negros. Cada cual más bonito y espectacular. Me abrumo ante semejante decisión.

Como por arte de magia, Olga aparece junto a mí.

—¿Difícil elegir?

—Imposible, diría yo.

—No te preocupes, por eso están ellas aquí —me dice señalando a la chica que me ha atendido al entrar —déjate aconsejar.

Asiento con la cabeza y una hora después y tras haberme probado cinco vestidos, me voy de allí con la elección del vestido y los zapatos hecha. Aún no puedo creerme lo que

voy a ponerme para la inauguración.

Las chicas me dejan en mi hotel y nos despedimos. La próxima vez que nos veamos será en la fiesta, dentro de una semana.

Me voy directa al bar del hotel, necesito sentarme y tomar una copa de vino.

—¿Te escondes de mí o del mundo en general? —oigo decir a Leo en mi espalda.

Me giro en el taburete de la barra y le sonrío.

—Más del mundo que de ti.

—Cuéntame tu día —me dice mientras se sienta en otra silla a mi lado y se pide un vino tinto.

Entonces yo empiezo a contarle cómo he llegado a esperar a que el viernes a las cinco de la tarde tenga en mi habitación a una peluquera, una maquilladora y reciba el vestido más impresionante que me he puesto en la vida.

Leo sonrío de oreja a oreja.

—No voy a poder ponerme a tu lado. Nadie va a estar a tu altura.

—No digas tonterías. Ni te imaginas lo guapas que van a ir Olga y Shelly y con las mujeres que van a venir a la fiesta, yo sí que voy a ser la que no esté a la altura.

—Eva, será muy difícil que alguien te supere el viernes.

Me da un suave beso en la mejilla.

—Me voy a dormir, Leo. Ya no me tengo en pie.

Me levanto del taburete y él me agarra del brazo.

—¿Qué te apetece hacer mañana? Es sábado.

—Si te parece quedamos a comer, pero poco más. Necesito descansar.

—Vale, pues cuando te apetezca me llamas y quedamos.

—Buenas noches.

—Hasta mañana, Eva.

Antes de meterme en el ascensor recibo un mensaje de Alex.

« Espero que aún no me hayas olvidado. Yo no lo hago. Cada día que pasa, te pienso más y te extraño más. Te necesito».

A la mañana siguiente no llamo a Leo. Tampoco el domingo. Me paso el fin de semana encerrada en la habitación. Llamo a Paula, hablo con ella durante más de una hora, veo cinco películas y miro el móvil cada medio minuto buscando en la pantalla una idea sobre qué hacer.

El lunes a primera hora llamo a Rosana.

Capítulo 15

La fiesta

Me asomo a la ventana y miro el cielo, gris, ese gris plomizo por el que estos días atrás he soñado. Fuera hay veintinueve grados, se ha levantado viento, hay humedad y parece que se ha hecho de noche demasiado pronto. Se avecina tormenta.

Esta semana ha sido una locura. Me he pasado los días metida en el edificio, revisando, controlando y dirigiendo todo. El equipo que me recomendó Mark ciertamente ha trabajado muy bien, sin embargo, no era suficiente personal y el coordinador no ha estado todo lo presente que yo necesitaba pues se ha movido a caballo entre este evento y otro que está montando. Por eso, cuando el miércoles aparecieron en la ciudad tres de mis montadores todo empezó a ir como la seda y yo a relajarme algo más.

17:03. Miro el móvil. No tengo llamadas, ni mensajes. Buena señal. Todo está preparado. Solo falta yo. Miro junto a la puerta del dormitorio y veo mi vestido colgado de una percha. Es precioso. El color azul tan especial como el del edificio, un azul de tormenta de un día de verano y los brillos de los cristales dispuestos por toda la tela. Por delante puede parecer un vestido bonito, con el cuello abierto hasta los hombros y los tirantes anchos, pero por detrás es espectacular. Deja casi toda la espalda al descubierto y la falda cae en cola hasta diez centímetros más atrás.

Nada más salir de la ducha la peluquera y la maquilladora llegan para hacer su particular magia.

Una hora después estoy lista para salir.

Mi móvil suena. Rezo para que no llamen porque hay algún problema.

—¿Me dejas acompañarte? —me pregunta Leo al otro lado del teléfono.

—Por supuesto. Yo estoy ya preparada y tengo que ir para allí.

Oigo un clic y seguido la línea cortada. ¿Me ha colgado?

Llaman a la puerta y abro. Leo está ante mí tan impresionante que me quedo muda. Con un esmoquin negro, perfectamente peinado, afeitado y oliendo de maravilla.

—Estás... —intento decir, pero él me corta las palabras.

—Impresionante —me dice —tú, estás impresionante.

Sonrío. Entro a la habitación, cojo el bolso y salimos.

En el ascensor veo como Leo me mira.

—Lo sé, no puedo dejar de mirarte. Estás tan guapa...

Un coche nos está esperando fuera y nos deja en la puerta del edificio.

Respiro profundamente al bajar y rezo para que todo, todo esté como lo he imaginado y soñado. Para que el trabajo y los nervios de estas últimas semanas hayan válido para algo.

—Veamos cómo ha quedado tu obra —me dice Leo antes de llegar.

El portero abre la puerta y ahí está. El olor, el color, el sonido, la luz, el agua.

Los cristales del edificio, dejan pasar los rayos de sol que se están colando por las nubes grises de la tarde, las flores dispuestas por el *hall*, las cortinas de agua que hemos creado a lo largo de los pasillos y las luces blancas, azules y grises han llenado el espacio de humedad, olor y color a la tormenta de verano que queríamos conseguir. Miro todo despacio y cierro los ojos. Quiero guardar esta sensación para siempre. Lo he conseguido. Me rueda una lágrima por la mejilla y vuelvo a respirar. No puedo llorar, ahora no, hoy no.

—Espectacular —dice Leo.

Yo estoy tan callada que me da apuro ni siquiera agradecer sus cumplidos.

Seguimos andando y revisamos el salón donde ofreceremos el cáterin, la zona de baile, la orquesta ya está en el escenario preparando los últimos detalles. Vuelvo a mirar al techo, a las paredes, a los cristales que hacen que todo brille y tenga una luz mágica.

Hablamos con la gente que está preparada para recibir a los invitados, entramos en la sala que hemos creado a modo de cocina y revisamos la comida y las bebidas, hablamos con los de seguridad. Todo en orden. Todo está controlado.

Mark viene poco antes de las ocho, la hora en la que da comienzo la fiesta.

—Creo que no lo hubiera imaginado mejor —me dice con una gran sonrisa —un trabajo excelente, Eva. De verdad, es increíble.

—Gracias Mark. Espero que esto no haga sino ayudar a que la gente vea lo magnífico que es este edificio.

—A partir de ahora, ya puedes disfrutar de la fiesta y de la noche. Tu trabajo ya lo has acabado —me da dos besos — eso sí, me gustaría presentarte luego a algunas personas. Creo que puede salirte más trabajo por aquí.

Me echo a reír.

—No sé si será buena idea.

—Por lo menos no lo descartes.

—No lo haré.

Se ve a la gente entrar y yo me pongo en una esquina observando la cara y la reacción de las personas al ver el edificio. Parece que a todo el mundo le gusta lo que ve.

Cuando ya he espiado demasiado, me voy a saludar a los socios de Mark y a Olga y Shelly que ya han llegado.

—Realmente fue buena elección —me dice Olga mirándome de arriba abajo —no podías estar más guapa. Seguro que más de uno va a quedar impresionado contigo.

—Gracias Olga. Tú también estás increíble.

—Te voy a presentar a unas amigas. Además de ser la envidia de la noche, van a querer conocer al genio que ha creado esto.

—No te pases. Es mi trabajo, nada más.

Ella se ríe y me lleva a donde un grupo de mujeres que con copas de champán en la mano no paran de hablar.

Me las presenta y todas ellas elogian el edificio y lo que hemos creado para la inauguración. Después de saludarlas me lleva a conocer a más invitados. Algunos pertenecen a fundaciones de museos, otros son médicos, abogados, empresarios. Lo

mejor de la ciudad ha venido a ver el edificio y también mi trabajo. Por una vez, desde hace meses encuentro un momento de felicidad. Ha merecido la pena.

Cuando Olga deja de presentarme a gente decido ir un rato hacia la pista de baile. Ya es hora de empezar a disfrutar un poco.

Busco a Leo.

—¿Bailas conmigo? —le pregunto.

—Por supuesto. No puedo creer que la chica más guapa de la fiesta quiera sacarme a bailar —contesta echándose a reír.

Empezamos a movernos y por encima de su hombro puedo ver a la gente bailando en la pista, a algunas personas charlando en pequeños grupos alrededor y otras en la barra tomando algo.

De pronto algo llama mi atención. Una persona que está en la puerta de acceso a la sala. No la veo bien porque tengo dos parejas bailando justo a nuestro lado y a cinco personas hablando justo en la puerta. La figura se mueve y la pierdo de vista. Creo que me he equivocado. Miro a Leo y lo veo mirándome fijamente.

—Está todo perfecto, Eva. Deja de hacer la rueda de reconocimiento y disfruta.

Intento sonreír, pero no puedo evitar pensar en lo que acabo de sentir. Me da un escalofrío. La luz que entra por los cristales es aún más gris, más oscura. Se oye un trueno. La tormenta. Ya ha empezado.

La canción termina y yo intento soltarme de Leo.

—Una más —me dice —, esta te la pido yo.

Asiento con la cabeza y vuelve a pegarme a él cuando la música empieza a sonar de nuevo.

A media canción alguien se coloca a mi espalda y pregunta:

—¿Puedo?

Yo me quedo clavada al suelo incapaz de moverme. Miro a Leo y veo en su cara una expresión que no había visto nunca antes. No llego a saber si es de asombro o de enfado.

Leo se separa, hace el gesto de ceder su puesto, se retira y Alex se coloca frente a mí.

—Hola, Pequeña.

Mi mente se queda en blanco y mis pies pegados al suelo.

—Había imaginado lo guapa que estarías, pero esto supera cualquiera de mis sueños. Estás increíblemente preciosa.

No sé qué hacer ni qué decir. Estoy tan asombrada de verle que me he quedado congelada.

Alex me agarra por la cintura, coge mi mano y me pega a él.

—La fiesta, es asombrosa. Has hecho un trabajo maravilloso. No esperaba menos de ti.

De repente esa última frase hace que me active, que todas mis neuronas despierten y que encuentre la capacidad de reacción que necesito.

—¿Qué haces aquí? ¿Te ha mandado Rosana a controlar a los chicos? Han hecho buen trabajo, ya se lo dije y no hacía falta más ayuda. Estaba todo controlado.

—Frena, Pequeña. No he venido por trabajo. He venido por ti.

Yo paro de bailar y lo miro. Niego con la cabeza.

No entiendo nada. Él sigue hablando.

—No quería perderme esto. Quería ver el mejor trabajo que has hecho.

¿En serio? ¿Ha venido para eso? ¿Para ver la inauguración? Esto es de locos. Por un momento había pensado que me daría otra respuesta.

—¿Y para eso has recorrido miles de kilómetros? ¿Para ver esto?

—Ha merecido la pena —me dice con esa mirada que tan bien conozco que me desnuda el cuerpo y el alma.

—Mucho ha tenido que merecerlo. A saber qué has dicho en tu casa para venir.

—Pues la verdad...

—Es igual. No me interesa conocer la excusa que has puesto a tu mujer —le digo

cortándole su explicación.

—Te pones muy guapa cuando te enfadas.

Intento separarme de él.

—¿A dónde vas? ¿No quieres bailar?

—Se me han quitado las ganas.

Me sube calor por el cuerpo, tengo la cara ardiendo, las manos frías y el corazón congelado. Voy hacia la puerta de la sala sin saber a dónde ir. Solo tengo rabia y ganas de llorar. Hoy, tenía que ser hoy el día en que apareciera Alex para fastidiarme mi ilusión, el orgullo de haber hecho un buen trabajo, la alegría de ver a todo el mundo disfrutando de la fiesta.

Antes de salir, una mano me sujeta del brazo.

—Eva.

Doy la vuelta y veo a Leo mirándome serio.

—Ahora no, Leo.

—¿Por qué no se lo dices?

¿Decir, qué? ¿A quién?

—Leo, no sé...

—Dile que le quieres.

Siento un nudo en la garganta y se me empañan los ojos.

—Ya lo sabe—contesto —, ese es el problema. Que lo sabe y no puedo hacer nada más.

Veo a Leo que en sus ojos hay furia y un punto de resignación. Justo cuando voy a darme la vuelta para irme, aparece junto a nosotros Alex.

Leo lo mira.

—Alex, vete de aquí —le dice de pronto Leo.

—¿Cómo? —pregunta él.

Yo estoy en medio alucinando con la situación.

—Sal de aquí. Por tu bien, pero especialmente por el de Eva. No quiero estropearle la fiesta, ni quiero dar el espectáculo y arruinarle todo el trabajo. Así que, por favor, márchate.

Alex me mira sin entender nada.

—Pero ¿quién te crees que eres para...?

—O te vas, o te doy tal guantazo aquí que te dejo seco.

Oigo sobre nosotros otro trueno. Miro a los dos hombres que tengo a mi lado. Uno frente a otro. Mirándose con furia. Esperando a que uno de los dos de un paso para provocar el desastre. No, por favor, que no se peguen, aquí no.

Alex se retira y se va del salón. Yo me quedo mirando a Leo.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿El qué? ¿Decirle que se marchara?

Asiento con la cabeza.

—¿Te parece que te ha hecho sufrir poco?

—No. He sufrido mucho. Y sigo haciéndolo. Cada día. Todos los días. Pero por no poder estar con él. No porque me haga nada malo.

—No ha luchado por ti. No te merece.

—Y ¿quién me merece, Leo? ¿Tú?

Se queda callado mirándome y yo niego con la cabeza.

—Lo siento.

—Lo sé, desde que te vi con él en la fiesta de “Winter-Wind”. Te he visto cómo lo mirabas, cómo te miraba él. Tus gestos, tus palabras. Pero quería intentarlo. Eres maravillosa.

—Gracias. Tú también eres increíble, Leo. Sin ti no hubiera podido sobrevivir aquí todo este tiempo ni haber conseguido hacer este trabajo. Has sido el mejor apoyo que he podido tener. Pero no puedo, lo siento.

Me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—Tengo que irme.

Y salgo para marcharme de allí. Necesito aire, necesito pensar, gritar, llorar.

En el vestíbulo, el sonido de las cortinas de agua se une al de la lluvia de la tormenta golpeando los cristales. Si hubiera pedido una atmósfera mejor para este día, no lo hubiera conseguido, pero en estos momentos hasta eso me da igual. Mi mente ya no está para pensar en el trabajo, en el edificio, ni en nada que no sea él. En nada que no sea Alex.

—¿Quiere que llame a un taxi, señorita? —me pregunta el portero.

Niego con la cabeza. Solo quiero que me dé el aire.

Salgo fuera. Está lloviendo a mares y sin embargo el viento es cálido y pegajoso. Hay algunas personas de la fiesta en la calle, hablando y fumando, y todas ellas tienen paraguas.

Me pego al edificio todo lo que puedo intentando no mojarme, pero no puedo evitarlo, el aire mueve la lluvia y siento como mi piel y mi vestido se van llenando de agua.

Respiro buscando algo que me quite la angustia de mi pecho. No lo consigo. Miro al cielo, al suelo, a la lluvia. Hasta que mi vista se queda fija en una figura que está de pie a mi derecha junto a la pared, tiene el pelo revuelto por el viento y el traje brilla con cada gota de agua. Nuestros ojos se buscan, se desean, se aman y se odian. Alex, él, mi sueño, mi amor, mi perdición, el que me ha robado la vida y el alma.

Lo veo moverse de forma lenta hacia mí, como si con cada paso quisiera averiguar lo que yo voy a hacer o decir.

Se para delante, sujeta mi cara con sus manos y me da un beso en los labios tan suave y lento que hace que mi corazón se salte un latido.

—Estoy enamorado de ti —me dice en voz baja junto a mi boca.

Suena un trueno y silencio. Me pierdo en sus ojos, en su mirada. No digo nada. No tengo ya nada para decir, me siento caer, perderme en él, en sus brazos, en sus palabras.

Siento cómo me mojo y cómo cada gota se confunde con mis lágrimas y cada trueno

suenan al ritmo de mi corazón

—Tenías razón, Pequeña. He podido hacerlo, no lo hacía porque no quería, porque tenía miedo. Miedo de perderlo todo, de que mi vida se convirtiera en un caos. Y el caos fue cuando te perdí a ti.

Consigo tragar saliva, mirarle a los ojos y decir algo.

—Alex, no puedo volver a lo de antes. Ya te lo dije. Te quiero tanto que no puedo quedarme solo con unos momentos juntos. No quiero compartirme con nadie. No puedo.

Me toca con su dedo índice los labios.

—Quiero todo, Eva. Contigo. Quiero un nosotros. Quiero crear nuestro mundo. Quiero pasar todo lo que me quede de vida junto a ti. Te doy el universo.

Me besa y yo sonrío.

EPÍLOGO

MI UNIVERSO

YO

Me llamo Eva. Tengo veintiseis años. Estoy soltera. Vivo sola en un piso del que aún me quedan veintidos años por pagar al banco. Me fui de casa hace dos años, cuando por fin me hicieron fija en el trabajo. Decidí entonces que, a pesar de lo bien que estaba con mis padres, tenía que aprender a cocinar y a saber lo que vale la vida. Trabajo en una gran empresa como ayudante de la organizadora de fiestas y eventos sociales. Disfruto del trabajo y de mis compañeros a partes iguales. Vivo en una ciudad fácil para ir a trabajar cada día, para pasear, para salir, para disfrutar y quién sabe... para empezar...

ÉL

Me llamo Alex. Tengo treinta y un años. Vivo solo, en un piso que empecé a pagar con mi primer trabajo hace casi diez años. Soy responsable de equipos en una de las mejores compañías de eventos y fiestas. Me gusta lo que hago, aunque en ocasiones me mareen y crean que puedo estar para todo y para todos. Vivo en una ciudad que me permite moverme cómodamente, no estar una hora entre el tráfico para volver a casa después de trabajar y en la que quedar con amigos es cuestión de minutos. Estoy soltero y sí, felizmente sin compromiso. Me gustan las mujeres, disfrutarlas, admirarlas y sobre todo, probarlas...

Viernes

Las 6:04. Me levanto, me froto los ojos y directa al baño. Me miro al espejo. Qué pelos. Tengo mi corta melena castaña alborotada y ligeramente ondulada. Mis ojos marrones claros parecen más pequeños de lo que son. Necesito una ducha. Me espera un día largo en el trabajo. Un día largo en general. Es viernes y tengo cena con los compañeros de trabajo. La semana pasada concedieron a la empresa un premio por ser la compañía con mayor proyección en el país y hoy vamos a celebrarlo. Qué pereza.

Intento arreglarme un poco, me paso las planchas del pelo, me maquillo, rímel en las pestañas, barra de labios y ya parezco una persona normal. Me asomo a la ventana. Esta oscuro y tiene pinta de que va a llover, o peor aún, a nevar. Miro el termómetro de la tienda de en frente de mi casa. Dos grados bajo cero. Dios mío, qué frío. ¿Y qué me pongo yo ahora? ¿Vaqueros? Buf, los eché ayer a lavar. Abro el armario y me quedo mirando como si estuviera esperando a que aparezca mi *personal shopper* por arte de magia y me extendiera un brazo con el modelito del día. Odio esto, odio pensar cada mañana qué ponerme de ropa. Pantalón negro de pinzas, jersey crudo de cuello alto, botines negros de tacón y el abrigo de plumas. Me cojo el paraguas y el café de avellana en un termo y me voy a por el coche. Tengo casi 15 kilómetros desde mi casa del centro de la ciudad hasta la empresa. Está en un polígono industrial nuevo al que han venido numerosas empresas de servicios y nuevas tecnologías. Rezo por el camino para que no haya hielo en la carretera. Aparco mi Audi A3 azul marino en el parking. Miro el coche y me avergüenzo de mi misma de lo sucio que está. De este mes no pasa, «tengo que llevarlo a limpiar», pienso. Y según estoy pensando eso me río de mí misma. Llevo diciendo lo mismo desde hace año y medio. Un día de estos me encuentro una nota de esas de «lava tu coche». He llegado sana y salva, el coche no ha patinado durante el camino y no se ha puesto a nevar. Bien, relajo los brazos, respiro y entro a trabajar.

El edificio está formado por tres bloques de cristal. En la parte central están la recepción, las oficinas, tres salas de reuniones, un comedor y una cocina. En el bloque derecho está el archivo y el almacén y en el bloque izquierdo, al que llamamos escaparate, están dispuestas tres grandes salas a modo de *showroom* en las que enseñamos a los clientes tipos de decoración para las fiestas y los eventos que podemos organizar. Cambiamos la decoración una vez por temporada y cada una de las

salas está dedicada a una posible ubicación de un evento: un restaurante o comedor, una fiesta al aire libre y alguna estancia de un edificio (vestíbulo, salón, terraza), ya sea público o privado.

Antes de ir a mi oficina me voy al escaparate. Dentro de quince días tenemos que empezar a cambiar las salas de cara a la temporada de primavera y mi supervisora me ha pedido que controle a ver si han empezado a mover algo. Entro en la sala en la que ponemos los comedores. No hay nadie y está todo oscuro, además hace mucho frío. Enciendo la luz y busco el termostato. No puedo creerlo, no está encendida la calefacción. Maldigo a Alex, el encargado de organizar los equipos. Por la temperatura que hace no han entrado aquí en toda la semana. Lo voy a matar. Tenían que haber empezado a vaciar la sala para colocar la nueva decoración y veo que no han tocado nada.

Apago la luz, dejo la calefacción y salgo de la sala. Miro la puerta ya cerrada, suspiro, muevo la cabeza con gesto de impotencia y voy a buscar a Alex. El chico tiene cinco años más que yo, aunque a veces pienso que lo que tiene son diez menos. Sobre todo cuando hace comentarios sobre mujeres. Me exaspera. Cada vez que le oigo hablar de chicas, creo que estoy escuchando a un adolescente lleno de hormonas. Le gustan todas y de todas formas. Qué infantil. Es muy alto, delgado, de ojos pequeños y tan oscuros que a veces parecen negros. Su pelo es castaño y lo suele llevar bastante corto, pero me he fijado que en cuanto se lo deja crecer más de lo habitual, le salen pequeñas ondas junto a las orejas y en la nuca. Va siempre perfectamente afeitado lo que hace que se le vea un pequeño hoyuelo que tiene en la barbilla. Huele deliciosamente bien, viste mejor, siempre con camisas de manga larga, incluso en verano, pantalones vaqueros que parecen hechos a medida y zapatos o zapatillas siempre a juego con la ropa. Es serio, inescrutable la mayor parte de las ocasiones, poco expresivo y muy atractivo. Tiene habilidad para las mujeres. Me he preguntado varias veces el porqué, por lo menos conmigo siempre muestra una actitud bastante arisca. Puede ser por el halo de sensualidad que transmite o por la sonrisa preciosa que se digna a mostrar en contadas ocasiones. A mí me produce sentimientos encontrados. La mayor parte de las veces me tiraría a su cuello, pero no sé si para besarlo o para matarlo. Tiene la habilidad de sacarme de quicio. Es buen trabajador, muy bueno en mi opinión, responsable, meticulado y se preocupa mucho porque las cosas salgan bien. Sabe llevar a la gente que tiene a su cargo y me consta que los compañeros lo

respetan. Pero conmigo es diferente. Siempre tiene que discutir lo que le digo o le pido que haga.

Entro en el almacén. Ahí está, hablando con Jaime, junto a unas estanterías llenas de orquídeas blancas artificiales.

—Alex, ¿tienes un momento?

—No. Ya sabes que nunca lo tengo.

—Y menos para mí, lo sé. El día que lo tengas, pensaré que estás enfermo o me vas a pedir algo.

—Pequeña, la culpa es tuya, me tienes siempre demasiado ocupado.

Me pone mala cuando me llama así. Frunzo el ceño. Primera hora de la mañana y ya me entran ganas de matar.

—Alex... no me...

—Llames así... —me interrumpo.

—Si lo sabes, ¿por qué lo haces? Mira, ni me contestes. He ido al escaparate. No habéis empezado a mover nada. Y lo sé, porque además de que está todo perfectamente en su sitio, hace un frío de narices.

—Eva, dentro de quince días es la fiesta de "Winter Wind". Si no está todo preparado en una semana te enfadarás, te pondrás nerviosa y me perseguirás casi hasta mi casa para que acabe todo.

—Sí, tienes razón —cómo odio darle la razón a este chico. Cada vez que se la doy, su ego se infla aún más —pero no podemos dejar el cambio de temporada para mucho más tarde. Una posible clienta nueva muy importante quiere ver un comedor. Va a organizar en primavera una fiesta y si le gusta lo que tenemos, es nuestro el evento.

—Eva, yo puedo ponerme a mover algo del *showroom*, si quieres. —interrumpo Jaime —El equipo de Carlos está con Alex con lo de la fiesta de los americanos.

—Gracias. Me parece bien. Alex, vete hoy sin falta con él a ver qué puede empezar a cambiar allí y luego sigues con la fiesta. Prioritaria la sala de comedor que es la que primero vamos a ver. El lunes nos reunimos para hablar de los diseños y los cambios que vamos a hacer.

Alex me mira, con la cara que siempre me pone de vale, déjame trabajar.

—Bien. Ya nos ponemos con ello.

Doy media vuelta y antes de que me vaya me agarra del brazo.

—¿Vienes a la cena? —me pregunta.

—Sí, claro.

—Muy bien —me dice. Se gira y se pone a hablar de nuevo con Jaime.

Qué chico más raro, pienso.

Me paso el día sentada en mi mesa, casi no me levanto ni al baño. Estoy ultimando detalles de la fiesta de los americanos. Winter Wind es una empresa dedicada al mundo del esquí. No solo en cuestión de ropa y complementos, sino que organiza también viajes y actos relacionados con la nieve. La fiesta va a girar entorno al eslogan de la marca “Busca aventura, vive la nieve” y por eso, hemos preparado el local, un antiguo edificio de piedra y cristal, como si fuera una estación de esquí. Hemos creado una cafetería con zona de terraza y solárium, una pista de esquí que hará de pasarela para la presentación de la ropa de temporada del próximo año, telesillas dispuestas por la sala principal donde sentarse y poder tomar una copa.

Aún me quedan temas por cerrar, así que me dedico a leer correos, responder a los que puedo y dar la llamada por respuesta a otros tantos.

A las diez de la mañana aparece por mi puerta Pablo, uno de los chicos que se encargan de la decoración de la fiesta.

—Eva, hemos quedado a las ocho en “El Globo”, ¿vendrás?

—Supongo que sí. No tengo ni idea de dónde está ese bar

—Lo suponía. Te mando luego un mensaje y te doy la dirección.

—Vale gracias. Nos vemos luego.

Pablo se va y yo me quedo pensando en cómo ir luego a la cena. ¿En coche? ¿Andando? Decido que voy a ir andando. No quiero agobiarme con el coche y la nieve.

Son las cinco de la tarde y aún sigo aquí. No sé si habrá mucha más gente en la empresa. No se oye ni un solo ruido en la oficina. Fuera ya es de noche. Decido que tengo que marcharme. No me va a dar tiempo a prepararme si quiero estar a las ocho en el bar donde han quedado algunos.

A las siete empiezo a vestirme y pienso en las pocas ganas que tengo de ir a la cena. Hace frío, ya es de noche, estoy cansada y no me apetece escuchar las historias de las dos chicas de administración que se pasan el día hablando de lo guapo que está Alex con la camisa de cuadros ni de lo que le van a hacer a Carla para quitársela de en medio y que no sea competencia para ellas. Pues lo tienen claro, porque parece que Alex sí que está interesado en ella. Como para no estarlo. Nueva en la empresa desde hace menos de un año, ojos grandes y claros, pelo largo, ondulado y muy negro, pequeña y con curvas. Siempre tiene una sonrisa en la cara y es amable con todo el mundo. El sueño de muchos y el deseo de todos.

Acabo de vestirme, vestido negro, medias, zapatos de tacón, el abrigo y me voy al bar donde hemos quedado a tomar algo antes de cenar.

El ligero precisamente no abriga mucho y el vestido con manga corta menos. El plumífero que llevo, hace lo que puede, pero reconozcámoslo, para estar guapa hay que sufrir, y eso es lo que estoy yo haciendo a dos grados, por la calle, muerta de frío buscando el bar ese que me han dicho mis compañeros y que debe estar en la única calle que ni me suena que existe de la ciudad. Se pone a nevar. Genial, yo sin paraguas.

Por la descripción que me han dado creo que por fin estoy en la calle correcta pero no encuentro el bar. Pienso en preguntar a alguien de la zona, pero no hay nadie, normal, quién sale de casa con el día de perros que hace, y eso que es viernes y tan solo son las ocho de la tarde. Me pego a la pared buscando los tejados de los edificios a ver si así me mojo menos, pero ya es casualidad, en esta calle no hay nada para taparse. Qué asco. Estoy pensando en dar media vuelta y volver a casa. Oigo unos pasos por detrás y pienso que no soy la única loca por la calle que va buscando algo con lo que guarecerse de la nieve.

—Te estás mojando —me dice una voz conocida a mi espalda.

Me paro y me giro hacia la derecha. Veo a Alex. Mierda, tenía que ser él.

—Tú también —le digo en un tono cinco octavas más altas de lo normal.

Ninguno de los dos llevamos paraguas, así que él se intenta acercar un poco a la pared, pegándose a mí más de lo necesario.

—Me gusta mojarme —me dice.

—A mi hoy no me apetece. Se me va a quedar el pelo hecho un asco.

—Eso es difícil —me comenta muy serio.

Me paro en seco dos segundos y lo miro con cara de imbécil. «¿Me ha echado un piropo o está insinuando que mi pelo ya es asqueroso y no puede estar peor?».

—No sé si darte las gracias o un bofetón —le digo mientras me cubro la cabeza con las manos y mis mejillas empiezan a ponerse rojas como tomates.

—Cómo te pones. Venga que vamos a pillar los dos un resfriado.

Seguimos caminando hasta llegar al bar pegados algo más de lo normal, como si así fuéramos a mojarnos menos. Entramos y nos unimos a los tres compañeros que ya han llegado. Me pido una cerveza y le pregunto a él si quiere algo. También quiere otra. Pago y le doy el vaso. Coge la cerveza y me roza con los dedos. Lo miro a los ojos y siento sus dedos fuertes, ásperos y calientes. Quiero volver a tocarle.

Estamos casi una hora en el bar mientras esperamos a que venga el resto de gente con la que hemos quedado. Hablamos del frío, de la nieve, de cervezas y de las ganas que tiene todo el mundo del fin de semana.

A las nueve decidimos ir a otro sitio antes de ir al restaurante. Alex se pone a mi lado en el grupo. Me llega su olor cada vez que se gira hacia mi lado y me roza el brazo cada vez que se mueve. Siento mi corazón paralizado y calor en todo el cuerpo.

—¿Por qué has venido con nosotros y no has quedado con los de la oficina? —me pregunta.

Y yo que a todo le busco la vuelta no sé si me lo pregunta por curiosidad, por si le interesa que haya quedado con ellos o por darme conversación.

—Me lo paso bien con vosotros. Tenéis conversaciones interesantes o por lo menos entretenidas. Además, sois buena compañía —«eso a veces» pienso.

Precisamente Alex no es de los que me hacen la vida más fácil y llevadera en el trabajo. Alguna vez ya le he tenido que decir que me hable bien y casi a diario siento que

le voy persiguiendo cuando tengo que hablar con él de algo. Por favor, si el odio es lo más cercano a un sentimiento que creo que ha demostrado hacia mí.

—¿Buena compañía? Qué interesante.

—En realidad es una definición como otra cualquiera. Aunque no sé yo si tú entras en el lote —le digo intentando pincharle un poco.

Él en cambio, me mira con cara de indiferencia y me pregunta:

—¿Y eso?

—¿Eso qué? —pregunto haciéndome la tonta mientras sigo escrutando su cara. Pero es como un mueble. No me transmite nada. Y eso me fastidia. Mucho.

—Me has dicho que yo no entro en el lote de ser buena compañía. ¿Por qué?

Lo miro y sonrío. No sé qué contestar porque en realidad sí que me lo parece. Así que intento defenderme como puedo.

—Discutir contigo por algo casi todos los días no hace ganar muchos puntos, Alex.

—Me gusta verte enfadada, ¿no lo sabías?

—Pues debes estar feliz, porque empiezas a estar en la categoría de menos cero.

—Eres muy graciosa Eva —y cuando me dice eso se inclina un poco hacia mi oído y sigue diciéndome —y muy guapa.

En ese momento mi corazón empieza a latir desbocado, me da la vuelta el estómago y empiezo a notar sudores por todo el cuerpo.

Lo miro sin saber qué decirle y doy gracias al cielo de que justo en ese instante Pablo, el compañero que estaba justo a mi otro lado, me toque en el hombro y me avise de que nos movemos. Tenemos que ir ya a cenar.

La cena la paso riéndome con Jaime que lo tengo a mi derecha y hablando con Inés que está a mi izquierda. La comida está deliciosa y el servicio es muy bueno.

Son casi las doce cuando pasamos a la zona de la discoteca. El local tiene dos barras, una central y otra más pequeña en una entre planta, donde están también los aseos y un espacio con mesas y sofás. Al entrar casi todo el mundo va hacia la barra de la planta baja y solo algún pequeño grupo sube a las mesas de arriba.

Yo me voy con Inés a la barra, ella se pide un gin tonic y yo una cerveza. Al poco se acerca Rosana, la dueña de la empresa. Inés y yo nos miramos resignadas. A ninguna de las dos nos apetece estar con ella pues la mujer, todo lo que tiene de inteligente y buena para los negocios, lo tiene también de cotilla e indiscreta, por lo que nuestras conversaciones se ven bastante reducidas en su presencia.

Miro al resto de grupos que tenemos alrededor. Cuatro chicas de las oficinas ya están bailando y enseguida se unen tres chicos del equipo de montadores. Gran idea, bailar. Le hago un movimiento de cabeza a Inés y ella asiente. Nos vamos a la pista de baile.

En la barra, Alex está hablando con Jaime y con Javier el informático y lo veo que dirige su mirada hacia dónde estamos nosotras. Sigo sus ojos y veo que a nuestro lado están bailando Natalia, Ángela y Carla. Tuerzo el gesto. Creo que ya sé que es lo que mira.

Al poco veo a Natalia que va a buscar a Pablo y se pone a bailar con él. El chico se mueve bien. Y enseguida me doy cuenta de que parece que estoy más pendiente de lo que hace la gente que de bailar y pasarlo bien, así que cierro los ojos un segundo, escucho la música, sonrío y me pongo a bailar.

Suena una canción de Enrique Iglesias y oigo en mi oído derecho alguien que me habla.

—Baila conmigo.

Me doy la vuelta y veo a Alex mirándome serio y tendiendo la mano derecha invitándome a bailar. En ese momento me pregunto si Alex sabrá bailar. No recuerdo haberlo visto haciéndolo nunca antes.

Le doy la mano y me hace girar. El ritmo de la música nos mueve a los dos. Nos acerca, nos aleja, hace que nos miremos a los ojos, yo sonrío, él está serio, me mueve, me pega a él, me da la vuelta, me acerca otra vez, me coge de la cadera, me pega tanto a su cuerpo que siento su calor, su olor a perfume. Me suelta la cintura, me aleja y vuelve a hacerme girar sin dejar de mirarme. Se acaba la canción y empieza otra. Sigue sin soltarme, giro una vez, giro dos veces, me cambia de lado rozando todo su cuerpo por el mío, vuelve a pegarme a él, me mira a los ojos, agacha la cabeza, siento su aliento en mi oreja derecha, no puedo respirar, tiene su cadera pegada a la mía, Dios mío qué calor, me aparto un poco y busco sus ojos, están oscuros, casi negros, están

atravesando los míos, mi piel, mi ropa. La mano me arde y el corazón me va a mil. El tiempo se ha parado, no sé si la canción aún está sonando. Ni siquiera sé cuántas canciones hemos bailado. Lo siento respirar pegado a mis labios. Quieto, se queda quieto, sujetando mi mano y agarrando mi cintura. Lo miro. Su boca casi roza la mía. Mi respiración es agitada, como la suya.

—Tengo que ir al baño—le digo alejándome de él.

Me suelto y subo las escaleras buscando el baño de señoras. Entro y hay dos chicas esperando. Respiro profundamente. Tengo que tranquilizarme. ¿Qué estoy haciendo? Alex, no. No me conviene. Vale, está muy bueno, me ha dicho cosas bonitas. Pero, ¿Alex? Si me odia, si encima le gustan todas. ¿No le gustaba Carla? Voy a volverme loca. Entro por fin y de pronto oigo hablar fuera a Natalia y a Ángela.

—¿Los has visto? —pregunta Natalia.

—¿Y quién no? Si se la estaba comiendo con los ojos.

—Dos segundos más y se besan. ¿Por qué se habrá ido ella?

Me empieza a entrar un calor horrible según estoy oyendo a las chicas. ¿Hablan de mí y de Alex? Me va a dar algo.

—Y yo que creía que a Alex le gustaba Carla. Pues va a ser que no.

—Eso es lo que quisiera ella —dice Ángela riéndose —pero si bailaban como si lo llevaran haciendo toda la vida. Y cómo se miraban. Habrá que ver qué pasa hoy. Ya tenemos cotilleo para esta semana.

Necesito salir del baño o me da un infarto. Tengo que tomar aire. ¿Cuándo se van a ir?

Oigo la puerta principal y después pasos que se alejan. Por fin. Salgo de mi cubículo y me paro junto al lavabo. Me miro al espejo. Tengo los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas. Me sale una sonrisa enorme.

Cuando salgo encuentro a Alex frente a la puerta apoyado en la pared.

—Pequeña —me dice en susurros acercándose —no te escondas de mí.

—No lo hago —le digo casi sin poder hablar.

—Sí, sí lo haces. ¿Te doy miedo?

Niego con la cabeza.

—No voy a hacerte daño. De ninguna forma.

Se pega tanto a mí que siento todo su cuerpo a través de la tela de mi vestido.

Pone su boca en mi oído.

—Me gustas, mucho. Mucho.

Le miro y de pronto su boca llena la mía. Con un beso, un beso que me hace subir al cielo cuando siento sus labios cálidos y suaves tocando los míos.

—Eres preciosa.

Se separa, me da la mano y me lleva hacia las escaleras.

—Alex, para —le pido frenando en seco antes de poner el pie en el primer peldaño.

Se da la vuelta y me mira.

—Nos van a ver todos.

—Perfecto —me dice sonriendo —así no tendrán duda de que eres mía —vuelve a acercarse a mi oído —y yo tuyo.

Me da un beso en la mejilla y me lleva escaleras abajo.

La luz de la mañana entra por las rendijas de la persiana. Miro a Alex que está dormido con el cuerpo girado hacia mí. Tiene un brazo bajo la almohada y el otro estirado sin llegar a tocarme. Me encantan las manos que tiene con dedos largos y fuertes. Su expresión es tranquila y respira suavemente. Miro sus hombros anchos y los brazos marcados. No puedo evitar tener ganas de tocarle y besarle otra vez. Tantas veces como lo hice ayer.

Decido levantarme de la cama, no quiero que al despertarse me encuentre mirándole y descubra que todo lo que ha pasado me ha gustado mucho más de lo que me podía imaginar.

Voy a la cocina y enciendo la cafetera. Saco varias cápsulas de café de distintos sabores. No sé qué tipo de café le gusta a Alex. Ni siquiera sé si lo toma con cafeína. Tanto tiempo trabajando con él y me doy cuenta de que no conozco de él algo tan trivial como su gusto por el café.

Quince minutos más tarde aparece en mi cocina con tan solo unos calzoncillos negros ajustados que apenas le llegan al comienzo de los muslos.

—Buenos días —me dice con una gran sonrisa.

—Buenos días. ¿Preparo café?

Él asiente y sonrío.

—¿Cuánto tiempo te quedarás conmigo? —pregunto.

Se acerca hasta mí y me da un beso largo y profundo en los labios. Mi corazón salta agitado.

Me mira a los ojos y me dice:

—Siempre.

FIN